



**EL LIBRITO DE
LA VIDA Y DE LA MUERTE**

DOUGLAS E. HARDING

ÍNDICE

	Prefacio	4
1	Prólogo.....	5
PARTE 1 ¿QUÉ MUERE?		9
2	El problema real: ¿qué soy yo?.....	10
3	¿Qué soy yo? Es para resolverlo ahora.....	12
4	Yo soy lo que parezco ser	18
5	Yo soy lo que necesito para ser mí mismo	22
6	Yo soy lo que siento que soy	24
PARTE 2: PROBAR LA INMORTALIDAD.....		27
7	Preliminar.....	28
8	Probar La Inmortalidad	32
	(I) Abrir su verdadero «tercer» ojo	32
	(II) Ver su verdadera cara («original»).....	33
	(III) Tener una experiencia fuera del cuerpo	34
	(IV) Descubrir que usted está siempre inmóvil.....	35
	(V) Descubrir que usted es sin tiempo, parte 1	37
	(VI) Descubrir que usted es sin tiempo, parte 2.....	38
	(VII) Despedir la mortalidad	39
	(VIII) Invertir la inmortalidad	41
	(IX) Probar con los ojos cerrados.....	42
9	Probar la inmortalidad: Conclusión	44
10	La vía de un metro	47
PARTE 3: ACERCARSE A LA MUERTE.....		53
11	Introducción.....	54
12	El descenso	56
13	El ascenso	60
14	El despegue vertical.....	70
15	Síntesis	75
PARTE 4: LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE		78
16	Sobrevivir a la muerte.....	79
	(I) ¿Una vida después de la vida para continuar esta vida?	79
	(II) ¿Reencarnación?.....	81
	(III) La inmortalidad por la fama	82
	(IV) Una vida después de la vida	82
	(V) Ninguna perspectiva de futuro: retorno a lo sin tiempo	84
	(VI) Ninguna perspectiva futura: lo confirma la ciencia	86

	(VII) Pantalla sin tiempo, programas temporales.....	87
	(VIII) El centro sin tiempo de todas las zonas temporales	88
	(IX) Retrospectiva.....	90
	(X) El perecedor imperecedero.....	92
17	El mundo después de la muerte	95
	(I) En el reino del cielo usted está al revés.....	101
	(II) En el reino del cielo usted nunca confronta con nadie.....	102
	(III) En el reino del cielo usted es el motor inmóvil de todo	102
	(IV) En el reino del cielo usted no tiene miedo de nadie	103
	(V) En el reino del cielo usted está inspirado	104
	(VI) En el reino del cielo usted es mucho más eficiente.....	104
	(VII) En el reino del cielo usted es rico.....	105
	(VIII) En el reino del cielo usted es servido, prácticamente gratis.....	107
	(IX) En el reino del cielo usted es todopoderoso	108
	Practicabilidad en el reino del cielo	109
18	El lenguaje después de la muerte	111
19	La ciencia después de la muerte	125
20	La vida después de la muerte.....	130
21	Epílogo.....	135
	Apéndice: Diseño para un funeral	138

Prefacio

El Librito de la Vida y de la Muerte es una delicia. En él escucho un eco de la risa cósmica. Habla con un humor y simplicidad que iguala a la tarea que se ha encomendado de hacer frente a los fantasmas conceptuales de la mortalidad y de exponer la falacia de la muerte. Estoy sorprendido de que un libro tan pequeño pueda diezmar por completo creencias arraigadas en asuntos que van desde el nacimiento a la vejez y el más allá, y hacerlo de forma tan desenfadada e incluso tan gozosa. Ésta es la marca de la verdadera compasión que brota de la vacuidad.

Siguiendo en la tradición del Buda que nos prevenía de no tomar la palabra de otro sobre la verdad de la existencia, sino que más bien la experimentáramos por nosotros mismos, Douglas E. Harding propone algunos provocativos experimentos para sí mismo y para nosotros, los cuales, uno por uno, derriban las preconcepciones sobre nosotros mismos. Con el mismo talante sin compromiso que Ramana Maharshi, nos lleva cada vez más profundamente a la región no personal de «Neti, Neti» (¡Ni esto, ni eso!) hasta que alcanzamos el punto donde somos... todo. El viaje nos lleva a través de la ciencia occidental (experiencia cercana a la muerte y quarks) y las tradiciones místicas de oriente y occidente. Una y otra vez Douglas E. Harding rechaza las lentas ascensiones reflejadas en doctrinas tales como la reencarnación y el karma en favor del salto de la vía zen que no tiene ningún trazado.

Douglas E. Harding, como mi propio gurú, Neem Karoli Baba, está en la tradición de los «pícaros espirituales». El hecho de que su cuerpo tenga 79¹ años de edad, sugiere, le impele con un sentido de urgencia que, en la incertidumbre de nuestros tiempos, es contagioso. Pues él entiende que si no logra cesar de ser alguien antes de morir, «acabará», en las palabras de Rumi «con un alojamiento en la ciudad de la muerte». Pero yo no caigo en el engaño. Él está solo jugando con nosotros. Pues es digno del honor acordado a los grandes maestros cuando son llamados «los muertos vivos». Después de este libro, yo predigo que la literatura sobre la muerte ya nunca será la misma.

Ram Dass

¹ Éste es el prefacio a la edición inglesa de 1988.

Prólogo

«Morir es diferente de lo que uno supone.
Y mucho más feliz.»

Walt Whitman

Solía ser la costumbre de los maestros zen en sus lechos de muerte componer un *gatha* – un compendio poético de la sabiduría de una larga y dedicada vida espiritual, un comentario final sobre la vida misma y la muerte inminente–. Este ensayo es mi *gatha* de conclusión. O, más bien, lo sería si yo fuera un maestro zen (o al menos un hombre zen), y hubiera llegado evidentemente al fin de mi vida, y estuviera escribiendo en verso.

Sin embargo, la composición de algo como un *gatha* secular y en prosa se me presenta en este momento no solo como un ejercicio útil –una recapitulación e inventario y clarificación generales– sino también como un proyecto que es necesario para mí mismo, si no para otros, y muy urgente y, de hecho, pasado ya de plazo hace mucho tiempo. Pues a los setenta y nueve años, ya he vivido dos o incluso tres veces lo que las gentes vivían como promedio no hace muchos siglos. Y, por supuesto, cada nuevo día pasado en la cola de la muerte, esperando que la sentencia se lleve a cabo, acerca mucho más el momento en que, al final, seré llevado de la vida –quizá sin ningún aviso en absoluto–. ¿A dónde? ¿Hay una cuestión más urgente, más crucial? Me parece necio, una actitud despreciable como de avestruz y por entero irresponsable, no prepararme para ese momento de la verdad preguntándome a mí mismo ahora... y ahora... y ahora (mientras se puede preguntar, y no estoy enfermo o presa del dolor o drogado o apremiado por el tiempo) preguntas tales como: «¿Qué es con exactitud vivir, y después morir? ¿Debo yo morir en efecto, y –si es así– es ésta en verdad una muerte final, el gran hundimiento, la amarga y misérrima conclusión de la aventura que comenzó tan prometedoramente en 1909? Y, sobre todo, ¿es posible hacer algo justo ahora, primero para asegurar la supervivencia, y segundo, para influenciar su cualidad y garantizar que merece la pena y que es preferible a la aniquilación?»

Profundizar en estas cuestiones, con tanta sinceridad y amplitud como sea posible, es la empresa más práctica de toda mi vida. Incluso si nadie más hubiera de leer mi pseudo-*gatha*,

requiere ser escrito, clara y honestamente. (Tengo que poner todo mi empeño en ser honesto conmigo mismo: sobre este tema –de entre todos los temas– cualquier supresión de alguna evidencia no bienvenida, cualquier fraude, haría de todo el proyecto una ridícula pérdida de tiempo). Podría llamarlo mi propio Libro de los Muertos muy «personal» y desmitificado –ni remotamente egipcio o tibetano, por supuesto, ni tampoco religioso en ningún sentido ordinario, sino contemporáneo, occidental y concreto–. Pues pretendo llevar esta investigación con un espíritu que valora el más menudo fragmento de *evidencia* presente, el más imperceptible atisbo de *experiencia* de primera mano, el más pequeño impulso de humildad frente a lo *dado*, mucho más elevado que bibliotecas llenas de escrituras y de comentarios eruditos. Aquí –por muy sublime y sagrado que sea– nada es para creer; todo –por muy mundano que sea– es para experimentar y comprobar. En este asunto de vida o muerte no puedo permitirme tomar ninguna enseñanza de prestado, ni confiar en el decir de nadie –y no pasar por alto ninguna clave–. Aquí, a las puertas de la muerte –más que en ninguna otra parte– me encuentro forzado a seguir el consejo del Buda moribundo y ser una lámpara para mí mismo, forzado a no guarecerme en ningún refugio exterior.

Esta actitud cautamente irrespetuosa hacia la institución religiosa, hacia toda autoridad consagrada, se hace aún más necesaria ahora que (como luego mostraré con algún detalle) se dispone de importante evidencia empírica nueva sobre nuestro tema. Esta evidencia es de tres tipos. El primero proviene de los conocimientos y de la actitud escéptica y remota de la ciencia moderna, junto con algunos de sus descubrimientos actuales –en particular el de las partículas físicas–. El segundo proviene de la investigación reciente en las historias de pacientes a quienes se ha hecho volver de las proximidades de la muerte. El tercero proviene de un grupo de experimentos sencillos que he estado usando durante los últimos treinta años para investigar nuestra naturaleza intrínseca de Primera Persona, técnicas para percibir directamente quién o qué está *aquí* haciendo estos experimentos, quién o qué es lo que vive y muere, quién o qué es el que no hace nada de todo esto. (Una selección de estos experimentos constituye el eje de este libro, y –cuando se hacen y no solo se leen– no pueden dejar de resolver la cuestión de la propia naturaleza y destino de uno). Estos tres desarrollos –y en especial el último– requieren que todo se reabra de nuevo, y que comencemos a investigar con una mente tan desprejuiciada como sea posible.

La resistencia corriente a tal investigación, a todo candor o realismo concerniente a nuestra propia mortalidad, difícilmente puede ser exagerada. Da testimonio de ello el culto popular de la «juventud a toda costa» en los mundos de la publicidad y de la moda. Da testimonio de ello esas comunidades de ancianos dedicados a ser «tan joven como uno se siente» y a evitar

todos los recordatorios de la vejez, de la enfermedad, y de la muerte. Da testimonio de ello la nueva manera de hablar y el vocabulario ambiguo de «un joven de setenta años» en lugar de «un viejo de setenta años» y de «una persona mayor» o «un ciudadano de edad» en lugar de «un viejo» o «una vieja». Da testimonio de ello la insensatez funeraria con tanta elocuencia descrita en *The Loved One* de Evelyn Waugh. Da testimonio de ello los criónicos, la congelación de los recién fallecidos para su reanimación cuando la tecnología esté más desarrollada, otorgando así efecto al punto de vista de que «la muerte es una imposición sobre la especie humana, que ya no es aceptable»². Da testimonio de ello los fanáticos que sostienen con seriedad que la muerte es innecesaria e innatural, y que podemos elegir vivir tanto como queramos. ¡Cuán diferente de la veneración de la vejez y de la preocupación por la muerte y el más allá que eran características tan sobresalientes de algunas grandes culturas! ¡Y de nuevo, qué contraste con el *memento mori* (recuerda que debes morir) de los primeros siglos de nuestra propia civilización, sus cráneos humanos grabados sobre las tumbas y exhibidos en la estructura de las chimeneas, sus incontables grabados y pinturas donde la vida se enfrenta con el torvo espectáculo de la Muerte, el Segador con su guadaña, y la imaginada secuela!

¿Eran simplemente mórbidos nuestros antepasados? Más bien somos nosotros, con nuestra patética estrechez de miras para el menos eludible de todos los hechos de nuestra vida –su fin– quienes somos mórbidos! Nuestra empecinada ceguera solo es equilibrada en parte, a un nivel menos popular, por la moderna psicología profunda: por ejemplo, por el punto de vista de que hay solo un único terror real pero bien oculto –el miedo a la muerte– del cual derivan todos nuestros múltiples miedos conscientes. La lección para mí es llana: atacar el miedo en su raíz. Comprobar la atrevida pretensión del maestro sufí Attar: «El único remedio para la muerte (y el miedo que genera) es mirarla con constancia a la cara».

Y con certeza a nosotros no nos falta nuestro propio y singularmente poderoso *memento mori* (recuerda que morirás) –a saber, nuestra más que justificada ansiedad sobre la posibilidad o probabilidad de la guerra nuclear seguida por un invierno nuclear, el suicidio en masa de la especie–. Todos estamos siendo obligados a admitir que vivimos en precario, en el Valle de la Sombra de la Muerte.

Sin embargo, la muerte que viene a usted y a mí de un modo u otro –más pronto o más tarde– jamás es experimentada como un acontecimiento en masa, sino solo por *este* solitario uno: quiero decir, por la Primera Persona del Singular, ahora, y jamás por la segunda o tercera personas como tales. En resumen, por uno mismo solo consigo mismo. Inevitablemente, mi

² Alan Harrington, *The Immortalist: An Approach to the Engineering of Man's Divinity*, New York, Random House, 1969.

muerte, y la previsión de ella, es la aventura más personal y privada imaginable. Y por supuesto, debido a esta intimidad única e ineludible, es universal, la aventura de todos y cada uno –y ello es por lo que le invito, querido lector, a unirse a mí ahora en esta investigación–.

Antes de comenzar, concluyamos estas observaciones preliminares con una advertencia y una promesa provenientes de un famoso texto budista, el *Dhammapada*: «La vigilancia es la senda de la inmortalidad, la inatención la senda hacia la muerte. El vigilante no muere, pero el desatento es ya como los muertos». Esta aserción, aunque no prueba nada en absoluto, debe alentarnos a dar a este asunto todo el cuidado, veracidad, apertura de mente y atención de que seamos capaces.



1

¿QUÉ MUERE?

«Usted se ha comprimido dentro del lapso de una vida y del volumen de un cuerpo, y ha creado así innumerables conflictos de vida y muerte. Tenga su ser fuera de este cuerpo de nacimiento y muerte, y todos sus problemas estarán resueltos. Estos existen debido a que usted se cree nacido para morir.

Desengáñese y sea libre. Usted no es una persona.»

Nisargadatta Maharaj

«Vivo sin vivir en mí.
Y de tal manera espero
Que muero porque no muero.»

San Juan de la Cruz

«Quien no muere antes de morir, parece cuando muere.»

Jacob Böheme



***El problema real:
¿Qué soy yo?***

«“Yo soy un hombre” no es natural. Usted no es ni esto ni eso.»

Ramana Maharshi

Por apremiante y punzante que sea el problema de mi mortalidad, del fin de esta vida –con certeza no es *el* problema–. La cuestión crucial es: ¿quién es mortal? ¿De quién es la vida, en cualquier caso? Resuelva este enigma y el resto sigue por sí solo. No hay ninguna otra manera. Cuando quiero juzgar cuánto va a durar un artilugio de casa, observo si está hecho de cartón, de madera, de plástico, de cerámica o de acero inoxidable. Del mismo modo con su usuario. ¿Soy yo el tipo de cosa que perece, o que dura? «Yo estoy hecha de Dios», dice la Beatriz de Dante, «y por lo tanto (soy) indestructible», agrega –en efecto–. «¿Soy yo mortal?» está incluido en «¿Quién o qué soy yo ahora mismo?» Como el sabio hindú Ramana Maharshi insistía, la respuesta real a toda pregunta sería es *ver quién la pregunta*. De ello se sigue que mi principal tarea en esta investigación debe ser acercarme a mí mismo desde una variedad de ángulos, volver una y otra vez a la cuestión de mi identidad verdadera y presente, detener toda pretensión y todo juego y *ser* con plena consciencia nada más que lo que yo soy. Y esto debe revelar –casi como resultado subsidiario – cuán permanente soy.

Hay ventajas inmediatas en esta apertura del problema, que es también la reducción de mis problemas a uno solo. Pues me exige cambiar desde una preocupación escapista por otros tiempos a las realidades presentes, desde *ahí* a justo *aquí*, desde la conjetura a la certeza, desde el vago pensamiento y especulación a la percepción tajante, desde una pasividad fantasiosa al trabajo (si despertar y permanecer despierto puede llamarse trabajo), desde una vida innatural vivida desde la mentira de quien yo no soy a una vida natural vivida desde la verdad de quien yo soy. Y, como premio, encuentro que esto no es nada más que preparación, de la mejor manera posible y única efectiva, para la muerte. Si hago mi trabajo ahora con plena atención pasaré el examen final. Si solo me siento en la retaguardia a esperar lo mejor, con mucha probabilidad fracasaré. (¿Y seré relegado? ¿Se me dará otra oportunidad en otra encarnación,

en muchas otras reencarnaciones? ¿Seré despachado a algún purgatorio o infierno? Éstas están entre las preguntas que haremos en su debido momento).

¿Qué es, entonces, esta pretendida Verdadera Naturaleza mía, este maravilloso descubrimiento del sabio que promete resolverlo todo? Más me vale tener alguna idea justa de esta Identidad que estoy buscando, o de otro modo es improbable que encuentre ya sea su presencia o ya sea su ausencia. Para resumirlo lo más breve posible, lo que se me aconseja buscar no es una *cosa* en absoluto, sino ilimitado, incondicionado, inmóvil, sin tiempo (repito, sin tiempo), simple, silente, y –por encima y por debajo de todo– autoevidente e intensamente vivo para sí mismo como todo esto. Es lo incognoscible de lo que Aristóteles dijo que nada es tan cognoscible. Es el abismo del misterio debajo del misterio sin fondo, que es a la vez mi refugio y mi Sí mismo. Entre sus metáforas y sinónimos están Nada, Claridad, Transparencia, la Luz Clara, Espacio Vacío, el Vacío que es sin rastro y sin mancha e inmaculado, Capacidad desnuda, lo Innacido e Inmortal... ninguno de los cuales hace más que ayudarme a reconocer-Lo cuando tropiezo con Ello. (Disponer de las palabras correctas, saber todo sobre Ello, pensar e incluso sentir-Lo, se me asegura que todo esto está a una distancia infinita de la realidad, de *ver-Lo* efectivamente con más claridad que ninguna otra cosa, y por consecuencia de *ser-Lo* conscientemente).

Tal es mi historia interior sin palabras, mi esencia, mi realidad sin muerte, según el rumor persistente a través de las edades. Así lo sostienen con constancia sus Veedores –cualesquiera que sean sus filiaciones religiosas y culturales–. Y tal es la hipótesis en verdad apabullante que tengo que comprobar aquí y ahora, y no aplazarla hasta que esté postrado en mi lecho de muerte. Rumi, el gran sufí, define mi tarea sin miramientos: «Muere antes de morir». A lo cual yo agregaría: «Y ve lo que acontece». Y Platón llega a definir la filosofía misma como «la práctica de la muerte». ¡Larga vida a la filosofía!

*¿Qué soy yo?
Es para resolverlo ahora*

«¿Por qué quiere saber qué será usted cuando muera, antes de saber qué es ahora?»

Ramana Maharshi

Según el budismo mahayana mi Verdadera Naturaleza es la Clara Luz del Vacío. Y, según la escritura mahayana más pertinente para esta etapa de nuestra investigación –*El Libro de los Muertos* tibetano– necesito familiarizarme por entero con la Clara Luz mientras estoy todavía en medio de la vida: entonces la reconoceré y me uniré con ella cuando se presente en el momento de la muerte, y seré por entero liberado en la Realidad o Nirvana y ya no estaré sujeto al nacimiento y la muerte. Pues en ese momento –afirma este texto notable– la Luz es vista por todos los seres sencientes, pero pronto es perdida de vista por la gran mayoría debido a que no están familiarizados con ella. En lugar de ello, se encuentran rodeados y absorbidos por una variedad de dioses, titanes y demonios que son proyecciones de sus propias mentes apegadas, productos del pensamiento lleno de deseo y de miedo que lleva a otra ronda en el mundo del engaño y del sufrimiento.

Permítaseme citar aquí algunos extractos relevantes de la versión de Evans-Wentz de nuestro texto:

«Su propia consciencia, brillante, vacía, inseparable del Gran Cuerpo de Radiación, no tiene nacimiento ni muerte y es la Luz Inmutable... Reconociendo el propio sí mismo de uno así, uno deviene permanentemente unido con el *Dharmakaya* (la Consciencia Universal) y la liberación es cierta... Para aquellos que han meditado mucho, la verdad real amanece tan pronto como parten el cuerpo y el principio de consciencia. La adquisición de experiencia mientras se está vivo es importante. Aquellos que han reconocido la verdadera naturaleza de su propio ser... obtienen gran poder durante el Bardo³ de

³ (En el budismo tibetano), el estado del alma entre su muerte y su renacimiento.

los momentos de la muerte, cuando la Clara Luz amanece... Así, siendo de particular importancia la práctica en este Bardo mientras se vive, aférrate a ella... de modo que al morir no se olvide aunque un centenar de ejecutores estuvieran persiguiéndote... Trata esta doctrina muy amorosamente: es la esencia de todas las doctrinas».

Yo resumiría el mensaje esencial de *El Libro de los Muertos* así: «Al final de su vida usted va a gozar de la Luz –esa experiencia, la más profunda de todas, que es la base de toda experiencia, y que no perderá– provisto que dé *ahora* todo por ella (o más bien todo a ella) y la goce y la practique».

Hasta que yo muera no tengo ningún medio de comprobar directamente la verdad de esta enseñanza milenaria. Mucho del *Libro* es admitidamente fantástico. (En verdad se sale de su línea para enfatizar que todo, excepto la Clara Luz del Vacío, es imaginación, engaños de moribundo). Sin embargo, en su esencia, parece estar maravillosamente respaldado por la investigación contemporánea en «Experiencia Cercana a la Muerte» (ECM)⁴.

La reciente tecnología de la reanimación y los medios de mantenimiento de la vida están volviendo a traer desde el borde de la muerte a un creciente número de pacientes que sobreviven para contar en detalle sus impresiones. De hecho, algunos de ellos parecen haber traspasado el borde y haber estado clínicamente muertos –habiendo cesado por algún tiempo su respiración, los latidos del corazón, e incluso las ondas cerebrales (registradas por el electroencefalógrafo) antes de que fueran vueltos atrás de nuevo: lo cual hace su evidencia en especial significativa. Así pues, ahora tenemos mucha información sobre este tópico vital –sobre lo que es morir para el moribundo– que estaba más o menos negada a nuestros antepasados. Y éste es el notable descubrimiento: la experiencia cercana a la muerte resulta ser muy parecida para la mayor parte de las gentes, con independencia de sus trasfondos culturales y religiosos y de la causa y manera de su morir. Habitualmente es una historia de paz y liberación del dolor, de ausencia de forma y desapego del cuerpo (a menudo visto abajo desde arriba), de luz brillante (que aparece primero como un punto luminoso al final de un túnel, y que eventualmente sumerge al sujeto), de colores vivos y de escenas y sonidos bellos. Sobre todo, la impresión con la que se queda uno es de una radiación y luminosidad singulares que recuerda mucho lo que es el tema del *Libro de los Muertos* tibetano.

⁴ Ver, por ejemplo: G. Gallup, Jr., *Adventures in Immortality*, London, Souvenirs Press, 1983; M. Grey, *Return from Death, A Exploration of the Near-Death Experience*, Arkana (Routledge & Kegan Paul), 1985; E. Kübler-Ross, *Death: the Final Stages of Growth*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1978; R. A. Moody, Jr., *Life at Death, A Scientific Investigation of the Near-Death Experience*, New York, Coward McCann & Gehegan, 1980; M. Sabom, *The Near-Death Experience: A Medical Perspective*, Philadelphia, Lippincott, 1982.

Se nos dice que esta luz, que es el elemento común de estas experiencias cercanas a la muerte –aunque es indescriptiblemente brillante– no es deslumbradora, y no impide que los objetos de alrededor se vean con claridad. Uno se siente bien con ella, atraído hacia ella, y en algunos ejemplos, sumergido en ella. Y uno vuelve a la escena humana, aparentemente, sin ninguna duda sobre la realidad de lo que se ha experimentado. Sin embargo, uno aprende pronto que pocas gentes se muestran inclinadas a tomar en serio su historia. De todos modos, hay poca tentación a hacer prosélitos. Al parecer, es suficiente con que la vida es ahora más preciosa, que uno vive más en el presente, que es menos egoísta, y le queda poco o ningún miedo de la muerte. Según nos informan aquellos que vuelven de una experiencia cercana a la muerte, tales son en grados variables sus probables beneficios.

Los investigadores han confirmado que estas gentes tienden a cambiar sus vidas. La iluminadora experiencia que tuvieron se les aparece retrospectivamente –al menos a algunos de ellos– tan valiosa que se hacen esfuerzos para recuperarla.

¿Tenemos aquí, en estas experiencias cercanas a la muerte, algo así como nuestra propia versión occidental, contemporánea y auténtica de la experiencia del iniciado tibetano? ¿Es la luz brillante pero bondadosa que describen comparable con la «Clara Luz del Vacío» tibetana que, nuevamente, ilumina a *todos* los hombres que salen del mundo? Y, aún más importante, ¿tenemos aquí –al menos en la más completa y mejor de estas experiencias cercanas a la muerte– un ejemplo gratuito e inesperado de esa Auto-realización esencial que es descrita por los sabios? ¡Cuán tranquilizador, cuán reconfortante sería saber que, no importa cuán poco espiritual e indigna haya sido la vida, al final de ella uno tiene la buena suerte de ser invitado a una auténtica experiencia mística! Como si uno fuera obsequiado por un Padre compasivo o un Universo protector con esta gracia de conclusión y premio de consolación, con esta degustación de la felicidad que está oculta en la raíz misma de las cosas.

Sin embargo, después de todo no sería tan sorprendente encontrar que (como observaba Plutarco) «en el momento de la muerte el alma experimenta lo mismo que aquellos que están iniciados en los misterios mayores». Pues es entonces cuando, si no ha ocurrido en ningún tiempo antes, los apegos de uno son cortados a la fuerza; cuando las ambiciones que le quedan a uno se ven como inalcanzables; cuando uno prescinde de lo que las gentes piensan, y accede al fin a ese grado de libertad de los valores convencionales y de los condicionamientos sociales que es el prerrequisito de todo conocimiento espiritual real. Es entonces, al fin, cuando lo Evidente –que durante todo el tiempo ha sido hecho tan poco evidente– es propenso a brillar. Morir es necesariamente el momento de la verdad. Por ello es por lo que el arte de vivir es

anticipar ese momento, morir antes de que uno muera, cesar de posponer la propia muerte. Por ello es por lo que la medicina para la muerte es homeopática.

En resumen, aunque históricamente el *Libro de los Muertos* tibetano pueda haber sido reducido a una *missa solemnis*, una misa para los *muertos*, es propiamente una guía para la *vida*, interesada en un «giro en la sede de la consciencia» ahora mismo. Y del mismo modo, aunque el interés popular en las experiencias cercanas a la muerte surge de la preocupación por la vida *después* de la muerte, estas experiencias parecen tener más valor en lo que dicen sobre la vida antes de la muerte, sobre este momento mismo, sobre lo que uno es en realidad, ahora y siempre.

¿Cuán significativos para nuestra indagación son estos fascinantes informes –antiguos y modernos– de la frontera entre la vida y la muerte? ¿Es su condición como evidencia, después de todo, mucho más elevada que la de algunos sueños, que pueden ser aún más vívidos, convincentes y significativos que la vida de vigilia ordinaria? ¿Qué prueban de hecho las experiencias cercanas a la muerte? ¿Están necesariamente equivocados los científicos que las desechan como «alucinaciones inducidas por la endorfina producida por el organismo en una emergencia», o como «efectos secundarios para-psicodélicos de algunas drogas usadas comúnmente», o como alguna cosa de este tipo?

Por mi parte, lo máximo de lo que puedo estar seguro es de que el moribundo es propenso a encontrar –entre otros fenómenos– un tipo especial de luz brillante, que es sentida por entero benéfica, y (al menos al comienzo) como muy «ahí fuera», y que sería extraño si esta maravillosa luminosidad no tuviera ninguna relación particular con la maravillosa (y sin embargo absolutamente ordinaria) Luz Interior de la Consciencia que es el tema de los vedores y sabios. De ello no se sigue que sean dos versiones de la misma realidad, mucho menos idénticas. Tampoco se sigue que la luz común a las experiencias cercanas a la muerte sea «objetivamente real» (en el sentido en que lo es la luz del sol) ni «psicológicamente real» (en el sentido en que es una experiencia normal y no una experiencia patológica). El descubrimiento de que muchos humanos que llegan a las puertas de la muerte –o incluso la mayoría– experimentan al comienzo esta luz exterior, sin duda dice algo importante sobre la mente de uno, pero no dice nada decisivo sobre la Naturaleza interior de uno, o sobre el universo en general. (Si fuera de otro modo, y la experiencia, por intensa y extendida que sea, tuviera que ser objetivamente válida, nos encontraríamos en un mundo horrendamente superpoblado con todos los dioses y titanes y demonios –por no mencionar las entidades mitológico-psicológicas que van

desde el *mana* a los arquetipos de Jung— cuyo poder ha sentido un gran número de gente, y/o —según han afirmado— los han percibido efectivamente).

En esta investigación no puedo permitirme ningún auto-engaño o pensamiento deseoso evitable. Está en juego nada menos que mi verdadera Identidad, únicamente la cual resolverá la cuestión de mi mortalidad o inmortalidad; y esto merece —exige— un tratamiento rigurosamente científico.⁵ Ahora bien, el fundamento sobre el que se apoya la ciencia es la duda, la incertidumbre radical que abre los propios ojos de uno a los datos. La verdadera ciencia no se construye sobre vívidos sueños, o sobre la imaginación, o la intuición, o el sentimiento, o anécdotas, o el razonamiento, o la especulación. (Aunque todos éstos tienen su lugar y hacen alguna contribución, son en grados variables *partidistas*, voluntaristas, dogmáticos). Ciertamente, no se apoya sobre la creencia, sobre lo «oído decir» a otros sin comprobación, o sobre sus consideradas opiniones, o sobre sus honestos informes de lo que una vez experimentaron bajo condiciones especiales. Los criterios de un hecho científico son que sea verificable ahora por cualquiera a voluntad, repetidamente —provista la instrumentación apropiada y las facilidades de laboratorio— y que se base en los sentidos, en último recurso en un mirar para ver. Se apoya en la humilde y paciente lectura de instrumentos de medida, termómetros, relojes, balanzas, tiras reactivas, y demás. La ciencia medieval jamás comenzó a despegar hasta que las gentes se atrevieron a cuestionar los clichés consagrados por el tiempo y los ingeniosos razonamientos sobre cómo deben comportarse las cosas; hasta que se atrevieron a comenzar de nuevo y a prestar atención a cómo se comportan las cosas de hecho, a mirar y a experimentar con lo que se muestra llanamente. *La ciencia del objeto no es más sana que el fundamento sensorial sobre el que se apoya.*

Exactamente lo mismo es verdadero para la ciencia del sujeto, de esta Primera Persona. Girar la dirección de la investigación científica 180°, desde lo observado al observador, no *reduce* la necesidad de volver atrás continuamente desde lo que se concibe a lo que se percibe. (Esto no es en modo alguno un logro) «Los Budas y los seres sencientes no difieren en absoluto», dice el maestro zen Huang-po. ¿Cómo realizar esto? «Solo deshágase del pensamiento conceptual en un instante, y habrá cumplido todo»). Más bien *aumenta* la necesidad de mirar, y mirar, y mirar de nuevo.

⁵ D. T. Suzuki, que trajo el zen a occidente, estaría de acuerdo. Él describía el satori —que es la realización de la verdadera Identidad de uno— como impersonal, prosaico, inatractivo, una experiencia «singularmente desprovista de emociones humanas». Llega a decir que: «Hay en él, al contrario, algo que puede calificarse de fría evidencia científica». (*Essays in Zen Buddhism*, 2nd. series, London, Rider, 1950, págs. 35, 36, 52).

Por supuesto, es improbable que yo logre vivir enteramente este ideal de humildad frente a la evidencia a todo lo largo de la presente investigación –no más que lo logran los científicos del objeto o tercera persona en su propio campo–. Pero tengo la intención de hacerlo lo mejor que pueda, fiándome continuamente de mis sentidos y apartándome de toda insensatez.

Y si al final –como ya parece probable– resultara que en general los informes de la experiencia cercana a la muerte de otros, tanto orientales como occidentales, concordaran y fueran confirmados por nuestras propias pruebas de primera mano y basadas en los sentidos a este lado de acá de la muerte, tanto mejor. Por ahora baste notar que, sean cuales fueren las claves que esa experiencia cercana a la muerte pueda proporcionar sobre nuestra naturaleza y destino, están enteramente subordinadas al resultado de las pruebas que usted y yo vamos a hacer en breve. Pruebas que, debido a que son sensatas y repetibles, son capaces de llevarnos desde los argumentos verbales sobre la muerte al acuerdo, y desde las terroríficas dudas sobre la muerte a una serena certeza ahora.

Yo soy lo que parezco ser

Maestro zen Tung-shan: Yo muestro la verdad a los seres vivos.

Monje: ¿Cómo son entonces?

Tung-shan: No más seres vivos.

Vuelvo, entonces, a lo que es para mí la cuestión real, la única de la que todas las demás son subsidiarias: *¿Qué soy yo ahora?*

Lo que quiera que sea, me manifiesto como una cosa. Tomo forma, hago una impresión sobre los demás, y (a través de ellos) sobre mí mismo. ¿Qué es esta cosa, observada simple y con imparcialidad, con la mente abierta, como si fuera por primera vez?

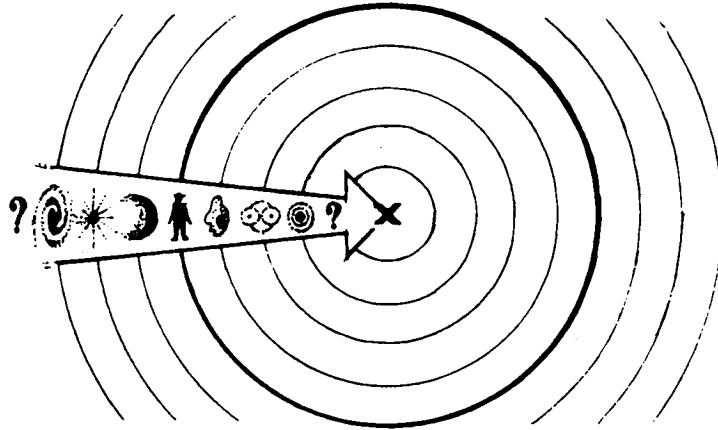
El problema es que, con la mejor voluntad del mundo, sobre este sujeto (que es precisamente *el* sujeto) yo estoy muy lejos de ser desinteresado: difícilmente puedo evitar la parcialidad, alguna tendencia a cocinar los libros para mi (imaginada) ventaja. De modo que permítaseme sortear este obstáculo observando cómo trataría con un «sujeto» diferente, no conmigo mismo, ni con nada humano o incluso vivo, sino con una mera cosa, algún objeto inanimado ordinario. Llamémosle X. Yo debería ser capaz de tener una visión fría y honesta de algo tan neutral, llegar a un retrato tajante, definitivo de X, y entonces aplicar las lecciones que he aprendido sobre la objetividad a mi auto-investigación.

Sin embargo, incluso aquí, las complicaciones (provenientes esta vez no de la parcialidad del observador sino de la naturaleza de lo observado) son evidentes al momento. Resulta que ningún objeto es simplemente él mismo. Tome una visión cercana de X, y X se revela como un tipo de cosa; visto desde más lejos se revela como otro tipo por completo diferente; visto desde mucho más lejos, como mucho más diferente aún. Continúe retirándose de X, y todos sus rastros se desvanecen —no hay nada que ver—. Acérquese a él lo suficiente, y de nuevo se desvanecen. Todo aquello a lo que me acerco o de lo que me alejo, lo pierdo. Al desplegarse, la distancia no solo presta encanto sino todo lo demás: al replegarse, lo recoge todo de nuevo. No puedo toparme con nada que sea absoluta y simplemente lo que es, nada que no sea equívoco, relativo, fantasmal, indeterminado.

Por ejemplo, tome esta página impresa. Yo puedo leerla debido solo a que me coloco de modo que estoy a la distancia justa –casi exactamente 30 centímetros–. Reduzca la distancia a 5 centímetros, y las palabras –grávidas de significación– son transmutadas en marcas negras carentes de significado sobre papel blanco. Más cerca todavía –provisto que agudice mi visión con las adecuadas ayudas ópticas y electrónicas– el papel liso se transmuta en capas de fibras alargadas, seguidas por una colección de ejemplares incoloros llamados moléculas; y más allá de éstas (me aseguran los físicos) por pseudo-cosas progresivamente inescrutables, inmateriales, insustanciales llamadas átomos, partículas, ondículas, quarks y, finalmente, el espacio mismo, lleno de energía. Ni esta página que estoy leyendo ahora, ni ninguna otra cosa, resistirán la inspección de cerca.

No en cada detalle, por supuesto, sino en diseño y principio, tal es la constitución inconstante, si y no, altamente ambigua –y verdaderamente mágica– de todo X, de toda cosa. Jamás es algo tajante y definitivo: su naturaleza depende de cómo uno la mira: en particular de *desde* donde uno la mira, de su distancia.

¡Tocado! Yo no soy ninguna excepción. Como D. E. Harding soy exactamente como eso –debido a que yo también soy una cosa, una X. Ciertamente es precisamente esta magia de la distancia la que me erige como una entidad local especial, irrepetible, distinguible, medible, fotografiable, pesable, con una historia propia. Gracias a ella tengo un nombre y una dirección, estoy localizado en un lugar y en un siglo y no en algún otro, y así sucesivamente. La limitación, la especificidad, el condicionamiento múltiple, la relatividad –en un sentido, la irrealidad– no son los accidentes sino mi material mismo. (Si usted excusa el galimatías, yo no soy lo que *soy* sin lo que *no* soy: existo como yo debido a que no existo como usted: mi tipo de «ser» es también un no-ser). Y si dudara de todo esto, solo tengo que hacer que un amigo me fotografíe. (¡Cuánto debemos a la cámara fotográfica, esa invención destructora de ilusiones, ese testigo de cargo insobornable y comparativamente imparcial!) Observo cuán cuidadoso es mi amigo a la hora de sostener su instrumento a la distancia correcta. Desde más cerca, obtiene una nariz o una boca o un ojo irreconocibles, seguidos por un borrón no-humano; desde más lejos, obtiene un alguien minúsculo, seguido por una mota no-humana, un punto sin dimensiones, nada en absoluto. Lo que él y su cámara *hacen* (palabra justa) de esta X –si es que hacen algo– depende de él.



El informe que la ciencia física contemporánea da de la cosa de varios niveles y fugitiva que llamo mí mismo, llena enteramente este amplio diseño de mi constitución con impresionante detalle –la mayor parte de él apoyado por evidencias tan abundantes y bien comprobadas que debo aceptarlo–. Y lo hago agradecidamente, de hecho con entusiasmo y admiración. Y estoy muy lejos de ser el único aquí. La multitud de libros bellamente ilustrados y de ingeniosas películas ahora disponibles –que retratan las maravillosas transformaciones de un ser humano cuando es visto por su observador según éste se aproxima o retrocede alternativamente– son bien conocidas, incluso populares. Permítaseme tomar mi ejemplo de éstos. Comenzando desde una distancia «media» o «normal», el observador tiene un claro retrato del hombre conocido por mi nombre. Cuando se acerca, el retrato del hombre es reemplazado por fragmentos y partes de un hombre, por órganos de uno u otro tipo –que ciertamente no son humanos–. Después por tejidos, que a su vez se resuelven en células, y después en una única célula. Esta criatura es un organismo distinto no enteramente dependiente de sus células compañeras, pues bajo las adecuadas condiciones de laboratorio puede mantenerse viva indefinidamente. Tal es este X que yo soy en un cierto nivel en el *espacio* –¡una criatura mucho más humilde que esa mosca que revolotea sobre el cristal de la ventana!–. (Y, de paso, esto es también lo que yo soy en un cierto nivel en el *tiempo*: hace alrededor de ochenta años –podría darle a usted el mes e incluso la semana exacta– yo era precisamente un animal tan primitivo, una única célula. ¡Concluyente evidencia!) Y, bajo un examen más de cerca, este animal resulta no ser ningún animal en absoluto sino orgánulos (cromosomas, genes y demás), los cuales, más cerca todavía, resultan ser complejas moléculas orgánicas (ADN, por ejemplo), y después moléculas mucho más simples de las que todo rastro de vida y color ha sido drenado. Dejando atrás incluso éstas, el informe de mi observador (todavía la historia de X, recuerde, de mí) habla de átomos –cada uno de los cuales es un «sistema solar» tan vacío, tan lleno de

espacio, como lo está el grande— y de partículas sub-atómicas que no son en ningún sentido significativo cosas en absoluto, y ciertamente no son objetos sólidos o materiales; incluso su localización es inescapablemente ambigua. En cuanto a los quarks, los cuales representan el límite presente de la penetración de la ciencia dentro de X, dentro de mí, ¿quién puede decir lo que *ellos* son —si puede decirse que existen en absoluto—? ¡Nuevamente, la advertencia es *mantenga las distancias!* Venga hacia mí y descubrirá cuán superficial es mi humanidad, venga totalmente y encontrará que no hay nada que ver. Y esto (como devendrá crecientemente evidente a medida que continuemos) por una simple razón: yo estoy fuera, no estoy en casa: Douglas E. Harding jamás ha sido una realidad aquí y ahora. Es un fenómeno ahí y entonces⁶.

Y esto es solo la primera parte del informe de mi observador viajero, la mitad hacia dentro. La otra mitad —aún más espectacular— es lo que encuentra cuando (todavía cuidadoso de mantener su mirada disciplinada sobre X en el centro de todo ello) se mueve alejándose de la distancia media, donde un hombre presenta una breve apariencia, hacia regiones más remotas. El hombre es reemplazado sucesivamente por una casa, un pueblo, un país, un continente; después por un planeta (la Tierra), seguida por un sistema solar (el Sol), una galaxia (la Vía Láctea), y finalmente por enjambres de galaxias resolviéndose rápidamente en puntos de luz en una gran vastedad y a punto de desvanecerse enteramente.

De modo que la historia del viaje hacia fuera y la del viaje hacia dentro llegan al mismo resultado, complementándose y confirmándose una a la otra. De una manera u otra, este ser humano resulta ser todo tipo de seres no-humanos, que, finalmente, resultan no ser ningún tipo de ser en absoluto, sino prácticamente espacio vacío. Lo mismo que un espejismo o un arco iris o un fuego fatuo, yo soy un tipo especial de alucinación. Verdaderamente soy lo que Shakespeare dice que soy: «Del material del que están hechos los sueños». Si ese material se «acaba con un sueño» es la cuestión a la que vamos ahora.

⁶ Se dice que cada uno de los linajes de los Budas (míticos) anteriores a Sakyamuni legó a su sucesor su *gatha* de transmisión, precedido con las palabras «Ahora te transmito el Ojo-tesoro de la Gran Ley, que guardarás y al que siempre estarás atento». La tradición fue perpetuada históricamente por los maestros zen hasta nuestros propios tiempos. Su *gatha* de transmisión típico es sobre la irrealidad, sobre la naturaleza fantasmagórica de las cosas en general y del propio cuerpo-mente de uno en particular. Hsu-yun (en su lecho de muerte en 1959, a la reputada edad de 120 años) compuso un *gatha* con las palabras: «Conságrate a lograr la perfecta comprensión de que el cuerpo ilusorio es como el rocío y el relámpago» (citado en *The Middle Way*, febrero 1960).

Yo soy lo que necesito para ser mí mismo

«Los maestros zen están totalmente identificados con la Naturaleza.»

D.T. Suzuki

Por supuesto, una parte mía protesta que –no obstante– yo soy realmente el hombre en el medio, ni el núcleo ni las pieles exteriores de la cebolla, sino exactamente su capa media. Me quejo de que las visiones cercanas de mí no son válidas debido a que dejan fuera mucho que *es* mí mismo, y que las lejanas no son válidas tampoco debido a que incluyen mucho que *no es* mí mismo. Pero este argumento yerra el punto: es dar por admitida la cuestión. Todavía no sé qué o quién soy yo. Queda todo por ver, todo por resolver a la luz de la evidencia, no a la luz de la creencia o de lo oído decir anteriormente. En cualquier caso hay ya un número notorio de razones de peso, y ciertamente de razones evidentes, para admitir que yo no puedo ser una cosa de un solo nivel, un «mero humano» –lo que quiera que eso pueda significar–.

Para comenzar, yo soy completamente dependiente de todos los niveles, de todo el pasmoso orden de incorporaciones cósmicas que mi observador viajero saca a la luz. ¿Cómo podría este humano infatuado y pagado de sí mismo valerse sin el soporte de los órdenes cósmicos más bajos? ¿Qué valdría este charlatán si no fuera corporificado y asistido por su relleno infrahumano de todos los grados? En otras palabras, ¿qué soy yo sin mis tejidos, células, moléculas, y demás, descendiendo hasta el final de la escala? Todo lo que les acontece a ellos me acontece a mí, todo lo que les cuadra a ellos me cuadra a mí, todo lo que yo veo y oigo y toco es cortesía de estos humildes deudos. Tengo que incluir, para ser, a muchos otros, y finalmente a todos los demás –macrocósmicos no menos que microcósmicos. Pues nuevamente, ¿cuán vivo estaría este cuerpo humano si fuera amputado del cuerpo político, del organismo social, de los reinos animal y vegetal, de la biosfera, de los elementos, del aire y el agua y la tierra? Yo podría valerme durante años y años con un solo pulmón y un solo riñón y una fracción de intestinos y sin ningún miembro en absoluto, pero ¿durante cuántos minutos podría valerme sin el Sol, mi estrella? Yo tengo que ser todo lo que está implicado en mi ser lo que yo soy. Yo no soy mí mismo, no soy entero, no soy un individuo, sin todas mis incorporaciones que

van desde las subpartículas a las supergalaxias, desde las menos inclusivas a las más inclusivas.

Incluso esto no es toda la historia, la verdad última de Lo Que yo soy. Pues solo el más alto y el más bajo de los miembros de la jerarquía cósmica (que son realmente dos aspectos de uno y el mismo Último) son enteramente reales. El resto son una suerte de engaño, un espectáculo mágico suscitado por el ilusionista cósmico, vislumbres fugaces de Otra Cosa, del verdadero X, de Dios si usted quiere. (John the Scot, en la Edad Oscura [La Edad Media] (*¡sic!*), describía todas las cosas como teofanías o apariencias de Dios: y por Dios nosotros podemos leer aquí la Nada-Todo que sólo es ella misma y no una fachada para alguna otra cosa).

Y de hecho no hay nada místico, o difícil, u oscuro en todo esto. Todo el mundo está de acuerdo en que un órgano (por ejemplo) no es él mismo uniformemente y de cabo a rabo, sino que está *compuesto* de algo muy diferente. Nosotros decimos que *en realidad es* células, que a su vez están *compuestas de*, y *que en realidad son* moléculas; y así sucesivamente seguimos descendiendo hasta la Incognoscible Nada, la Fuente, el Misterio básico, sólo el cual es sí mismo completamente simple e incompuesto. E inversamente, el mismo órgano es incomprendible sin el organismo entero; que a su vez no puede ser cortado significativamente del nexo vivo o todo ecológico al que pertenece. Y así sucesivamente seguimos ascendiendo hasta el Incognoscible Todo, el Misterio cumbre, sólo el cual es Autocontenido y totalmente presente y correcto, el único Individuo verdadero, estrictamente indivisible, nada sino Sí mismo. Solo en este Uno y como este Uno existen los fragmentos y las partes, solo en este Uno se juntan y juegan sus papeles.

De ello se sigue que, al reclamar ser un ser vivo, funcionando plenamente (como habitualmente lo hago) implícitamente estoy reclamando ser la Totalidad del Ser en sus dos aspectos en contraste, la Cima y la Base de la gran Jerarquía. Si vivo o existo, es como este Cuerpo y No-Cuerpo Total. ¡Cuán absurdo es pretender que este pseudo-cuerpo a mitad de camino llamado Douglas E. Harding tiene alguna vida o existencia suya propia!

Yo soy lo que siento que soy

«Un hombre de conocimiento no tiene ningún honor, ninguna dignidad,
ninguna familia, ningún país.»

Don Juan (*Carlos Castaneda*)

Esta Totalidad de doble aspecto, me veo obligado a admitirlo, es mi verdadera Naturaleza. No es un descubrimiento que la acoja con naturalidad. De hecho, intento por todos los medios retroceder de esta conclusión por entero radical. (¡Cuánto más difícil es soportar el esplendor de uno que sus miserias!) Intento toda ruta de escape prometedora, protestando que todo esto es exclusivamente físico o materialista y poco moral o espiritual; o demasiado dominado por la ciencia y poco humano; o demasiado interesado con lo que otros hacen de mí y demasiado descuidado de lo que hago de mí mismo; o, sobre todo, que es excesivamente lo que *parezco* y poco lo que *siento* –y ciertamente yo me siento bastante humano, a menudo demasiado humano. Y el objetivo común de todas estas objeciones –hay otras– es probar que el sentido común tiene razón después de todo, y que *yo soy* el humano claramente definible que todo el mundo me ha dicho que *soy*, y que estaba seguro de ser, todo el tiempo.

De acuerdo (me respondo), objeción aceptada. Permítaseme entonces intentar poner a un lado mi intelecto y mis sentidos, desestimar las conclusiones en apariencia extravagantes a las cuales me han llevado, y confiar en su lugar en mis reacciones viscerales, en mis instintos profundos sobre mí mismo y mi naturaleza. ¿Por *qué* me tomo automáticamente a mí mismo? ¿Con *quién* me identifico instintivamente, a juzgar por mi comportamiento? ¿Qué resulta natural?

La respuesta a secas es que yo no –repito, *no*– siento que soy «sólo este hombre», que en la práctica no encajo en esta grandilocuente historia que todo el mundo me cuenta sobre quién soy yo. Mis acciones demuestran claramente que en realidad no creo una palabra de ella –por mucho que imagine, por mucho que diga, por mucho que pretenda lo contrario–. Una y otra vez ellas abandonan el juego y exponen mis sentimientos. Consultándolas ahora, hago el descubrimiento siempre sorprendente de que yo no soy ninguna cantidad fija, ninguna prenda de

confección, lista para llevar, sino a medida para cada ocasión. Yo soy tan variable, tan elástico, como necesito ser, como la situación reclama.

Vayamos a los hechos: yo soy propenso a sentirme *más* mi familia –o mi clan o tribu– que este miembro particular de ella. Hasta tal punto que puedo sacrificar sin vacilar mi bienestar estrecho y personal, por un bienestar más amplio, e incluso dar mi vida como «individuo» por la vida comunal. Es lo mismo con mi raza, mi ciudad o mi país o mi bloque de poder, mi iglesia o mi dios: yo soy propenso a identificarme con cualquiera de éstos, o con cada uno de ellos por turno, tan enteramente que su supervivencia equivale a mi supervivencia, y que el destino de este humano deviene irrelevante. De nuevo, muchos factores se combinan para reforzar mi sentido de unidad con la Tierra: acontece que me siento cada vez más planetario. Tampoco la escala de mi identidad se detiene en éste o en cualquier otro nivel. El Sol, el sistema solar, es mi hogar en el universo, es mi estrella, lo cual no deja ninguna duda en cuanto a de qué lado estoy yo en el caso de una guerra estelar real. Además, mi elasticidad se extiende tanto por debajo del nivel humano como por encima. Yo soy «subhumano» no menos que «suprahumano». Pero esto ciertamente no significa que «arriba y grande» son «buenos», y que «abajo y pequeño» son «malos». Así pues, es por entero posible para mí en un momento sentirme-como y sumergirme-dentro de mi país («acertado o equivocado»), o de mi partido político (piénsese en los nazis), o de mi iglesia (con sus *autos de fe* inquisitoriales), hasta tal punto que estoy preparado para ultrajar mis sentimientos humanos incinerando o pulverizando cualquier cantidad de humanos en su nombre. Y al momento siguiente hacer un holocausto de mi propio cuerpo por causa de uno de sus miembros (digamos, su estómago), por una adicción o un apetito, prefiriendo la complacencia de una parte a la salud y felicidad del todo, o incluso a su vida.

De hecho, la única identificación por completo segura y por entero benéfica y verdadera es llegar hasta el límite, trascendiendo con ello tanto el bien como el mal. Cuando mejor estoy, cuando se les da pleno juego a los más persistentes y auténticos de mis sentimientos, hago un doble descubrimiento: por una parte, me encuentro despojado de todas las responsabilidades, de todos los apegos e identificaciones sean cuales sean, descargado del fardo, sin pretender nada y sin ser nada, y así soy al final libre; y por otra –supremamente inconsistente– me encuentro acogiendo a todos y a todo a bordo, reclamando el fardo, no reposando contento hasta que la criatura más humilde del universo se cobije bajo mi solícita ala. Ésta es la verdad última, la verdad paradójica y de doble aspecto sobre la manera en que siento realmente. Si (a consecuencia de nuestros textos) ya hay fuertes indicaciones de que *de hecho* yo no soy ese percedero Douglas E. Harding, y de que en lugar de ello Yo soy Nada-Todo, ¡cuán maravi-

lloso es encontrar que ésta es también *la manera en que siento* –de modo que como son las cosas es como yo quiero profundamente que sean!–.

Para resumir éste y los dos capítulos precedentes de mi investigación: si me atengo a lo que *parezco*, o a lo que *necesito* para ser mí mismo, o a cómo *siento*, al final obtengo prácticamente la misma respuesta. Encuentro que estoy muy lejos de ser la cantidad fija, el mero humano, el individuo a secas que se pretendía que yo soy. Al contrario, yo sobrepaso a Cleopatra en mi infinita variedad, soy inconmensurablemente más y menos que Douglas E. Harding. De *éste* es de quien la mortalidad –o inmortalidad– está en cuestión aquí. Explorar el destino de algo o de alguien a falta de este Inconmensurable sería insensato.



PROBAR LA INMORTALIDAD

- (I) «No hay ningún Veedor sino Él... el Uno Inmortal.»
Brihadaranyaka Upanishad
- (II) «No puede encontrarse ningún lugar en el que poner la Verdadera Cara (Original) de uno. No desaparecerá aunque el universo sea destruido.»
Ummon
- (III) «Al realizar que este cuerpo es como espuma, como un espejismo... él (el discípulo) irá donde el Rey de la Muerte no puede encontrarle.»
Dhammapada
- (IV) «El hombre exterior es la puerta batiente. El hombre interior es el quicio inmóvil.»
Eckhart
- (V) «El hombre interior no está en tiempo o lugar alguno, sino que está pura y simplemente en la eternidad.»
Eckhart
- (VI) «Yo no supe dónde entraba.»
San Juan de la Cruz
- (VII) «La cosa que se muestra es perecedera, pero lo que es resucitado es imperecedero.»
San Pablo
- (VIII) «Cuando este perecedero inviste la imperecibilidad, y este mortal inviste la inmortalidad, entonces la Muerte es tragada en la victoria. ¡Oh Muerte!, ¿dónde está tu agujijón? ¡Oh tumba!, ¿dónde está tu victoria?»
San Pablo
- (IX) «Todo lo que tiene forma, sonido y color, puede ser clasificado bajo el encabezamiento de *cosa*... Pero uno puede alcanzar la no-forma y vencer a la muerte. Y con lo que está en posesión de lo eterno, ¿cómo pueden compararse las meras cosas?»
Chuang-tzu

Estas nueve citas de los maestros se relacionan con los nueve experimentos que siguen. Dan una visión previa de lo que vamos a probar.



Preliminar

«Dios hizo los sentidos vueltos hacia fuera, el hombre por lo tanto mira hacia fuera, no dentro de sí mismo. De vez en cuando un alma atrevida, deseando la inmortalidad, ha mirado hacia atrás y se ha encontrado a sí mismo. El que conoce la Realidad sin sonido, sin olor, sin sabor, intangible, sin forma, sin muerte, supranatural, sin declive, sin comienzo, sin fin, sin cambio, sale fuera de la boca de la Muerte.»

Katha Upanishad

Queda todavía un medio mayor de acceso a la cuestión de mi verdadera Naturaleza, y así a la cuestión subsidiaria de mi verdadero destino. Es (al menos en la forma, aunque no en el espíritu e intención y resultado) un medio de acceso de nuevo cuño, y (al menos para mí, y encuentro que para muchos otros también) la ruta mucho más practicable y rápida, la más segura y directa de todas las rutas a Casa. No niega ni suprime, sino que pone a un lado por el momento, todas las cuestiones sobre cómo *aparezco* yo a los otros, o la manera en que *siento*, o lo que *pienso* o cualquier otro *piensa* que yo soy; y sortea lo que incluso el más santo de los maestros o la más sagrada de las escrituras *dicen* que yo soy. En lugar de ello, se interesa en lo que yo *veo* que yo soy –lo que *veo* de hecho, con una decisión, claridad y convicción por completo únicas– cuando al fin giro mi atención 180° y (alentado por unos pocos simples indicadores y preguntas de fácil respuesta) me atrevo a mirar directamente dentro de las profundidades más profundas de mi Naturaleza. Es el método de introspección directa y sin palabras. Y opera cada vez que me aparto de mis juegos malabares con los conceptos, de mis prejuicios y preferencias, de mis creencias e imaginaciones dadas por hecho, y de todas las vaguedades, palabras huera, abstracciones e insensateces religioso-espirituales –lo suficiente como para MIRAR. Entonces, de hecho, no *miro a*, sino que *veo que soy* lo que con tanto brillo se muestra aquí, en el centro de mi mundo. Es un método de máxima precisión, a prueba de inexpertos, incapaz de fallar. No hay grados de éxito. Uno nunca, nunca MIRA AQUI en vano.

Tal es la apertura que nos espera a medida que llevamos a cabo las pruebas sensoriales que son el núcleo o espina dorsal de toda la investigación. Todo depende de ellas, gira sobre su resultado. Si, para algunos de mis lectores, el material precedente era difícil o no transmitía convicción, estas pruebas lo harán por sí solas: el resto puede ser ignorado sin problema por ahora, o visto como un mero marco o puesta en escena para las mismas.

Pero he aquí dos palabras de advertencia:

La primera, dirigida a todos mis lectores y a mí mismo por igual, es ésta: sería inútil (o aún peor) para mí sólo escribir, y para usted sólo leer, las siguientes instrucciones para llevar a cabo los experimentos, y posponer llevarlo a cabo hasta una ocasión más conveniente, hasta que tengamos más tiempo, o nos sintamos preparados para ello, o seamos mucho más viejos y estemos más cerca de la muerte, o por alguna otra mala razón. ¡Vamos! ¿Qué son unos pocos minutos de nuestro valioso tiempo cuando está en juego nuestro destino sempiterno? ¿Merecemos ganar la apelación contra nuestra sentencia de muerte si no estamos lo bastante vivos como para hacer esta puja por la vida, si somos tan poco emprendedores o tan perezosos o tímidos como para no salir airosos en algo tan simple, tan fácil, tan concluyente, como probaron (prometo) los siguientes experimentos? Por supuesto, si nos da lo mismo una cosa u otra – de qué manera o cuándo caerá el hacha, debido a que es nuestro fin– entonces también podemos «comer, beber y ser felices, pues mañana moriremos». El problema estriba en que podemos morir hoy, y en que incluso hoy podemos contar con ser felices solo en el sentido alcohólico de la palabra.

¡Tampoco funcionará ni para usted ni para mí aducir la excusa de que ya hemos llevado a cabo estos experimentos antes –quizá muchas veces antes– y de que estamos por completo familiarizados con el resultado, gracias! No lo estamos. Cada vez es una primera vez. La marca distintiva, el poder y convicción únicos de la experiencia sensorial, es que es instantánea, nada si no es ahora. Su inmediatez –el brillo de su impacto– es impenetrable a la memoria, o de otro modo un engaño. Nada más es nuevo, ni marchito ni ensuciado. Para mí, después de décadas de «repetición» y de «familiaridad siempre creciente», lo que ahora me veo ser aquí es más fresco que una fresca mañana de mayo, luce con más brillo que la llama del primer azafrán que crece a través de la nieve. Sin embargo, es perfectamente natural y ordinario, no más místico que un vaso de agua, incluso más «insípido» que eso. ¡Está usted advertido!

Lo cual me lleva a mi segunda palabra de advertencia. Es crucial tener presente para qué son los siguientes experimentos. Nosotros no estamos buscando algo colorido o que conmueva el corazón, una revelación religiosa o espiritual, o incluso un preguiso de la muerte y resu-

rección. Si acontecieran, no debemos dejar que nos aparten de nuestro único propósito, que es una atención fría e imparcial a lo dado. Debemos estar preparados a abrirnos a hechos sobre nosotros mismos con anterioridad oscuros e inaceptables pero (una vez vistos) deslumbradores y evidentes, hechos quizá tan auto-evidentes que no podemos comprender cómo ha sido posible que los hayamos pasado por alto durante todos estos años. En particular, debemos estar dispuestos a empezar todo de nuevo y a echar una mirada nueva a la cuestión de nuestra verdadera Identidad, de tal modo que emerjamos de nuestros experimentos perfectamente seguros de ella. Vamos, en fin, tras la clara luz sobre Lo Que somos, tras una información exacta e indudable sobre nuestra Naturaleza intrínseca, tras una sobria certeza y no fuegos artificiales. Nosotros queremos *saber*.

Nuestra triple investigación en la Primera Parte no me dejó ninguna duda sobre Lo Que yo soy en realidad. Sin embargo, las nueve pruebas que siguen son de un orden diferente. Su propósito no es corroborar esos descubrimientos anteriores, sino elevarlos al nivel de percepción directa, de modo que la propia Naturaleza de uno no sea tanto, comprendida con tanta profundidad y creída de todo corazón, como vista radiante y auto-evidente, siempre-presente, y mucho más obvia que todo lo demás.

¿De qué más puedo estar seguro, sino de lo que es ser mí mismo, aquí y ahora? Bien, yo estoy lo suficiente seguro de lo que algunas otras cosas son para todos los propósitos prácticos –tales como mesas, sillas, casas, y (¡oh, sí!) seres humanos–. Por ejemplo, soy consciente de que una casa debe tener un techo, paredes, un piso y una entrada: y si falta alguno de éstos, ya no es una casa. (Si también tiene una puerta, particiones e iluminación y sistema de calefacción, esto es irrelevante aquí, por muy deseables que sean no son indispensables. No son parte de la definición de una casa). De modo similar, yo sé que un humano, para ser humano, debe tener una cabeza que contenga órganos sensoriales y entradas para el aire y el alimento, conectada por un cuello a un tronco que esté provisto a su vez de salidas para los productos de desecho; y que los miembros no son necesarios. Uno podría describirlos como extras altamente deseables y no como componentes esenciales, no como parte de la definición de un humano. Ahora la cuestión es, ¿cuál es la definición de *mí mismo*? Nadie más sino mí mismo está en una situación de determinar cuáles son mis características esenciales, esas marcas o características mínimas a falta de las cuales yo no soy mí mismo. No mis extras opcionales, sino mis componentes básicos.

En la práctica, no cabe duda, uno imagina que se conoce a sí mismo muy bien, y que uno es una cosa u otra, única que tiene muchas características fácilmente reconocibles. Por ejemplo, yo me defino a mí mismo como varón, inglés, de clase media o baja o desclasado, de es-

tatura y constitución promedio, sano y saludable e inteligente, de tal o cual edad y con tal o cual estatus marital, con tal oficio, dirección, número de teléfono, y así sucesiva e indefinidamente. Pero estas características son, o bien propensas a cambiar o bien están cambiando de hecho todo el tiempo, mientras que (presumiblemente) a «mí» me dejan intacto y todavía «mí mismo»: lo cual solo puede significar que son accidentales y no esenciales a mi naturaleza –y por lo tanto que no son lo que importa–.

Ahora tengo que resolver, según la presente evidencia, la cuestión de lo que es *indispensable* para mí, y por lo tanto supremamente importante para mí. Promete ser toda una aventura. Es a esta aventura, la más fácil y la más natural –y sin embargo la más atrevida debido a que es la más temida– de todas las aventuras en lo desconocido, a la que le invito a usted a unirse a mí ahora.

Probar La Inmortalidad

«Cuando ves al Que es siempre, eso es la gran visión.»

Diálogo del Salvador (siglo III)

Usted puede ver lo que los humanos son, y tiene la plena evidencia de que los humanos mueren. Si usted es como ellos, entonces es mortal también, y eso es todo.

Bien, ¿está usted construido o no según el mismo modelo? El propósito de la siguiente investigación es que resuelva por usted mismo esta cuestión crucial *según la evidencia presente*, sin prestar ninguna atención a lo que esos mortales dicen sobre que usted es uno de ellos.

Tome las preguntas muy lentamente, dándose tiempo para llegar a respuestas decisivas, *sí o no*.

(I) ABRIR SU VERDADERO «TERCER» OJO

Usted puede ver que un ser humano tiene *dos* «ventanas» en una cabeza. Y él le dirá que le está mirando a través de sus *ojos* en plural, sus *dos ojos*, o *un par de ojos*, no su ojo.

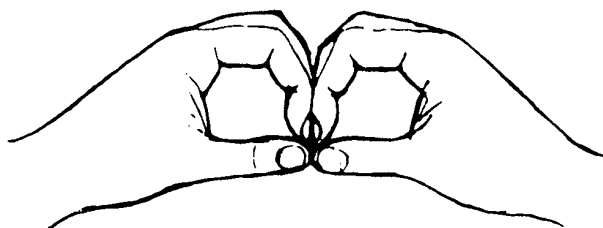
La pregunta es: ¿*desde* dónde está *usted* mirando ahora mismo, según su propia experiencia de primera mano? ¿Está *usted* acogiendo estas letras y palabras –estas filas de marcas negras sobre papel blanco– a través de *dos* minúsculos ventanucos?

¿O a través de una *única* «ventana panorámica» vasta y clara –tan vasta que no tiene ningún marco ni límites definidos, y tan clara que es como si no tuviera cristal, y estuviera abierta, abierta de par en par?

De hecho, ¿hay alguna cosa, cualquiera que sea, que se encuentre ahora en su lado –el lado de *aquí*– de la escena? ¿O usted se ha desvanecido en su favor (en favor de la escena), devenido mera Capacidad, vacío para esta página, para las manos y los brazos truncados que la sostienen, y su trasfondo borroso?

Un ser humano tiene un par de ojos que abre en el nacimiento y que finalmente cierra en la muerte. ¿No es eso lo que les ocurre a esos dos ojos en su espejo –al usted aparente–? ¿No es eso lo que jamás le podría acontecer al que está frente al espejo –al usted real, al que ve sin ningún rastro de ojos–?

Ahora una prueba: quítese sus gafas y sosténgalas alargando los brazos. Si usted no lleva gafas, simúlelas, como en el dibujo.



Si estas gafas según son llevadas por los mortales no necesitan ninguna modificación para adaptarse a usted, entonces usted es uno más de ese montón.

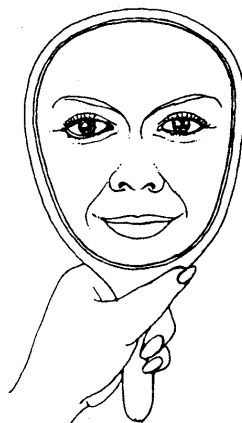
Pruébeselas trayéndolas hacia usted lentamente y vea...

Vea si no son por completo remodeladas en el camino, para adaptarse al Inmortal...

(II) VER SU VERDADERA CARA («ORIGINAL»)

Los seres humanos confrontan al mundo, se levantan contra él, se encuentran cara-a-cara con otros como ellos mismos. Esa es la manera en que hablan, la manera en que miran, la manera en que son.

¿Se relaciona *usted* con las gentes de esa manera? ¿Está *usted* cara a ellos, confrontándolos?



Vuélvase hacia alguien en la habitación, o hacia su propia cara en el espejo, o examine la cara pintada aquí. Y vea si, aquí donde usted es, tiene el equivalente de esa forma y esos colores, de esa opacidad y esas texturas, alguna característica cualquiera que sea –o algo capaz de interponerse entre usted y la escena, de cambiar su expresión, de envejecer.

¿No es su propia «Cara» real como una pantalla absolutamente vacía, o como un lienzo sin pintar, o como un espejo sin cristal, siempre dispuesta a acoger y a desechar al instante sin dejar rastro una inacabable sucesión de caras humanas y animales? ¿Siempre dispuesta a devenir cada cara y cada escena por turno, con pasmoso brillo y con el más minucioso detalle?

¿Ha tenido su «Cara» alguna vez una complexión o características suyas propias que puedan nacer como la cara de un niño, y desarrollarse en la cara de un adulto –por no decir nada de arrugarse, y morir, y pudrirse–?

(III) TENER UNA EXPERIENCIA FUERA DEL CUERPO

Las gentes coinciden con sus cuerpos. Están estacionados dentro y no fuera de ellos. Para cerciorarle de esto, hablan de su «estancia en esta morada de barro», o de su «presente encarnación», o incluso de su «aprisionamiento en la carne». Y muchos agregan que cuando mueran serán liberados de este cuerpo y tomarán residencia en otra parte –por ejemplo, en un nuevo tipo de «cuerpo espiritual» en el Cielo, el Purgatorio o el Infierno, o en otro cuerpo físico en la Tierra.

¿Se aplica algo de esto a usted –al usted real en el momento presente–? En otras palabras, ¿está usted encerrado en algo? ¿Es usted pequeño, limitado, incorporado?

Mire esa mano. ¿Está usted *dentro* de ese objeto? ¡Si es así, dígame cómo se está ahí! ¿Oprimido, congestionado, a oscuras, húmedo? ¿Puede comenzar a describir –no de oídas ni de memoria ni de imaginación– su estructura ósea y muscular, sus venas y arterias y fibras nerviosas?

En lugar de estar usted *en ella*, ¿no está ella *en usted*? Me refiero a la visión de la mano, a la sensación de ella, a su uso.

Las gentes hablan de raras y maravillosas experiencias fuera del cuerpo. ¿Ha tenido usted alguna vez alguna experiencia de otro tipo, alguna *experiencia en el cuerpo* –excepto en la imaginación–?

Se cuenta que un componente típico de la pretendida experiencia cercana a la muerte es *mirar abajo a su propio cuerpo desde arriba*. ¿Por qué esperar a su lecho de muerte para ese momento de la verdad? ¿Por qué no hacer *este* momento el momento de la verdad? Retire este libro hacia un lado y mire abajo *ahora* a ese tronco, a esos brazos y piernas. Mire abajo desde lo alto, no desde dos ojos en una cabeza, sino desde el Espacio vacío e ilimitado: mire abajo *desde* lo que usted puede ver ahora que es una distancia indeterminada por encima de esa forma decapitada –*desde* el Espacio que va mucho más allá de esa forma, y que no obstante, la contiene–.

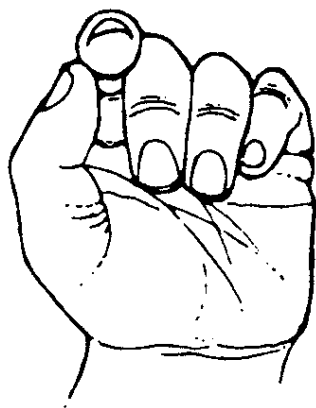
¿No es usted *ya* vasto, libre y sin límites, no más apesadado en ese cuerpo que en esta página, que en esos zapatos, que en esa alfombra? ¿Alguna vez *no* ha sido usted así?

¿Podría ser esto la verdadera salida siempre presente de la tumba, la resurrección a la vida sin muerte –ahora mismo–?

(IV) DESCUBRIR QUE USTED ESTÁ SIEMPRE INMÓVIL

Las gentes se mueven, y son muy felices de hacerlo. Le dirán a usted cuánto sienten y temen quedarse impedidos. De hecho, todos los cuerpos son móviles: particularmente lo son los cuerpos vivos, que llevan a cabo movimientos siempre cambiantes y de gran complejidad.

Ahora, si usted no es la cosa-cuerpo, sino la Nada o Espacio sin límites que lo contiene – junto con todas las demás cosas– ¿no tiene que ser usted por completo inmóvil? Una Nada sin límites en movimiento es una insensatez, una imposibilidad.



Bien, *veamos*. Le pido que compruebe usted mismo la movilidad-inmovilidad justo ahora. Por favor, póngase de pie, y mientras apunta *a* desde donde está mirando –a su «cara»– note cómo de hecho ese dedo está apuntando a Nada. Entonces, mientras continúa mirando a la vez

a la cosa dedo *ahí* y a la Nada *aquí*, comience a rotar sobre el sitio. Y note cómo de hecho no es usted sino la habitación la que está rotando. Quince segundos serán suficientes, entonces haga que la habitación rote más despacio, detenga su giro, y siéntese de nuevo. Es una tarea fácil, lleva poco tiempo, que debo insistir con respeto en que usted no lo lea solo, sino que haga lo que le pido, ahora...

¿No era en verdad la habitación –el techo, las paredes, las ventanas, los cuadros– los que giraban y giraban, y no era usted el Espacio inmóvil donde giraban?

A continuación pruebe a moverse a lo largo de un pasillo, compruebe cómo es imposible para usted –el usted real, la Primera Persona– hacerlo, y cómo en lugar de ello el pasillo se mueve hacia usted, y es tragado en su inmensidad-inmovilidad.

Cuando después conduzca su coche, compruebe que es la totalidad de la escena la que está en movimiento –las cosas a una distancia remota, tal como las colinas, muy lenta; las cosas a una distancia media, tal como las casas, más rápido; las cosas cercanas, tales como los postes telegráficos y los postes de las farolas, vertiginosamente en verdad –en una gran procesión a través de su quietud (la suya)–. Puede notar que no tiene ninguna manera y ninguna necesidad de *ir* a ninguna parte, viendo que todas las cosas y lugares de ahí fuera –edificios junto a la carretera, villorrios, pueblos, países– están viniendo con cortesía hacia usted y derramándose dentro de usted; y no hay ninguna manera y ninguna necesidad de *dejar* alguna parte, viendo que esas mismas cosas y lugares (como puede ver en su espejo retrovisor) se derraman fuera de usted y gentilmente se alejan en la distancia. ¡Y todo el rato usted no se mueve ni un centímetro! ¡Con cuánta magnificencia es usted servido!

Clínicamente, dejar de moverse por completo, es morir. En el caso de los mortales, la inmovilidad sostenida es un signo de *muerte*. Pero en su caso, en efecto (ahora que usted ha llevado a cabo ese pequeño experimento), puede ver que no es nada de eso. Póngalo de esta manera: si usted está vivo ahora es con una vida que no podría ser más diferente de la vida siempre cambiante de las criaturas. Sugiero que, como la Quietud absoluta e imperecedera, aunque bullendo siempre con los nacimientos y muertes y todo tipo de aconteceres de los otros, usted mismo está limpio de todo eso. Que usted es más allá de la corriente de la vida y el movimiento y de todo cambio. Nuestra siguiente prueba puede muy bien reforzar esta conclusión.

(V) DESCUBRIR QUE USTED ES SIN TIEMPO, PARTE 1

Ya sean vivas o no, a las cosas invariablemente les lleva tiempo ser lo que son. Así, un átomo no lo es hasta que a sus electrones se les da tiempo suficiente para recorrer sus órbitas. Del mismo modo, un ser humano no lo es hasta que ha tenido tiempo de sufrir e incorporar muchas transformaciones drásticas en el curso de su historia como un embrión y un feto, y después como un bebé y como un niño. Nada de este sorprendente pasado es borrado por el presente. Como un notable juntador de tiempo, un humano incluye su historia entera, y actúa ahora con toda esa historia a su espalda.

Ahora si, en total contraste con su naturaleza humana periférica, su propia Naturaleza verdadera y fundamental –lo que usted es en el centro, en y para usted mismo– es sólo Espacio Vacío o Capacidad Desnuda o Quietud Absoluta, entonces no necesita ningún tiempo en absoluto para ser usted mismo, usted no junta ni incorpora ningún tiempo. No teniendo aquí nada que incorporar o construir o mantener, presumiblemente no tiene aquí ninguna utilidad para el tiempo, y, por consiguiente, usted es sin tiempo. Como siempre, *veamos*.

Las cosas de ahí fuera –a diferencia de usted– no solo se componen de tiempo, sino que se distribuyen en zonas horarias acordes a sus distancias de usted. Su reloj de pulsera indica que, a treinta centímetros más o menos, es tal o cual hora ahí. Y usted tiene buenas razones para suponer que en Nueva York y en Tokio y en otros lugares los relojes locales están registrando otras horas.

Ahora la pregunta es: ¿qué hora es exactamente donde usted es, en el centro de todas estas zonas horarias?

Usted lo averigua de la manera normal, consultando los relojes locales: en ausencia de los cuales su propio reloj de pulsera servirá perfectamente.

Habiendo leído la hora que muestra el reloj a treinta centímetros ahí, muy lentamente y con mucha atención llévelo hacia usted mientras continúa leyendo la hora, hasta que ya no pueda acercarlo más. ¿No es verdadero que esos números impresos pronto devienen borrosos, después ilegibles y, por último, desaparecen por completo? ¿Que, de hecho, su zona temporal central resulta ser sin tiempo? ¿Que el tiempo, que es siempre excéntrico, jamás puede entrar en el Centro que es *usted*? ¿Que mientras usted contiene el tiempo junto con el mundo que él construye, él jamás puede contenerle a usted? ¿Que la Ley de la Asimetría se aplica aquí como siempre, y que (lo mismo que es cara ahí y no-cara aquí, color ahí y no-color aquí, y así

sucesivamente) es tiempo ahí y no-tiempo aquí? Naturalmente es así, viendo que como Primera Persona usted es nada, y que donde no hay nada no hay ningún cambio, y que donde no hay ningún cambio no hay ningún modo de registrar el tiempo, y que donde no hay ninguna manera de registrar el tiempo no hay ningún tiempo.

De nuevo, puesto que se trata precisamente de una cuestión de vida-o-muerte, debo pedirle que venza su reluctancia a llevar a cabo un experimento tan «innecesario», tan «bobo» y tan «pueril». ¿No sería posible –e incluso probable– que hasta que usted no devenga como un niño pequeño (tan desembarazado e inocente y limpio de opinión como un niño, tan seriamente juguetero como un niño) no entre nunca en el Reino, no deje nunca el reino de la muerte gobernado por el tiempo, por el reino de la inmortalidad?

(VI) DESCUBRIR QUE USTED ES SIN TIEMPO, PARTE 2

La prueba siguiente se aplica más particularmente a aquellos de nosotros que hemos estado viendo en nuestra Nada durante algún tiempo. No obstante, a los veedores nuevos se les anima a hacer un intento. De hecho, esta distinción entre nosotros, los «antiguos» en la tarea, y ustedes, los «nuevos», es provisional; tenemos que descubrir si hay algo en ella.

Mientras apunta adentro una vez más, examine con cuidado este singularísimo lugar al que está apuntando... ¿No está mirando ahora atemporalmente en las infinitas profundidades de su Origen y Destino sin tiempo, en el abismo de su Naturaleza sin cambio y sin muerte...? ¿No podría ser esto nada menos que la Eterna contemplación de la Eternidad...?

Para comprobar si, simplemente girando su atención 180°, entra al instante en un mundo donde las distinciones temporales ya no se aplican, responda por favor a tantas de las siguientes preguntas como pueda:

¿Es usted capaz de poner una fecha y una hora según el reloj a su primer ver en Nada?
¿Está usted seguro de que hubo una primera vez?

Quizá pueda usted recordar las circunstancias de más de una ocasión de ver dentro –los encuentros e ideas que llevaron a ello, el ambiente entorno, los sentimientos y el comportamiento que suscitó– ¿pero puede recordar el ver mismo, y qué fue lo que vio? ¿Tiene la memoria algún acceso aquí?

¿Significa algo hablar sobre intervalos largos o cortos, o sobre lagunas, cualesquiera que sean, entre un ver dentro y el siguiente? ¿Tiene sentido hablar de un largo y sostenido ver dentro (que dure, digamos, tres días, o una hora y cuarto, o seis minutos) en contraste con uno breve (que dure, digamos, 3,85 segundos? ¿O referirse a muchos ver dentro en plural?

¿Le ocurre hacer la distinción entre un día bueno en que su ver dentro se mantiene bien, un día normalito en que se interrumpe a menudo, y un día malo en que es solo ocasional? ¿Puede el ver dentro ser medido en estos términos –en algún término?

¿Se siente usted alguna vez –usted «veedor dentro antiguo y con mucha práctica»– con alguna ventaja, o superior a los «veedores novicios»?

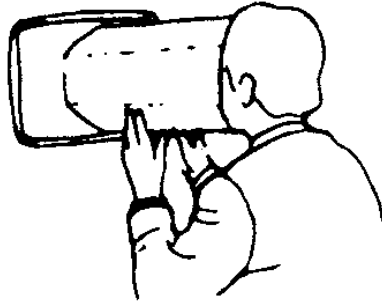
En la medida en que su respuesta a estas preguntas es ¡NO!, he aquí más evidencia de que su ver dentro es nada menos que el Eterno ver en la Eternidad. ¡Pero, *por supuesto*, en ese caso este Eterno ver en la Eternidad no tiene ningún tiempo para relojes y calendarios y diarios; pero, *por supuesto*, es sin remedio vago sobre lo que aconteció y cuándo; pero, *por supuesto*, encoge el tiempo; pero, *por supuesto* deja de distinguir entre principiantes y maestros consumados en la tarea! Uno de esos maestros es John Tauler, que escribió: «Un hombre que entra real y verdaderamente en su Terreno siente como si hubiera estado ahí toda la eternidad». ¿No es esto todo lo que usted esperaba de un giro de 180° desde el tiempo a lo Sin tiempo?

¿Y el resultado práctico de esta prueba?

¡Qué recurso instantáneo, tan pavoroso como íntimo y tan misterioso como disponible, tenemos aquí! ¡Qué medicina contra la muerte, qué sempiterno refugio hay en nuestro corazón mismo, expandiéndose visiblemente para acoger y cuidar de todo! ¡Y dado AHORA en su plenitud y profundidad –por muy incompetentes o indignos que podamos ser, sea cual sea nuestro estado de ánimo y justamente cuando más lo necesitamos–!

(VII) DESPEDIR LA MORTALIDAD

Construya un tubo, aproximadamente de 20 x 30 cm, de papel lo suficiente fuerte y translúcido.



Ponga una punta en un espejo, y adapte su cara a la otra.

Haga que alguien le lea –despacio, con pausas para darle tiempo a profundizar cada punto– lo siguiente:

Vea cuán complicado es lo que hay ahí en esa punta del tubo... y cuán simple es lo que hay aquí en esta punta...

Vea cuán pequeña y limitada es esa cosa... y cuán ilimitada es esta nada, infinita en altura... anchura... profundidad...

Compruebe que lo que hay ahí se mueve..., mientras que lo que hay aquí está absolutamente inmóvil...

Observe cuán opaco y cuán variadamente coloreado es eso... en contraste con la carencia absoluta de color y la transparencia de esto...

Observe la disposición característica de los ojos, nariz, labios, dientes, ahí... y la total ausencia de características aquí...

Dicho todo esto, ¿no es eso justamente el tipo de cosa que nace y envejece y muere... mientras que esto no es nada de ese tipo, ni de ningún tipo...?

Salga para tomar un respiro.

Vuelva de nuevo.

Observe cómo lleva tiempo repasar todos esos detalles, desde el peinado hasta la barbilla... Y cómo, cuando al fin usted llega a la barbilla, el pelo se ha tornado por completo borroso y vago... Mientras que no lleva ningún tiempo en absoluto ver todo lo que hay justamente aquí, en esta punta del tubo...

¿No es este ver claro, instantáneo –en su Realidad central– un ver perfecto...? ¿Y no es ese ver difuso, fragmentado en el tiempo –en su apariencia periférica– un mero atisbar?

Trate de considerar este tubo como una batidora o una centrifugadora para enviar toda la materia a esa punta de ahí... y toda la consciencia a esta punta de aquí... Para des-espiritualizar esa cosa y des-cosificar este espíritu, un doble exorcismo... O trate de verse

a usted mismo aquí como esta rampa inmortal de lanzamiento para toda cosa mortal, en particular para el de ahí en el espejo...

Muy bien. Salga del tubo.

¿Por qué no adquirir el hábito de *despedir su mortalidad* –con y sin la ayuda de su espejo...–?

(VIII) INVESTIR LA INMORTALIDAD

«Cuando este perecedero inviste la imperecibilidad, y este mortal inviste la inmortalidad, entonces la muerte es tragada en la victoria».

San Pablo.

Haga dos agujeros desiguales en una cartulina y monte un espejo detrás del más pequeño. (Un espejo de bolsillo es ideal. También servirá un dibujo del espejo con una cara reflejada)

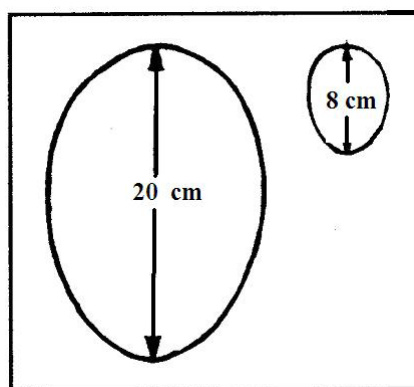
Sostenga la cartulina con los brazos extendidos y compare estos retratos alternativos suyos –cara y no-cara–.

Vea cuán lleno de sí mismo y de su vida propia está el pequeño –y por lo tanto envejeciendo y muriendo–.

Vea cuán vacío de sí mismo y de su vida propia está el Grande y cuán lleno de los otros –y por lo tanto sin edad y sin muerte.

¿Cuál es el verdadero retrato de usted como usted es, donde usted es?

Atráigalos hacia usted y vea. Póngase ese agujero en la cartulina muy, muy lentamente, como una máscara, observando lo que les acontece a sus contenidos y a sus bordes...



Vea cómo el Grande deviene cada vez más grande hasta que es sin bordes, sin límites y tan vasto como el mundo, mientras que el pequeño se torna cada vez más borroso hasta que se desvanece en el punto de contacto.

Sujete la cartulina en esa posición mientras goza de haber despedido la mortalidad e investido la inmortalidad que ha sido siempre suya.

Siga manteniendo la cartulina en esa posición...

Ese pequeño ahí en el espejo (o el dibujo) tenía un nombre, una dirección y un número de teléfono, un oficio, un sexo y un estatus marital, una edad, una nacionalidad... Tenía todo tipo de funciones corporales y mentales generales que establecían cuáles eran su género, su especie y su grupo étnico, y todo tipo de funciones particulares que establecían su identidad única dentro del grupo. Y, junto con todo esto, tenía un comienzo y un final, un día de nacimiento y –en un futuro– un día de muerte.

Y ninguna, de ese inmenso aparato de características y funciones, ha resistido la inspección de cerca. Todas ellas han desaparecido en la vía adentro, dejándole a usted por completo libre de toda característica suya propia, y de toda característica suya que sea perecedera.

Usted ha investido ciertamente la inmortalidad.

(IX) PROBAR CON LOS OJOS CERRADOS

Usted puede objetar con razón que las pruebas precedentes dependen indebidamente de un único sentido –la visión– y que «una experiencia de la Naturaleza Inmortal de uno» que no es accesible al ciego, con probabilidad no será válida.

De hecho, sin embargo, he encontrado que esa experiencia es tan compatible con amigos ciegos como con los dotados de vista. La siguiente prueba en dos partes muestra por qué:

- (1) Tome cualquier selección que usted quiera de sus características humanas y personales – de esas marcas familiares que le identifican como usted mismo y distinto de los otros– tales como su coloración particular, su figura, edad, sexo, raza y especie; su nombre, oficio, estatus marital, dirección, nacionalidad, y demás. Cierre los ojos durante medio minuto al menos y, repasando minuciosamente su lista, compruebe que ninguna de estas marcas distintivas se está dando ahora... *Que en este momento usted, de manera por entero natural, se experimenta a usted mismo como no teniendo ninguna característica en absoluto.*

Por favor, cierre los ojos *ahora* y lleve a cabo esta primera parte de la prueba...

Ahora lea la segunda parte.

- (2) Compruebe que, según la evidencia presente, no es *lo que* usted es sino *que* usted *es* lo que es significativo...

Y es justo también, pues cada una de esas marcas personales tuyas tan adheridas tiene una historia, un comienzo y un final, y juntas amenazaban con su muerte. Pero, ahora que por el momento se han esfumado sin dejar ningún rastro, ¿se siente usted desnaturalizado, despojado, tullido, *no* usted mismo? ¿O, por el contrario, se siente aliviado, como si se hubiera despojado de un pesado fardo? ¿No es «yo soy esto o eso» mucho menos verdadero para usted que esta aserción, la más tremenda y arrebatadora de todas las aserciones: «YO SOY»? ¿O (más detalladamente) YO SOY esta Consciencia sin tiempo, sin cambio, sin cualidad, de la que la Vida y la Muerte, junto con toda su corte de características limitadoras, brotan siempre...?

Ahora, por favor, cierre los ojos y haga esta segunda parte.

Muy bien, éste es el final de la prueba –sólo leerlo es inútil, es esencial hacerlo.

Al cerrar sus ojos y abandonar la visión exterior, ¿no giró usted facilísimamente su atención 180° y una vez más se desvistió de la mortalidad e invistió la inmortalidad?

¿No es un hecho que esta visión invertida opera perfectamente, de modo que el maestro zen Shen-hui puede afirmar sin reserva: «Ver en Nada –esto es el verdadero ver, el eterno ver»?

¡No hay que sorprenderse de que los Despertados sean llamados Veedores y no oledores o saboreadores u oidores, y con certeza menos aún pensadores o creyentes! Su ver dentro abre siempre vistas de Eternidad maravillosamente transparentes e inacabables –profundidad brillante sobre profundidad brillante–. Como bien puede usted ver dentro por sí mismo, ahora mismo. Incluso si acontece que usted es completamente ciego, y esto le está siendo leído.

***Probar la inmortalidad:
Conclusión***

«Aunque tierra y hombre hubieran desaparecido,
Y soles y universos hubieran cesado de ser,
Y Tú te hubieras quedado solo,
Toda existencia existiría en Ti.
No hay ningún sitio para la Muerte,
Ni átomo que su poder pueda tornar vacío:
TÚ –Tú eres Ser y Soplo,
Y lo que Tú eres jamás puede ser destruido.»

Emily Brontë

Ahora pasemos al recuento, al examen. Los siguientes son mis propios descubrimientos. Le toca a usted ver si corresponden con los suyos.

Habiendo llevado a cabo las pruebas con cuidado y sinceridad, soy capaz ahora de responder a mi pregunta inicial: «Poniendo a un lado las preconcepciones y confiando en la evidencia presente, ¿cuáles son mis características *esenciales*, esas marcas *mínimas* sin las cuales no soy mí mismo? Es decir: ¿qué queda de esas múltiples características distintivas, de esas propiedades y etiquetas y medios de identificación familiares que estaba tan seguro de que eran míos, y que me distinguían tan tajantemente de todos los demás?»

Permítaseme recapitular con rapidez. He buscado evidencia aquí de dos ojos (o de cualesquiera ojos), de una cara y una cabeza, de mi incorporación o mi residencia en un cuerpo, del más mínimo rastro de mi movimiento, de mi paso por el tiempo o de existencia en el tiempo. He repasado el catálogo de marcas personales tales como la edad, sexo, nombre, dirección, estatus marital, oficio, raza, nacionalidad, y demás.

He buscado todas estas cosas aquí por turno, ¿y qué he encontrado? ¡Nada! Ni rastro de todas esas etiquetas, marcas, y medios de identificación familiares. Estoy acordándome de mis sentimientos cuando me robaron el pasaporte en Los Ángeles y tuve que viajar alrededor de

medio mundo sin él. Aquél fue un anonimato relativo, un ataque suave. Éste es absoluto, una situación terminal.

Me quedan por responder –a mí, a esta Primera Persona del Singular, ahora– seis grandes preguntas sin ninguna ayuda exterior:

(I) ¿Proviene mi fracaso de no encontrar aquí nada en absoluto propiamente mío ni de la ignorancia ni de la ceguera, de que estoy «en la cima de mí mismo, demasiado cerca, colocado con poca fortuna para verme a mí mismo como soy»? ¿O, todo lo contrario, de que estoy idealmente colocado en el Centro único donde Yo soy real y no una apariencia periférica, donde el observador y lo observado al fin se encuentran, donde soy mí mismo y estoy despierto a mí mismo por completo? ¿Proviene de la perfección misma de mi ver dentro, de mi autoconocimiento íntimo y mi capacidad especial para ver mi Naturaleza como ella es, como Nada? ¿Proviene, no de mis limitaciones humanas de ahí, sino de su Fuente no-humana aquí, del hecho pavoroso de que mi auto-verme es el Auto-verse a Sí mismo del Único Que Es, el Único Yo Soy? ¿No es éste ver el abismo sin fondo de la Nada «el verdadero ver, el eterno ver» que el maestro zen Shen-hui decía que era, mientras que el ver las *cosas* es un breve ojeo, hasta cierto punto un mal ver? Y es inevitable que sea así, pues las cosas (como hemos descubierto) no son jamás completas, son en esencia fugitivas e inescrutables, siempre cambiantes de acuerdo a los distintos puntos de vista de los diferentes observadores.

(II) ¿Puedo por lo tanto decir con certeza que no soy en verdad esto o eso o lo otro, ni ninguna cosa en absoluto? ¿Que, si tengo alguna característica distintiva y esencial es que soy por completo sin características? ¿Que YO SOY, sin nada que me distinga de otros yo soy? ¿Que yo soy el *Tathagata* o naturaleza de Buda que, según *El Sutra del Diamante*, se reconoce porque no tiene ninguna característica en absoluto?

(III) ¿Cómo *siento* yo este drástico cambio de identidad desde una cosa a esta extraordinaria Nada? ¿Siento de hecho alguna diferencia? ¿Me siento robado, insultado, dañado, chocado, abusado, desnaturalizado, miserable? ¿O me siento por completo bien, felizmente normal? ¿O, quizá, más bien, más ligero y libre de lo normal, como si estuviera aliviado de un fardo penoso e incapacitante? ¿Es esto Auto-extrañamiento, o es Auto-realización? ¿Alienación, o Vuelta a Casa? ¿Malestar o Bienestar? (Repito estas preguntas del capítulo anterior debido a que son muy importantes).

Y si experimento ahora tal bienestar y alivio, ¿no es esto la evidencia confirmativa en cuanto a mi verdadera Identidad, inescapable y conclusiva? ¿Puedo dudar más que este YO SOY –único e indivisible– es el único yo soy?

(IV) ¿Qué es simplemente *ser*, sin ser nada en particular? ¿Puedo responder con gozo y confianza a este nuevo nombre YO SOY? ¿Hay alguna otra respuesta aparte de ésta –del sentido por completo indescriptible y sin embargo por completo natural de que yo soy nada menos que el Solo, el Uno y Único– por entero satisfactoria, convincente, fáctico, final?

(V) ¿Hay alguna otra manera de tener la certeza de derrotar a la Muerte que ser este solitario Uno Sin muerte? ¿Que ser el Único Uno que es sin tiempo, sin comienzo ni fin, y, sin embargo, en quien todos los comienzos y finales y nacimientos y muertes acontecen? ¿Que ser el Único Uno que es sin cambio y que, sin embargo, abraza y *es* todos los cambios? ¿Que ser el Único Uno que es independiente?

(VI) Como este espacio por completo sin tiempo, sin características y neutral –absolutamente inafectado por ninguno de sus contenidos sujetos al tiempo– ¿soy yo sin amor? ¿Experimento yo a estos seres mortales como sin valor y no amados? En la medida en que estoy despierto a Mí mismo, ¿no encuentro que todos y cada uno son indispensables, que cada uno hace su contribución única –positiva o negativa (si estas distinciones significan algo aquí)– a mi Totalidad, que cada uno es valioso y amable debido a que cada uno es siempre Mí mismo? ¿No amable y amado, interesado en algún sentido o exigente o sentimental o parcial, sino con ese único Amor verdadero e incondicional que mira y pertenece al objeto y no al sujeto? ¿Amado con el Amor Sin muerte que no puede permitirse prescindir de ninguna criatura, que no puede consentirse abandonar ninguna al Tiempo –el Matador– sino que las arrebató a todas a lo Sin muerte?

¿Hasta tal punto que la llave maestra del enigma de la Vida y de la Muerte resulta ser el Amor –el Amor imperecedero que no excluye a nadie en su apertura a la eternidad–?

¿Es cierto que, como dice san Francisco de Sales, «debemos elegir el Amor eterno o la Muerte eterna, pues no hay ninguna elección intermedia»? Si es así, ¿cuál es mi elección?

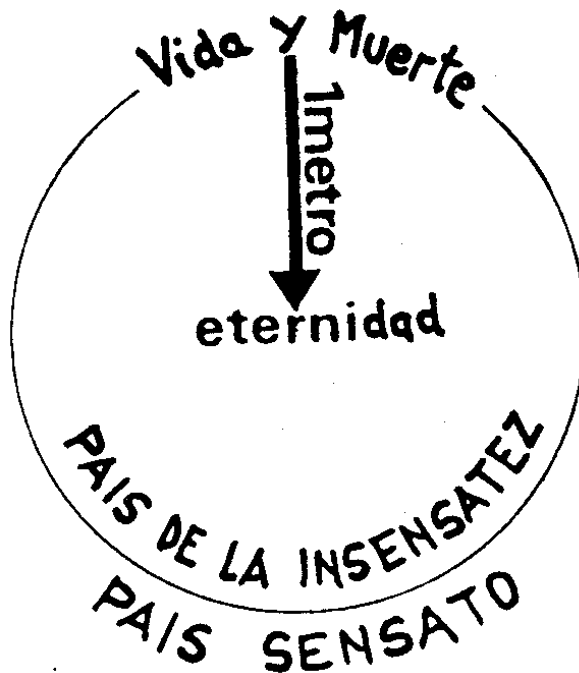
Tengo todos los datos. Aquí en mi Centro está toda la evidencia que necesito para responder estas seis preguntas. ¡Sí, incluso la última! En razón de QUIEN YO SOY EN REALIDAD, estoy perfectamente equipado para responderlas por fin, sin obstrucción o demora.

¡Y lo mismo vale para usted, querido lector! ¿No es así?

La vía de un metro

«Ningún hombre se ha perdido nunca excepto por la razón de que, habiendo dejado una vez su Terreno, se ha establecido demasiado tiempo fuera... Muchos han buscado la luz y la verdad, pero solo fuera, donde no están. Finalmente, se alejan tanto que jamás regresan ni encuentran su camino adentro de nuevo. Dios está dentro, nosotros estamos fuera, Dios está en casa, nosotros somos extranjeros.»

Eckhart



Alrededor de un metro de AQUÍ se extiende una de las fronteras más difíciles de cruzar y mejor oculta de todas las fronteras. Es la frontera que separa el País Sensato del País de la Insensatez, el telón de acero que separa la tierra más distante, en la que las cosas son vistas más o menos como son, de la tierra más próxima en la que son vistas como lo *opuesto* de lo que son –con el tipo de consecuencias (que van desde lo absurdo a lo impráctico, y desde ambos a lo fatal) que usted podría esperar–. O bien podría llamarla la frontera entre la Tierra de

la Vigilia y la Tierra del Sueño y de la Pesadilla, o entre el País del Que Ve y el País del Ciego. Los nombres de estas regiones en agudo contraste no son importantes, pero su realidad y localización y extensión son una cuestión de vida y muerte.

En el País Sensato, a un metro más o menos de donde usted es, para sobrevivir es necesario ser cabalmente realista, de modo que, por ejemplo, en general usted no ve cosas ausentes como presentes, ni cosas transparentes como opacas, ni cosas singulares como pares. Aquí, también, usted sortea un coche que se acerca, evita caminar sobre el borde de un acantilado, y se guarda de manosear carbones al rojo vivo. Todo ello por muy buenas razones: mentirse a usted mismo sobre tales cosas podría resultar desastroso. Sin embargo, en la región más próxima o País de la Insensatez, uno sobrevive de algún modo durante toda una vida casi sin ningún realismo en absoluto, en un régimen de puro autoengaño. Sobrevive, pero eso es casi todo. Alucinar con persistencia no es sano. Lo que salva a este tipo de existencia del desastre total es el hecho de que *es* una ficción completamente imaginaria; y de todo punto imposible. Los engaños o mentiras que ocupan el lugar del sentido común en el País de la Insensatez son por fortuna impotentes para trastocar la manera en que las cosas son, mucho menos para invertirlas. Los hechos verdaderos de este lugar están tan firmemente cimentados y abiertos a la inspección y son tan tajantes y sensatos como los del País Sensato mismo. De hecho, mucho más si cabe, como sugieren las pruebas que acabamos de hacer. Y como el resto de este capítulo se propone demostrar más allá de toda duda.

He aquí un ejemplo de las mentiras que, al crecer en el País de la Insensatez, se me exige aprender, creerlas con fe creciente, vivir según ellas sin cuestionarlas, y finalmente morir por ellas:

- (I) En mi experiencia inmediata de mí mismo yo soy una cosa muy complicada,
- (II) que está mirando fuera de sí misma a través de dos pequeños agujeros cerca de su remate,
- (III) y veo a muchos otros iguales a mi alrededor.
- (IV) Yo soy tan pequeño y tan opaco y tan móvil como lo son ellos.
- (V) Lejos de ser Espacio para todos ellos, yo soy uno de ellos,
- (VI) confrontando con cada uno simétricamente, cosa-a-cosa, cara-a-cara, igual-a-igual;
- (VII) y por consecuencia, sin embargo, al igual que ellos, yo he nacido y moriré.

No es que en esta Tierra de la Insensatez *experimente dificultad* alguna en ver lo que soy, sino que más bien he sido enseñado a verme a mí mismo como el preciso contrario de lo que soy. Suprimiendo lo que veo que soy aquí a cero metros, lo sustituyo por lo que parezco ahí más o menos a un metro. Cambio esta realidad central mía por esa apariencia regional, y debido a que la diferencia entre estas dos versiones de mí mismo es total, mi autoengaño también es total. Así pues, despido a mis sentidos y devengo en un excéntrico –fuera de centro un metro más o menos–. Es como si (a modo de pago por mi suscripción en el club humano) me cerrara yo mismo la puerta de Casa y arrojara la llave, y viviera ahora en este enorme campo de personas desplazadas en la frontera, sufriendo la añoranza del hogar.

Felizmente, sin embargo, hay siempre una vía a Casa, una vuelta a mis sentidos. No, no estoy sólo usando figuras de lenguaje para describir la condición humana de Auto-alienación y su cura. No se ha tratado de una salida metafórica fuera de mí mismo, y el retorno no es metafórico tampoco. El viaje adentro que tengo que hacer es un viaje real a través del espacio, que tiene una dirección real, y que cubre una distancia real por medio de vehículos reales, a la velocidad de mi elección⁷.

De hecho, nuestras pruebas no eran nada más que una sucesión de tales viajes adentro desde la excentricidad a la concentricidad, usando diferentes medios de transporte. Para ser específico, la *dirección* de cada viaje estaba con exactitud a 180° de la vía que tenía delante, su *distancia* era aproximadamente un metro; y los vehículos incluían mis gafas (por medio de las cuales mis dos ojos ahí vinieron a fundirse en mi Único Ojo aquí), mi reloj (que, habiéndome dicho la hora ahí vino a decirme la No-hora aquí), el agujero en la cartulina (el agujero de 20 centímetros ahí vino a expandirse en el infinito Agujero aquí), el espejo en la cartulina (que en su vía hacia aquí abolió la cara que contenía), y el tubo de papel (que, llevando repetidamente mi atención desde esa punta de ahí a esta punta de aquí, me permitió reemplazar el color ahí por el no-color aquí, la complejidad ahí por la simplicidad aquí, la opacidad ahí por la transparencia aquí, el movimiento ahí por la inmovilidad aquí, y *la vida y la muerte ahí por Lo que, aquí, está libre de ambas*).

De hecho, una amplia flota de vehículos están preparados para llevarme a casa, y son muy adecuados para el camino. Yo los encuentro invaluable para compartir este ver dentro con nuevos amigos y presuntos viajeros. Pero para la conducta ordinaria de la vida, en mi lugar de trabajo o juego, necesito un vehículo siempre dispuesto, que sea discreto, al que pueda subir en secreto, sea lo que sea lo que esté haciendo.

⁷ Quiero decir relativa y no absolutamente real: mi extravío de Casa era por supuesto imaginario.

La *Atención* –simplemente mirar-para-ver– es el tal vehículo. O llamémosle meditación –meditación para todos los momentos o meditación para la plaza del mercado– que no es tanto un estado como una actividad, *un movimiento de referencia siempre renovado que conecta todo lo que acontece que ocupa mi Espacio con el Espacio mismo.*

He aquí unos pocos ejemplos de cómo opera en mi caso, cuando tengo el buen sentido de confiar en lo que se da:

1. En lugar de ignorar el bocado de alimento en mi tenedor tan pronto como lo he pinchado, lo acompaño en su vía de medio metro (aproximadamente) desde mi plato hasta esta Boca infinitamente vasta aquí. En el curso de una comida tengo la oportunidad de docenas de paseos gratis a Casa, y cada vez que cepillo mis dientes o peino mi cabello tengo otras tantas oportunidades.
2. En lugar de pretender que estas manos y estos brazos ocupados lavando platos están siendo operados por un lavador de platos humano aquí, dejo que mi mirada se deslice por ellos hasta el lugar donde ambos brazos se desvanecen y dan lugar a la *ausencia* aquí de un lavador de platos, de alguien haciendo algo. Incidentalmente, debido a que se basa en la realidad, encuentro que este procedimiento conduce a muchas menos roturas de platos.
3. De hecho, cualquier cosa que estas manos estén haciendo, conecto la alargadera de doble dirección de sus brazos hasta la inmensidad que está visiblemente extendiéndolos, y cuyo «saber hacer» y destreza superiores están siempre disponibles para la prueba.
4. En mi coche, en lugar de imaginar un conductor humano aquí adentrándose con rapidez en esa escena en verdad de vida-y-muerte –la carretera ahí delante– relajo y amplío mi visión de túnel para acoger en ella esos postes telegráficos y árboles y edificios junto a la carretera, según se acercan a velocidad creciente para perderse en la Eterna Inmovilidad aquí. Así, el movimiento que estoy experimentando gira 180° desde una imaginada velocidad hacia delante a una velocidad real hacia atrás, hacia Mí aquí.
5. En lugar de imaginar un alguien amante aquí abrazando con sus brazos al alguien amado ahí, noto que el que extiende los brazos es el Uno que está construido abierto para amar, que es el Amor mismo.
6. Y si acontece también que salen de aquí palabras de amor, tengo la oportunidad de seguirles el rastro hacia atrás, no a un hablador humano, sino al Silencio que habla.

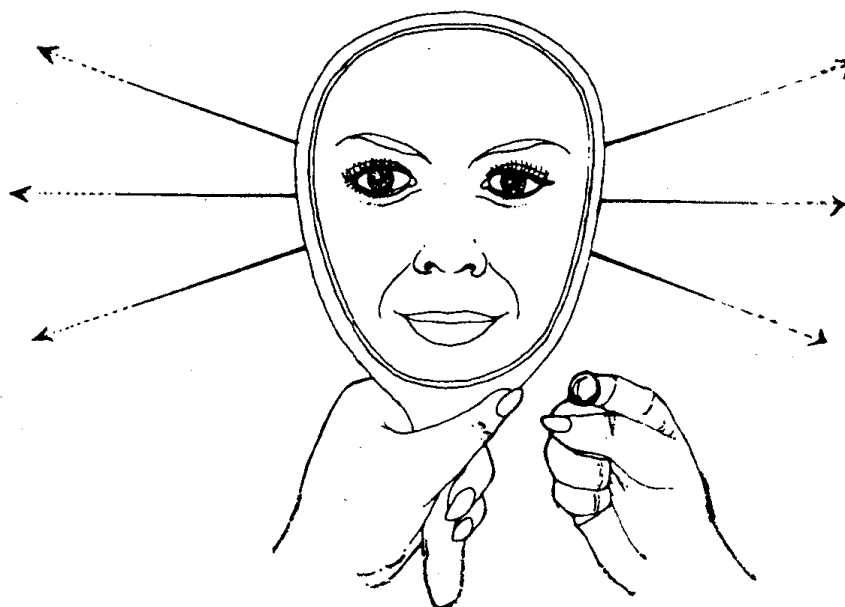
7. En general, sólo tengo que notar cómo cada cosa mortal se conecta a su Fuente Inmortal sin ninguna interferencia o intención por mi parte. Dejándola venir y bañarse en las aguas claras de su Origen, veo que la última cosa que tengo que hacer es arrastrarla aquí y empujarla dentro. Saborear su brillo y frescura es suficiente.

Terminaremos la Segunda Parte de nuestra investigación con un experimento de conclusión. Y por favor, recuerde que usted es el Tribunal de Apelación Supremo en esta *causa*, esta causa de las causas –la cuestión de lo que usted es para usted mismo, de si encuentra que está hecho de material perecedero o imperecedero, de cuál es su identidad. Sobre esta cuestión esencial ninguna autoridad está por encima de usted.

Sostenga un espejo y manténgase mirando directamente a lo que hay en él a todo lo largo de esta prueba.

Haga que ese objeto muestre que está vivo alzando sus cejas. Pero note también que los contornos de esa cabeza viva son los de la calavera en que pronto se convertirá.

Note cuán distintas y dotadas de color y complejas son sus diferentes características, y cuán claramente definido es su contorno.



Ahora relaje su atención y deje que se amplíe por ambos lados a la vez. Y vea cómo, a medida que su campo de visión se expande, lo que está acogiendo en él pierde poco a poco todas las distinciones, toda forma y color, y después todo rastro de movimiento; todo se difumina por entero dentro de *Desde Donde* usted está mirando.

Con su mano libre apunte *hacia dentro* a este «Desde Donde».

Y compruebe que no contiene nada que pueda nacer o morir, nada en absoluto suyo propio.

Y que una vez más ha recorrido hacia dentro la vía de un metro hasta el centro mismo del País de la Insensatez interior. Y que una vez más ha encontrado que no solo es continuo con el País Sensato exterior sino mucho *más* sensato, mucho *más* claro y visible.

Y que ha llegado a Casa, desde el torbellino de la vida y la muerte a su Ojo Eterno.

Y que ya no es más un excéntrico.



ACERCARSE A LA MUERTE

«Jamás hubiera pensado que morir fuera tan dulce.»

Padre Francisco Suárez en su lecho de muerte

«Si tenéis un ver genuino, el nacimiento y la muerte no os afectarán, y seréis libres de ir y venir.»

Rinzai

«Mientras vivas sé un hombre muerto.»

Dicho zen

«Todo excepto Dios, perece.»

Rumi

«Debido a la noción yo soy el cuerpo, la muerte es temida como la pérdida de Uno mismo. El nacimiento y la muerte incumben sólo al cuerpo pero ambos están sobreimpuestos sobre el Sí mismo.»

Ramana Maharshi

«Pura y limpia es la Naturaleza de todos los seres sencientes.

Puesto que jamás fue creada, no puede ser destruida.»

Gatha atribuida a Kasyapa Buddha

«Las palabras de san Pablo, «Yo muero cada día», son la visión de la vida más esperanzada, más optimista que se haya promulgado jamás.»

Dean Inge



Introducción

«Como médico estoy convencido de que es higiénico... descubrir en la muerte una meta hacia la cual uno puede esforzarse; y que rehuirla es algo insano y anormal que sustrae su sentido a la segunda mitad de la vida.»

C.G. Jung

Una conclusión práctica que resulta de estas investigaciones, hasta aquí, es que la preparación deliberada para mi muerte no es menos crítica para la cualidad de mi vida que para la cualidad de esa misma muerte. Encuentro mucha evidencia en apoyo de la consideración de que mi mediana edad y mi vejez son descargadas del tipo de ansiedad más profundo en el grado en que son vividas a la luz de su final. Ese término es un faro cuyos rayos, brillando a lo lejos dentro en el oscuro océano de la vida, da dirección a mi viaje. Si ignoro ese benévolo final, estoy a la deriva en procelosas aguas.

Saber que usted va a ser ahorcado mañana, según el doctor Johnson, es un medio de concentración maravilloso para la mente –¿y acaso no estamos todos en la misma situación, aparte de algunos detalles menores?–. Al menos puede contarse con que este conocimiento pondrá de relieve el sabor de la cena y los colores de la puesta de sol de hoy. Para mí, el pasado año, más o menos, de preocupación con la muerte –la mía y la de los demás– ha sido ciertamente muy vivo. Y durante este período he encontrado un sorprendente número de relatos de gentes que, mientras estaban sanos y saludables, iban a la deriva sin rumbo, pero que, tan pronto como se les diagnosticó enfermedades terminales, hicieron de la tranquilidad su puerto. Estoy pensando especialmente en un caso contado por Stephen Levine:

Aaron, un cantante, danzarín y virtuoso guitarrista, se encuentra a los treinta y seis años incapaz de sostener el peso de su propio cuerpo o de mover sus miembros sin ayuda, apenas capaz de respirar y de hablar. Su carne se está pudriendo sobre sus huesos. Y él dice: «Jamás me he sentido tan vivo en toda mi vida... A todo el que entra en este espacio yo lo amo –no

ser a ser, no desde la separación»—. Levine comenta que Aaron no es excepcional: muchas gentes moribundas le han contado que al fin se sentían realmente vivos⁸.

En esta Tercera Parte examinaremos tres maneras de acercarse a la muerte que me espera —la senda cuesta abajo de cada vez menos vida, de vida que se esfuma; la senda cuesta arriba de cada vez más abundante vida, de creciente plenitud; y el ascenso o despegue vertical y llegada instantánea (sin consideración de edad) a la meta, que no es más que la muerte de la Muerte misma.

⁸ Stephen Levine, *Who Dies?* Nueva York, Anchor Books, 1982, págs. 57 y sig.

El descenso

«El anciano, un segundo niño, por naturaleza afligido con más y mayores males que el primero, débil, achacoso, lleno de dolores en cada aliento; maldiciendo la vida, y sin embargo temeroso de la muerte.»

Charles Churchill

El otro día un amigo mío fue a ver a una interna de una residencia de ancianos. La anciana señora no estaba senil pero había perdido casi toda la vista y el oído. No podía leer ni ver la televisión, y la gente no hablaba mucho con ella: la comunicación era demasiado difícil. Al parecer había llevado una vida activa normal, y desarrollado airesamente las modestas metas del hogar y la familia. En cualquier caso todo ello había terminado ahora. Ninguna acción, ningún reto, ninguna meta, ningún placer, ningún interés. Es dudoso que sus impedimentos físicos explicaran toda esa apatía. ¿Por qué había dejado de vivir?

A comienzos de este año estuve pasando una temporada con un alto ejecutivo que trabaja en una empresa americana de fabricación de aviones. Me estuvo diciendo lo que les había ocurrido a sus colegas más viejos –concienzudos y triunfadores como él mismo– cuando se jubilaron. Un sorprendente número de ellos murió a los pocos meses o en uno o dos años. En buena forma física, con economía desahogada, pero psicológicamente acabados. Como la señora en la residencia de ancianos, no tenían ninguna razón para continuar. La vida no tenía significado.

En particular en occidente, el terrorífico problema de envejecer comienza a estar presente muy pronto en la vida –mucho antes de la edad del retiro–. «Si no lo has hecho a los 35 nunca lo harás», dicen. Y si usted no lo *ha hecho*, el resto de su vida, presumiblemente, es algo así como un anticlímax. ¡De una manera u otra, usted pierde! La industria de la publicidad, que siente con precisión y que dirige con habilidad la mente popular, pone todo su énfasis en la juventud, inflándola y haciendo que aparezca llena de encanto hasta el punto de la deificación. Bajo el hechizo de estos rutilantes dioses y diosas de la pantalla y de las vallas publicitarias,

las mamás aspiran ser hermanas para sus hijas y los papás a ser hermanos para sus hijos. Los abuelos se visten de pantalón corto y con gorra juvenil y se van de camping, mientras que las abuelas se hacen la cirugía estética. El embalsamador cuida de que ni siquiera los cadáveres muestren su edad. Todo el mundo sabe que la curva de la vida culmina alrededor de los treinta años, y que en adelante uno debe intentar parecer y comportarse y pensar como si uno se hubiera quedado clavado en esa cima y abominara descender hasta el amargo final. Y éste *no puede* no ser amargo. En el mundo moderno la vejez tiene poca dignidad y ningún valor suyo propio, ninguna virtud brillante que compense sus humillaciones e impedimentos. Cada paso es un descenso. Y aunque no se ve como una enfermedad, uno tiene que admitir que el pronóstico no podría ser peor. Y que, aunque de hecho no es un crimen, el castigo nunca es más leve que la pena capital.

¡Dadas estas actitudes típicamente contemporáneas, no resulta ninguna sorpresa que a las personas viejas se les felicite (si se hace) por *no* ser personas viejas! Al contrario, se les elogia por caminar o hablar o conducir o jugar a los juegos de pelota como alguien que tiene la mitad de su edad. ¡Es como si se tuviera que alabar a un niño por tener cincuenta años! ¡Cuán triste, por no decir insultante, es la implicación de que la vejez es una aflicción! Es una aflicción cuando, echando una mirada atrás, no tiene ninguna perspectiva ni significado ni obra suya propia.

Tampoco la tristeza es en exclusiva moderna y occidental. La convicción del Buda de que la vida es por entero insatisfactoria surgió en parte ante la visión de la vejez. Dice la historia que, cuando era un joven príncipe, le fue ocultado el lado trágico de las cosas. Entonces ocurrió que un día, al salir de su palacio, vio a un hombre viejo, a un hombre enfermo, y a un hombre muerto. Aquello le impresionó tanto que devino un asceta errante, determinado a encontrar la causa y la cura de tales sufrimientos.

Mientras nuestra pobre opinión corriente de la etapa terminal de la vida tiene algo en común con la de Gautama el Buda, nuestro método de hacernos cargo de ella no podría ser más diferente. Su vía, ganada duramente, de consciencia y aceptación plenas funcionó; nuestra vía cómoda de evasión y ocultación no funciona en absoluto. Estos patéticos intentos de prolongar la juventud, de suprimir los ineludibles hechos de la vida en su declive, carecen de toda dignidad, factibilidad y buen sentido, y no hacen nada para aliviar el sufrimiento de la ociosidad forzosa. ¿Qué le queda ser al que ya ha sido? Una vez alcanzadas las encantadoras metas perseguidas en la infancia y en la juventud —o bien abandonadas por inalcanzables— y una vez despojadas así inevitablemente de todo el encanto que la distancia les había prestado, ¿qué nuevas metas comparables se presentan a la persona vieja? Bien, él siempre puede intentar

hacer una colección, de conchas marinas, de sellos de correos, de trofeos de plata, de antigüedades, de valores y acciones, de presidencias de consejo, de noticias de prensa, de grados honoríficos, de discípulos, de buenas obras, todo viene a ser lo mismo al final: más desencanto. Nada le frustra tanto a uno como una colección terminada. Nada amontona capas más espesas de polvo de tiempo. Y si eventualmente uno logra arrastrarse desde debajo de su colección y escapar al Cielo de los Ciudadanos Mayores (con más rudeza, una guardería para niños arrugados), uno está expuesto todavía a encontrarse de nuevo en el asunto de las colecciones – acumulando victorias en ajedrez o números de bingo o apuestas de golf, quizá. Cualquier cosa que llene el tiempo y que ahuyente el acechante espectro de la muerte. «El eterno problema del ser humano es cómo estructurar sus horas de vigilia», dice Eric Berne. Es un problema que empeora a medida que envejece, sin pausa hasta el final.

Recientemente estuve viendo un programa de televisión sobre un hospicio cristiano en Londres, para pacientes que sufren de enfermedades terminales –en palabras llanas, un buen sitio para morir–. El tiro de salida lo dio una asistente social (parecía una joven dedicada y compasiva) persuadiendo a una docena de queridos ancianos a cantar una canción. ¡Y la canción era *Bye-bye Blackbird* [Adiós Pájaro negro]! ¡No *Bye-bye Life* [Adiós Vida] (¿quién ha oído nunca una tal canción, o himno?) sino *Bye-bye Blackbird!* ¡Qué manera de estructurar las últimas horas de esa pasmosa aventura que es la propia existencia de uno! ¡Qué manera de liquidar este «imposible» misterio de que en *contra de todas las probabilidades, yo he ocurrido!* Al final del programa de televisión un sensible y humilde sacerdote-niñero explicó que no veía ningún propósito en confiar en la religión en el último momento para gentes que habían procurado arreglárselas toda su vida sin ella. Por supuesto, tenía razón⁹.

⁹ Tenía razón en el sentido de que las conversiones en el lecho de muerte a una fe particular significan muy poco. Sin embargo, como hemos visto, hay evidencia de que estos ancianos, como todo el resto de nosotros, son aptos en cualquier caso para una maravillosa experiencia cercana a la muerte, siga lo que siga a esa experiencia y sea cual sea su falta de fe o de religión hasta entonces. La Única Luz está a punto de brillar para ellos, sobre ellos, quizá dentro de ellos, a pesar de todas las indicaciones exteriores de lo contrario. Apartados de nosotros, en el umbral del Templo, han devenido sagrados. Merecen reverencia, y toda la ayuda que pueda serles dada en preparación del tremendo paso que van a dar muy pronto. Hay la posibilidad –la tradición tibetana dice la certeza– de que, a menos que ya hayan sido introducidos y hayan recibido una visión previa, preferiblemente muchas visiones previas de la Luz, su apreciación de ella en el punto de la muerte será innecesariamente corta y superficial. Pero solo están cualificados para ayudar aquí aquellos de su entorno que mueren cada día para sí mismos y que ven y se someten a la Luz dentro –están suficientemente desprovistos de ideas como para ser guiados por ella en cuanto a cómo y cuándo y si hay que promover al tema de esa Luz y dar esa ayuda. Leí con gran aprecio que el propósito de la *Hanuman Foundation Dying Project* de Ram Dass y Stephen Levine «es crear un contexto para el proceso de morir en el que el trabajo sobre uno mismo sería el foco central para todos los que se acercan a la muerte» (Ram Dass. en su Prefacio a *Who Dies?* de Levine).

Una de las grandes ironías y contradicciones del mundo moderno es que, mientras se pone tantísimo esfuerzo en disfrazar y evitar la vejez –y hacia dónde lleva– se pone muchísimo más esfuerzo aún en hacer que sobrevenga antes de tiempo. Cuando una máquina asume el trabajo de un hombre, y el significado y la satisfacción que le acompañan, ¿qué le queda a él por hacer? En las sociedades altamente industrializadas no son solo los viejos en años quienes se encuentran con demasiado ocio entre sus manos; todo el mundo está envejeciendo con rapidez hasta el punto de que la vida está deviniendo vacía y anodina. Es inútil sabotear o poner límites a las máquinas: han venido para quedarse, y junto con ellas los desiertos de tiempo de más que la automatización y la tecnología del chip están comenzando a abrir. ¿Cómo aliviar la carencia de propósito, el aburrimiento que surge de la jornada laboral cada vez más corta, de la semana laboral cada vez más corta y de la vida laboral cada vez más corta, por no decir nada del mismo desempleo en masa? Un hombre sin nada que hacer está acabado.

Tal es, para muchos de nosotros, la tragedia de la vida que se acaba, el descenso a la muerte.

El ascenso

«Toma el camino desde el hombre, no hacia el hombre.»

Emerson

(I) INTRODUCCIÓN

«Aquellos que no buscan el propósito de la vida están simplemente malgastando sus vidas», dice el sabio hindú Ramana Maharshi con contundencia, en una sentencia que diagnostica la enfermedad –y que prescribe el remedio–. Tiene que ser (y, como vamos a verlo, *es*) una medicina fuerte si ha de curar una enfermedad tan profundamente arraigada.

Lo cual me recuerda a un amigo que, habiéndose licenciado excelentemente en Oxbridge, obtuvo un codiciado trabajo universitario. Una espléndida carrera se abría ante él. Pero después de uno o dos años, adoptó el budismo, dimitió de su cargo, cortó con la familia y amigos, y se fue a vivir una vida de ermitaño en una cabaña aislada. Se me ha dicho que allí pasa largas horas cada día sentado en meditación, silente, con los ojos cerrados, inmóvil, solitario.

Observe una cosa curiosa: este joven está más o menos en el mismo estado que la anciana señora que he descrito antes –sólo que con la enorme diferencia de que él ha *escogido* los impedimentos de los cuales ella es víctima–. Él ha tomado deliberadamente sobre sí, mientras todavía está en la primavera de la vida, las restricciones que pertenecen al final de la vida. Ella está medio ciega; él mantiene sus ojos medio cerrados. Ella está sorda; él se retira a un lugar donde hay poco que oír. Ella sufre de soledad; él quiere estar solo. Ella ha perdido su interés en la vida, en sus placeres y metas; él está practicando con fervor tal desapego. La suma es la misma pero el signo es el opuesto: en un caso menos, en el otro más.

¿Por qué está mi amigo comportándose tan «innaturalmente»? Su propósito es encontrar el significado de la vida, y cómo pueden ser trascendidos el nacimiento, el sufrimiento, la vejez, y la muerte misma. Y su método es el de la vacunación y la homeopatía: la cura de lo igual por lo igual. Procúrese usted mismo un ataque benigno de la enfermedad ahora, y produzca

con ello anticuerpos que evitarán la enfermedad real cuando se presente. Es, en principio, aunque ciertamente no en detalle (la meditación formal sentado no es para mí), mi propio método. Me recuerdo a mí mismo que es también el método de Jesús («El que pierde su vida la ganará»); de Pablo («Yo muero cada día»); de Rumi («Si quieres la Realidad sin velo, elige la muerte»); y de Kabir («Es el que está vivo, aunque muerto, el que nunca morirá de nuevo»).

¿Cuándo debería comenzar este drástico tratamiento homeopático? Mi amigo comenzó en sus veinte, Ramana Maharshi adolescente, yo mismo al comienzo de mis treinta. Algunos dirían que cuanto más pronto tanto mejor, pero no hay ninguna regla. Todo depende de las necesidades del individuo. Comúnmente, el problema del significado de la vida se plantea a una edad mediana, después de que se han alcanzado las metas ordinarias establecidas por la sociedad, y ya no se ofrecen otras nuevas. Jung encontró que la mayor parte de sus pacientes de mediana edad no estaban sufriendo de ninguna neurosis clínicamente definible, sino de la carencia de sentido y vacío de sus vidas; se aferraban al engaño de que la segunda mitad de la vida debe estar gobernada por los principios de la primera, y no llegaban a reconocer que para la persona que está envejeciendo es un deber y una necesidad prestarse una seria atención a sí mismo.

(II) EL ASCENSO: TRADICIÓN ORIENTAL

Oriente ha sabido esto desde tiempos inmemoriales. Tómese por ejemplo el programa de vida o norma de desarrollo ideal establecido por el hinduismo. Los cuatro *asramas*, o etapas principales de la vida son éstos: primero, *brahmacharya*, el niño y el joven aprenden las técnicas y el conocimiento y la disciplina propios a la condición humana. Segundo, *grahastha*, la vida del hogareño y padre que trabaja, contribuyendo al mantenimiento y continuidad de la comunidad. Hasta aquí, muy bien; un bonito comienzo, se podría decir, una útil preparación de los músculos antes de poner manos a la obra. Pues ahora comienza la aventura real, el serio desafío que separa a los hombres de los muchachos, el trabajo para labrar y probar a un hombre. Habiendo cuidado de sus deberes sociales y alcanzado la madurez hasta la vejez, entra en la etapa de *vanaprastha*, un tiempo para soltar los lazos y abrirse a la liberación. Con esto en perspectiva, liquida las obligaciones que le quedan hacia su familia y se marcha a buscar el significado de todo ello, la clave para lo que es su propio significado, su verdadera Identidad. Pero primero tiene que encontrar a su maestro espiritual, y entonces tomar en serio su instrucción y soportar su adiestramiento –una disciplina que muy bien puede hacer que los rigores de

las dos etapas anteriores parezcan un mero juego de niños—. Con mucha probabilidad la cuestión de Quién es él en realidad ha estado ahí en el fondo de la consciencia todo el tiempo, pero ahora deviene su única pasión, y para la respuesta ningún precio es demasiado alto. Y cuando, más pronto o más tarde, se han pasado las sub-etapas de *vanaprastha* y se ha pagado ese precio, y él ve *lo que* de hecho ha sido siempre evidente y libre de gastos (a saber, su verdadera Naturaleza como el Uno y Único, el Solo, lo Real, lo Atemporal), entra en la etapa cuarta y final: *sannyasa*.

Esta última etapa, según la antigua tradición india, es la corona de la vida. Sólo con miras a esta etapa tenían sentido las otras; sin ella carecen de propósito. No llegar aquí es permanecer inmaduro, un caso de desarrollo detenido. El *jñani* o verdadero *Sannyasi* (para quien otras tradiciones tienen otros nombres) es el único adulto real —lo cual significa adulto hasta dimensiones más que cósmicas—. Por fuera un mendigo medio desnudo y miserable, un humano insignificante, achacoso y moribundo, él es por dentro sin edad y sin límites como el espacio, libre como el viento, el Rey del Mundo, el Esplendor sin muerte, el Todo. Por fuera inútil y desempleado (y de hecho por dentro no tiene nada que hacer en absoluto), su trabajo secreto por el mundo es ininterrumpido, exacto y efectivo como ningún mero trabajo humano podría ser jamás. La paradoja es que no tiene ninguna tarea, y jamás se toma un momento libre. No tiene ningún problema de cómo pasar el tiempo.

Yo comparo este paradigma de la vida humana como un constante ascenso de cuatro etapas, una empresa que deviene tanto más desafiante y atrozmente ambiciosa cuanto más avanza, un juego de apuestas que crecen sin cesar y con la certeza de quebrar la banca al final, comparo esto con el triste y anodino cuadro de la vida humana que vacila y flaquea apenas recorrido medio camino (al no estar contrapesado su descenso natural por ningún ascenso sobrenatural) y hago mi elección. Una vez que se perciben claramente las alternativas, ¿qué elección hay? ¿No está claro cuál es la media vida y cuál es la vida entera? ¿Cuál es la enfermedad y cuál es la cura? La enfermedad es la vida detenida a medio camino. La cura es la vida completada.

¿Cura para cuántos?, me pregunto. Mi impresión, recogida durante mi estancia de ocho años en la India, es que, aunque bien conocido y ampliamente respetado allí, el ideal de sabiduría como meta de la vida se intenta tan raramente como pueda intentarse el ideal de santidad en el cristianismo. Si son tan pocos los hindúes que a través de los siglos han recorrido toda la vía hasta la cuarta etapa de la vida, que se han propuesto o atrevido a tomar la medicina radical para la angustia de la vida (a pesar de todo este aliento tradicional), ¿cuántos no hindúes es probable que la tomen? ¿Es probable que el occidental promedio cada vez con más

tiempo en sus manos aproveche la oportunidad enviada por Dios para dedicarlo a la búsqueda del Uno que tiene todo el tiempo del mundo, a encontrar y a ser el Uno Sin tiempo que es *todo* el tiempo y Sin muerte?

En cuanto a mí, sí, la prescripción básica es absolutamente válida. Pero yo no puedo tomarla según esta formulación oriental. Ni, probablemente, tampoco pueda mi lector.

(III) EL ASCENSO: TRADICIÓN OCCIDENTAL

Aunque todos los aspirantes espirituales serios comparten una única vía amplia, tienen una ilimitada gama de carriles y estaciones de paso. En consecuencia, lo que equivale al mismo viaje puede hacerse de innumerables maneras. Dentro del budismo, por ejemplo, hay muchos itinerarios en contraste. El taoísmo y el sufismo no son tampoco nada semejante a disciplinas de carril único. En cuanto al viajero individual, cada uno sigue una ruta que, al menos en algunas etapas, es única. No hay ninguna vía arriba mala.

La espiritualidad cristiana también es mucho más semejante a un camino sin dirección fija que a una marcha con itinerario. No obstante, las siguientes seis etapas pueden ser tomadas como claramente representativas:

- (a) *Despertar o conversión*: un atisbo, con frecuencia abrupto e intensamente gozoso de la Luz, del Uno, lo Real, lo Absolutamente Otro y su presencia salvadora.
- (b) *Purificación o purgación*: un largo y penoso esfuerzo para vencer las muchas imperfecciones que manifiestamente le retienen a uno muy lejos de la meta.
- (c) *Iluminación*: un retorno, en una forma menos excitada y más sostenida, de la felicidad y claridad de la primera etapa; gozo del mundo como muy bello; un sentido de estar cerca o incluso en la meta y de fundirse con el Ser Sin-muerte.
- (d) *Introversión o recogimiento*: un reconocimiento de que el progreso real en este ascenso es el resultado de girar la propia atención de uno y de concentrarla en la vida interior. Los pensamientos díscolos son suprimidos y se cultiva la quietud. Se practican asiduamente diferentes formas de contemplación y de meditación.
- (e) *Muerte mística o la Noche Oscura del Alma*: una devastadora vuelta forzosa al comienzo; una pérdida total de todas las ganancias habidas hasta aquí; peor, un grado de auto-aborrecimiento tal como uno jamás ha conocido antes, y una máxima desesperan-

za de alcanzar alguna vez la meta. Es trascendida solo por el abandono incondicional, por la muerte siempre renovada a la voluntad personal, lo cual lleva a la:

- (f) *Unión*: el estado en el que el dicho de Dante: «Su voluntad es nuestra paz» es sincero y sostenido y no sólo creído fervorosamente. Un estado en el que, por lo tanto, uno puede declarar sin ego alguno con Santa Catalina de Génova, «Mi Yo es Dios, y no reconozco ningún otro».

Aunque hay incontables variaciones sobre este plan modélico –incluyendo la omisión de algunas etapas y la inserción de otras diferentes– lo que es indispensable y por lo tanto común a todas ellas es el descubrimiento, más pronto o más tarde, de que la vida mística lleva a la muerte mística. No un morir simbólico o una muerte fácil, sino una muerte que es enteramente real y terrible. Tal es la sima que se abre entre nuestra vida y su cumplimiento, y no hay ninguna senda que la rodee.

Sumergiéndonos y atravesando esa muerte mística, en las palabras de John Nicholas Grou (que sabía y vivía sobre lo que estaba hablando) «encontraremos paz, y una paz suprema, exquisita y perfecta, en el total olvido de nosotros mismos. No hay nada en el cielo, o en la tierra, o en el infierno, que pueda turbar la paz de un alma que está *realmente aniquilada*».

Grou agrega que, entre los muchos frutos del espíritu gozado por estas «almas interiores» vivas y sin embargo muertas, está el hecho de que

«Dios no les dejará estar ociosos ni un momento; Él dispondrá todo; Él dirigirá todo; e incluso si Él no les da ninguna ocupación exterior, los mantendrá interiormente ocupados con Él mismo. Incluso si una vida espiritual no tuviera ninguna otra ventaja que ésta, la de mantenernos en perfecto reposo en lo que concierne al empleo de nuestro tiempo, y darnos una seguridad calma de que todos nuestros momentos se emplean de acuerdo con la voluntad de Dios, eso sólo es una inestimable ventaja que nosotros nunca podremos pagar demasiado cara»¹⁰.

(IV) EL ASCENSO: EN EL MUNDO MODERNO

Vamos a continuar considerando lo que este Ascenso –esta conquista de la muerte más bien que la pérdida de la vida– puede significar para nosotros hoy día en el detalle práctico,

¹⁰ John Nicholas Grou, *Manual for Interior Souls*, London, Burns & Oates, 1955.

bien acontezca que seamos religiosos o no. Y comenzaremos preguntándonos lo que la mayoría de nosotros hace bien más tiempo, o incluso tanto mejor a medida en que más envejecemos, en que más nos acercamos a la muerte.

Mucho antes de alcanzar la adolescencia, la capacidad para aprender una lengua se ha deteriorado ya enormemente. A los veinte años más o menos nuestro tenis de mesa comienza a fallar, a los veinticinco lo hace el patinaje sobre hielo y la gimnasia, a los treinta el fútbol o tenis. Sin embargo, la capacidad para jugar al ajedrez o llevar un negocio o hacer un discurso o escribir o pintar o componer puede muy bien haber estado creciendo todo el tiempo, y quizá solo acabamos de empezar a hacer filosofía de alguna manera disciplinada o creativa. Y así sucesivamente, ganando y perdiendo capacidades continuamente hasta, bien, ¿hasta qué edad? Mientras hay vida hay la pregunta: «¿Qué hacer ahora, cuál es la tarea adecuada para mí, qué hacer que me regocije más, en este momento de mi vida?» Lo cual lleva a: «¿Qué –si hay alguna cosa– puedo hacer tan bien ahora como en mis cincuenta y sesenta años? O incluso –si es posible– mejor que entonces, siempre que mantenga la práctica necesaria. Brevemente, ¿qué es lo apropiado ahora?»

No es por nada que, tradicionalmente, la sabiduría se espera que venga con la edad, que el Sabio se describe en general como un Sabio Anciano, por lo que el Viejo Sabio está entre los más convincentes de los arquetipos de Jung. Ciertamente, no estoy sugiriendo que la investigación en su Naturaleza y destino esenciales –en las grandes cuestiones de la vida y de la muerte– sea mejor posponerla hasta la canosa vejez, que tiene todas las razones evidentemente obvias para especializarse en tales materias de peso (por no decir pesadas). Por el contrario, la investigación nunca puede comenzar demasiado pronto en la vida. Lo que estoy diciendo es que –incluso si la ha dejado para más tarde– ésta es la tarea para usted ahora, para la vejez hasta la mismísima vejez. Es exactamente en lo que tiene una excelente posibilidad de un devenir muy bueno en verdad. Y esto por una variedad de razones:

- (a) Es probable que ahora haya realizado sus ambiciones y se encuentre tan insatisfecho como siempre, o que haya renunciado a ellas como irrealistas o inalcanzables. En ambos casos ha adquirido así esa medida de desapego que es justamente lo que se necesita ahora.
- (b) Usted tiene todo el ocio, libre de deberes y de responsabilidades apremiantes, que podría querer para esta empresa, la más absorbente de todas las empresas de su vida.
- (c) De acuerdo con Carl Jung (y toda la evidencia que tengo sugiere que tiene razón) usted está ahora psicológicamente maduro para este gran esfuerzo –que es hacer las paces

con su propia muerte, y (mucho más que eso) tener la muerte misma como su meta. Por otra parte, si se niega o resiste con decisión a su necesidad innata de dedicar muchas de las energías de las décadas de clausura de su vida a esa meta, con toda probabilidad va a ser infeliz sin ninguna razón exteriormente discernible, va a estar profundamente empavorecido por lo que va a venir, y quizá clínicamente enfermo.

- (d) Usted tiene ahora en el bolsillo todo el material crudo, todos los fragmentos de información perdidos, toda la experiencia de vida que necesita a fin de hacer que ésta tenga sentido. ¿Qué tarea más conveniente por lo tanto –qué deber más urgente– le espera ahora que ésta: ordenar este rompecabezas de su vida hasta que el diseño-patrón cobre forma repentinamente: permitiéndole mirar atrás sobre aquellos intereses una vez tan punzantes y absorbentes como triviales en sí mismos, pero que se revelan como indispensables ahora que se subordinan al gran interés? ¿Para qué ha servido todo eso? ¿Cuál es, sobre todo, mi verdadera identidad, y por lo tanto mi verdadero papel y mi destino? ¿Estoy hecho de Dios y por lo tanto (soy) indestructible; o estoy hecho de material menos resistente y por lo tanto pronto listo para el vertedero cósmico donde acaba todo lo que no es Dios?

Ésta no es tampoco una tarea egoísta. Yo tengo una obligación hacia mi mundo de ayudarlo a despertar de las mentiras sobre las que reposa –comenzando en casa y trabajando sobre *mí mismo*–. Comenzar con el mundo quizás pueda hacer más daño que bien, mientras que ninguna genuina realización espiritual mía puede dejar de desbordar, y de continuar desbordando en todas direcciones e indefinidamente.

En lugar de dorados adioses y de un retiro de la vida a esa cabaña idílica en oriente (aunque pueda *parecer justamente eso*), esto es sumergirse de cabeza en la espesura de la vida. Qué belleza, qué ocasión para la alegría, encontrar que la propia tarea y capacidad especiales de uno en la vejez no son ninguna evasión o pasatiempo inocuo, ningún interés de aficionado y parcial y casual por algo para pasar el tiempo, ninguna decadencia, sino la ocupación más elevada y mejor, inconmensurablemente más allá de la más exaltada y responsable de todas las ocupaciones disponibles.

Sí: pero yo haría mejor afrontando este hecho también, que por cada vela nueva que se enciende en mi tarta de cumpleaños, una luz vieja se apaga en mi vida. Yo soy menos vivaz que la norma, menos bueno recordando nombres y caras y fechas y acontecimientos recientes, mucho menos alerta (¿menos capaz?) para mantenerme al corriente de los asuntos de actualidad y de lo último en las artes y las ciencias y el entretenimiento, mucho menos ansioso de

intentar nuevas maneras de vivir y de ver la vida, y en general muy feliz de quedarme cada vez más rezagado. Todo esto, y más, es cierto. ¿Pero es esto tan malo para mi tarea propia en esta época de mi vida? ¿Me despido de estas facultades que menguan cada vez más a medida que mi edad avanza, diciendo que están como «uvas verdes» porque no puedo tenerlas, o son *en realidad* uvas verdes y no son buenas para mí, ahora? ¿Estoy sólo balbuceando en la oscuridad para calmar mi miedo de la muerte y mantener el ánimo? ¡NO! *Esta aparente pérdida tras pérdida es justamente lo que se necesita.* Dado este propósito de conclusión de mi vida – que es descubrir y gozar y ser el Uno cuya vida es en realidad sin muerte– cada incapacidad aparente resulta ser una bendición de Dios, un presente de Mí mismo a mí mismo.

Eso resume mi experiencia hasta la fecha. En lo que concierne al resto de mi vida no estoy en situación de decir nada, por supuesto. Nadie puede estar seguro de evitar la senilidad. Pero tengo la certeza de que permanece inviolada la única cosa esencial que la enfermedad creciente del cuerpo y de la mente son impotentes para arrebatarme, y eso es la nada, el no cuerpo y la no mente, *la vacuidad consciente que es mía ahora mismo* y que ha estado en el núcleo central de mí mismo todo el tiempo¹¹. Incluso si en el programa no detenido que se muestra sobre esta Pantalla vacía continúa todo desorganizado (no más desorganizado que en los propios sueños nocturnos de uno, después de todo), no obstante, la Pantalla permanece exactamente la misma, inmaculada, perfecta. El mundo que comenzó la historia llamada D. E. Harding hace alrededor de ocho décadas como un ilimitado caos, y que poco a poco se organizó a sí mismo tan elaborada, tan poco a poco (o no tan poco a poco), se desorganiza de nuevo y deviene un caos otra vez. Es a *él* al que hay que llamar demente o senil si usted quiere, no a *mí*. Los mundos tienen el hábito de comportarse así y deben ser excusados. Este tipo de simetría temporal pertenece a su historia natural. Ellos se acaban con un caos. No así Mí mismo. El verdadero Mí mismo no está ni organizado ni desorganizado, no viene ni va, no tiene ninguna historia –ni natural ni sobrenatural. Yo *soy* sin tiempo.

(V) EL ASCENSO: CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos estado considerando algunas de las rutas que llevan a la Muerte que desemboca en la Vida Sempiterna.

Comienzan como un número de rutas (en apariencia) más o menos incompatibles, pero van convergiendo a medida que se acercan a la cima que es su meta común. Pero, ¡ay!, tam-

¹¹ Ver Prueba (IX), pág. 41.

bién se van haciendo cada vez más empinadas. La consecuencia de ello es que los aspirantes se encuentran a sí mismos ralentizados o detenidos en diferentes etapas a lo largo de la vía; y muy, muy pocos (parece) se las arreglan para trepar o escalar su vía directamente hasta la cima. Sea cual sea el nombre tradicional que estos aspirantes den al Fin al que aspiran, a esta Cumbre de todas las experiencias cumbre –bien sea Unión con el Uno, plena realización de Dios, Iluminación perfecta, Nirvana, la Liberación final y el Despertar del tiempo y de la muerte en lo Sin tiempo y Sin muerte– permanece inimaginable, imposible de columbrar siquiera. En estos elevados niveles, aunque todavía no lo suficientemente elevados, esa atrayente Cumbre está tan fuera de visión como fuera de alcance. Solo puede confiarse en Ella. La ansiosa pregunta permanece sin respuesta: ¿cuánto va a durar este esfuerzo cuesta arriba? ¿Cuáles son las posibilidades de que uno lo lleve a término completamente en esta vida? ¿O en las siguientes vidas, si hay alguna? ¿O de que lo lleve a término siquiera alguna vez?

Yo no estoy en situación, por supuesto, de hablar por usted ni por ningún otro, pero en lo que a mí concierne tengo que admitir que al menos las últimas etapas de esta escalada son demasiado empinadas. No tengo capacidad para tales alturas; y encuentro que la pendiente, tan fácil y agradable al comienzo, deviene al final imposible.

¿Y qué hay sobre todos los demás, la gran masa de las gentes? De nuevo tenemos que preguntar: ¿cuántos –tanto en occidente como en oriente, viejos o jóvenes, materialistas o idealistas, religiosamente inclinados o no– cuántos saben o quieren saber sobre la existencia de una tal vía, y están dispuestos a emprender un comienzo real en ella, por no decir nada de entregarse a intentar las pendientes superiores de esa escalada crecientemente esforzada con todos sus angustiosos retrasos y reveses? No una escalada –recuerde– que lleva directa y triunfalmente a la puerta del Cielo, sino (¡Dios nos salve!) a las profundas y oscuras aguas del Foso llamado «Muerte» que se encuentra a este lado de ella. ¿Hay la más mínima posibilidad de que una vía como ésta, no importa cuán bien pavimentada y señalizada esté en ciertos lugares, sea recorrida por los desempleados –desempleados por razones de edad o económicas o de impedimentos– en amplios números? ¿O que devenga popular en cualquier grupo influyente? ¿O que sea adoptada por bastantes de nosotros como para constituir una diferencia apreciable para nuestro mundo, y todavía menos para curar su crítica enfermedad actual? ¡No soñemos! ¿Estoy yo, está usted –para no mentar siquiera el resto del mundo– preparado para seguir ese formidable ascenso hasta su fin?

¡Pero no hay que desesperar! Este temible número de obstáculos no es necesariamente insuperable.

Acontece que hay una vía «secreta», una vía arriba verdaderamente mágica. ¡Sí, directa a la cima misma! ¡Y sí, una vía para usted y para mí —y para todo aquel que quiera tomarla!

El despegue vertical

«Despertar súbitamente al hecho de que vuestra propia Mente es el Buda, de que no hay nada que alcanzar ni una simple acción que cumplir, esto es la Vía Suprema.»

Huang-po

¿Qué podría ser más admirable que este paradigma que hemos estado discutiendo —esta carrera (esta pugna, esta escalada difícil) a través de la muerte a lo Sin muerte? ¿Qué empresa podría merecer más la pena que esta aventura que hace que cualquier otra aventura parezca timorata y banal?

Pero nuestra persistente pregunta aún tiene que ser respondida: una vez concedido que en esencia éste es el remedio soberano para la condición humana (de la que el embotamiento y las miserias de nuestros años de declive son sólo meros efectos secundarios), ¿hay algún medio de aplicarlo? ¿De hacer que la medicina esté a disposición general y de que el paciente la tome?

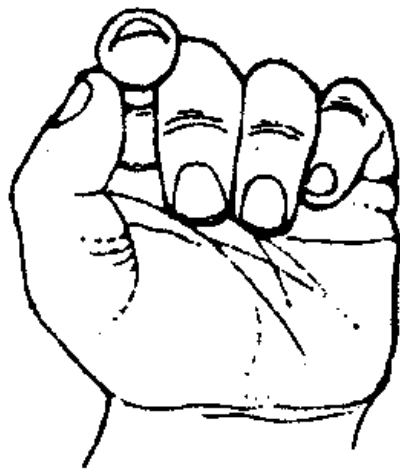
Aparentemente NO. Nuestra situación parece desesperada. Pero antes de abandonar, probemos esta otra receta de la que he hablado al final del último capítulo. ¿Qué podemos perder haciéndolo?

En primer lugar, veamos qué es lo que necesitamos desesperadamente. Lo que se necesita no es una medicina nueva sino una nueva destilación de la vieja, de la que se hayan eliminado todo tipo de aditivos —acúmulos de saborizantes, conservantes, colorantes y gelificantes religioso-culturales—. Un verdadero *simple*, en el sentido de una hierba medicinal de un único ingrediente, un producto que esté al fin en abundante provisión, que no sea la mercancía con marca registrada de alguna tierra o edad o tradición particular, que se envuelva con sencillez, que sea de fácil digestión para todos, que penetre instantánea y en profundidad dentro del propio sistema de uno, y que sea gratis por completo. Una cura *natural* perfectamente indolora e inocua, un remedio saludable y por entero no-violento que, haciendo aflorar la perfecta salud que es ya nuestra en la raíz, opere siempre.

¿Eso es *todo*?, puede preguntar usted, con una ironía por entero justificada. ¿No es eso ir demasiado lejos?

Bien, es incumbencia del lector que ha llevado a cabo con cuidado las pruebas decir si tal remedio no ha devenido ahora disponible. ¿Ve usted evidencia de que, una vez más en la historia humana, la necesidad y los medios de satisfacerla están misericordiosamente llegando juntos y de que coinciden a la perfección? ¿Comparte usted mi convicción de que nuestra Fuente Más Íntima y Verdadera Naturaleza –esta Beneficencia infinitamente misteriosa, esta Gracia que, a pesar de todas mis resistencias y de las suyas, ha velado por nosotros completamente hasta ahora– está en el proceso de hacerlo de nuevo? ¿Podría la Noticia detrás de la noticia –¿y cuándo no es una mala noticia?– ser *esa* buena Noticia? ¿Podría ser esto –tan inadvertido debido a que es tan perdidamente llano y común– la brillante esperanza del mundo? ¿No es este simple por completo *simple*, una panacea para simples? ¿Podría el gran Eckhart estar en lo cierto: «Cuanto más sabio y más poderoso es el maestro tanto más inmediatamente eficaz es su trabajo y tanto más simple es»? Siendo el «maestro» en este ejemplo, el Uno que impide todos mis intentos de escapar de lo DADO, tan simple, tan embarazosamente evidente.

Su respuesta a estas grandes cuestiones dependerá ampliamente de su reacción personal al remedio ofrecido aquí –de su experiencia de la muestra proporcionada por nuestras pruebas– dejando a un lado todas las consideraciones de su posible uso a gran escala. Pero antes de que usted decida, gire por favor la flecha de su atención 180° de nuevo, mirando a *desde* donde usted está mirando, y *vea* lo que está siendo señalado por esta mano que apunta. ¡No piense sobre ello, *vea*!



Vea lo que está acogiendo estas marcas negras sobre un fondo blanco, esas borrosas manos y esas brumosas mangas, y atégase a lo que usted encuentra. Tenga confianza –le ruego

que confíe— en lo que se da tan generosamente. *¿No está usted, ahora mismo y aquí, firmemente establecido en ese cuarto y altísimo Asrama, en esa sexta etapa de Unión donde uno se realiza como nada y todo, y ya al mismo nivel de —o más bien idéntico con— los más eminentes Veedores de Esto, y uno con el Uno?* ¿No ha estado usted siempre aquí, aunque haya persistido en no ver Lo Que, una vez visto, es más evidente que todo cuanto usted haya visto nunca? ¿No es este país de sempiterna claridad su querida tierra *nativa*?

Y de hecho, al contrario que en la historia esgrimida por tantos de sus discípulos e intérpretes, todos los verdaderos Veedores han dicho, ya sea con claridad o implícitamente, que esta Visión esencial no es algo a alcanzar, sino algo a realizar, a someterse a ella, a dejar de oponerse a ella. No importa cuán extrañas hayan sido sus tradiciones alimentarias ni cuán austeras hayan sido sus prácticas, ellos han declarado siempre que Ella está aquí para tomarla *ahora*, que está a nuestra disposición como somos debido a que Ella *es* lo que somos. Nuestra excusa de que Ella no es para los que son como nosotros, que es el logro casi imposible de rarísimos genios espirituales que han seguido décadas y vidas enteras de disciplina infatigable, no es honesta. Es una racionalización del rechazo de Ella, del terror de morir que es su otra cara, un ardid artero (*¡nosotros no podemos ver en nuestra Verdadera Naturaleza, nosotros no estamos iluminados; a diferencia de algunos que conocemos, nosotros somos humildes!*) para ocultar la culpabilidad secreta de nuestra auto-mutilación, el crimen de cegarnos deliberadamente nosotros mismos al hecho glorioso de que todos estamos viviendo *desde* ESTO, de que todos lo estamos haciendo, querámoslo o no. (Y es crimen, y es culpa. Dispararse a usted mismo en la mano o en el pie, a fin de ser repatriado, solía ser un delito capital en tiempo de guerra. Comparado con nuestro propio auto-cegarnos, debido a que no podemos afrontar la vida como es, y a nosotros mismos como somos, aquello era la inocencia misma. Pero la pena es prácticamente la misma).

¡Cuán diferente de aquel ascenso gradual a la meta es este despegue vertical! Aquél era la cosa más difícil del mundo, éste es la más fácil; aquél era penosamente lento, éste es instantáneo; aquél era para los pocos elegidos, éste es para los muchos, para todos; aquél se encontraba principalmente en el futuro, éste es todo ahora; aquél requería una inmensa fuerza de voluntad y una energía infatigable, éste es para los hermanos más débiles como mí mismo y probablemente como usted; aquél mantenía la esperanza de la llegada al final de una larga y difícil ruta, éste llega ahora, en el mismo momento en que nosotros queremos estar ahí; aquél nunca nos ve allí, éste siempre nos ve aquí —debido a que ese «allí» está aquí donde nosotros hemos estado siempre—.

Este Despegue Vertical no es uno de los extras opcionales de la vida espiritual. La extraña y feliz verdad es que *lo que es tan difícil –a saber, morir a mí mismo– es cumplido con plenitud solo por lo que es tan fácil –a saber, viendo que no hay nadie aquí para morir–*. Yo estoy por completo abandonado cuando no puedo encontrar ni una mota de algo que quede aquí por abandonar. Nada más fácil. Después de todo mi esfuerzo –¡de querer tan desesperadamente abandonar mi querer (voluntad), en verdad!– es la Pasmosa Gracia la que interviene:

Una vez estuve perdido pero ahora me he encontrado,
Estuve ciego pero ahora VEO.

Pero bajando ahora a las prácticas mundanales y al mundo de cada día, ¿cuán difícil es propagar esta técnica, la más simple de todas, para ver en nuestra Naturaleza sin nacimiento y sin muerte? ¿Cuán difícil es mostrar a las gentes individualmente y *en masa* cómo hacerlo y hacer que lo hagan? ¡Nada podría ser más fácil! Ya se trate de un encuentro de dos personas o de doscientos o de dos mil, todos y cada uno van a «ver», provisto que acepten llevar a cabo unas pocas de nuestras docenas de pruebas. (Casi siempre aceptan, por muy provisionalmente que sea). Y siempre que el demostrador esté viéndolo también –lo cual significa que él está conscientemente ausente de la escena como una persona, y presente como Espacio para todas esas otras personas. En mi propia experiencia durante los últimos veinticinco años, y en la de un número de veedores amigos durante períodos variables, es imposible para las gentes evitar ver en su propia Naturaleza una vez que ven *dónde* mirar y *cómo* mirar. El dedo que apunta o el ojo único es suficiente. En cuanto a leer sobre ello, he notado con alguna sorpresa y mucha gratitud que mientras hace diez o quince años eran pocos los que veían en su Nada desde la lectura de libros sobre este ver básico, son muchos los que lo hacen hoy día: de hecho, lo hacen todos aquellos que llevan a cabo los experimentos con sinceridad y aceptan lo que ven. Cuando las gentes dicen que no lo ven, generalmente quieren decir que no lo *sienten*: el paisaje interior les deja fríos. ¡Por supuesto que lo es! ¡Gracias a Dios por eso! Ésta es una cuestión de hecho y no de sentimiento, de la propia Naturaleza sin naturaleza y eterna de uno y no del calidoscopio siempre cambiante de pensamientos y emociones que ella produce. Es la verdad la que nos hace libres –la Verdad que no podría ser más llana– llana en el sentido de fría y no-decorada, y llana en el sentido de no-ocultada.

Finalmente, la cuestión apremiante y vital: una vez que se ha visto dentro de nuestra Naturaleza sin nacimiento y sin muerte –bien con espontaneidad, por medio del contacto con un

buen amigo, en un taller, o leyendo sobre ello (por ejemplo en este libro)– ¿qué hacemos con ello? ¿Cuántos de nosotros nos entregamos a cultivar la visión hasta que deviene un estilo de vida? A primera vista, una proporción muy pequeña en verdad. No obstante, ninguno de nosotros, habiendo visto esto aunque sólo sea una vez, puede ser nunca por completo el mismo de nuevo. Una buena semilla ha sido sembrada, por regla general tan profundamente que le puede llevar bastante tiempo echar un brote en el pleno mediodía de la consciencia. Lo mismo que las semillas del peral devienen perales, dice Eckhart, así las semillas de Dios devienen Dios. Todas ellas. No hay ninguna semilla de Dios huera. Además, son sembradas en el más fértil de todos los campos –nuestro Terreno de Ser– de modo que ¿cómo podría ni siquiera una de ellas dejar de germinar al fin, y exactamente cuando debe?

Sí, esto es más que la brillante esperanza de nuestro mundo. Es una certidumbre, la segura y única ganadora, la resplandeciente certeza del universo.

Síntesis

«Mientras usted no sepa cómo morir y cómo vivir de nuevo, es sólo un afligido viajero en esta tierra oscura.»

Goethe

¿Está superado ahora ese largo y difícil ascenso, con todas sus múltiples pistas y rutas tanto orientales como occidentales –algo así como los largos viajes a pie o a caballo han sido superados por los veloces coches y aviones–? ¿Era toda esa dedicación y paciente esfuerzo espiritual, ese afán, esas lágrimas, ese quebranto y recuperación de esperanzas, era todo eso una aberración y una pérdida de energía, un malestar del que casi nos hemos recuperado?

¡Por supuesto que no! ¡Todo lo contrario!

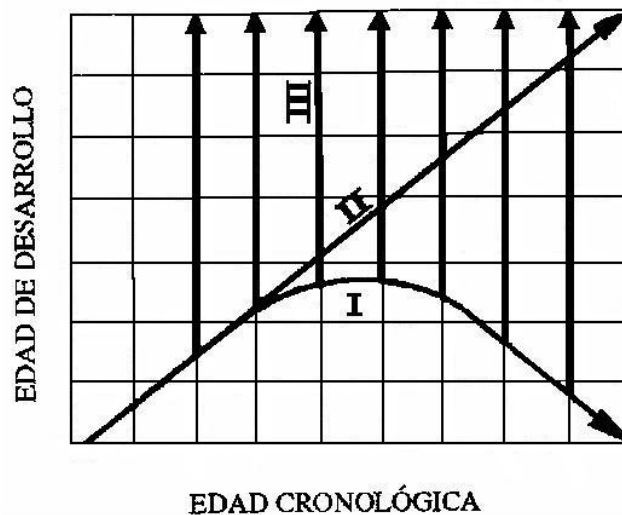
Mientras es verdadero que esta vía de despegue vertical, que este instantáneo ver en mi Naturaleza sin tiempo, es sin-esfuerzo y gratis, es verdadero también que *opera en mi vida solo en la medida en que se trabaja*. El descubrimiento de que yo soy absolutamente perfecto como yo soy –Como YO SOY– tiene que ser actualizado por su paciente redescubrimiento, y redescubrimiento, y redescubrimiento, hasta que todo rastro de artificio y de esfuerzo, todo sentido de logro u obtención, se hayan desvanecido. Hasta que haya devenido el vivir día a día ordinario que siempre ha sido de hecho, el propio estado natural de uno. En otras palabras, a pesar del despegue vertical instantáneo, uno tiene que emprender también esa senda gradual y lenta y ardua. Aunque el progreso a lo largo de esa senda se hace dejándola repetidamente, uno no puede permanecer en el aire. (Uno está a la vez arriba y sujeto a la tierra, y no hay ninguna contradicción. Según el maestro zen Ummon: «Para el hombre en verdad iluminado la sujeción a la ley de causa y efecto, y la libertad de ella, son una única verdad»). No hay ninguna vía libre de zozobra o exenta de trabajos. La cualidad de la propia vida espiritual depende del esfuerzo que uno esté preparado a invertir en ella.

Por otra parte, nadie que ve en su Naturaleza Sin muerte debe asustarse por esta perspectiva de «trabajo duro» quizá durante muchos años. La primera visión de esto, por breve y provisional que sea (en la medida en que podemos hablar de una primera vez) es ya perfecto ver.

Uno no ve con más claridad a medida que pasa el tiempo. Ésta es la única cosa que yo no puedo hacer mal o parcialmente. Toda una vida, un centenar de vidas de práctica no me llevarán ni un centímetro más cerca de LO QUE YO SOY; sólo pueden traerlo cada vez más a mi atención.

Y, me pregunto, ¿es esta vida de ver una vida tan difícil? ¡Sí, y enfáticamente No! De acuerdo a mi larga observación de mí mismo, la vida de no ver resulta mucho, muchísimo más difícil. Después de todo, ¿qué es este ver dentro sino vivir desde la verdad de mi Naturaleza, y qué es esta obstinada ceguera a mi Naturaleza sino vivir desde una mentira (que –en la medida en que puede hacerse y no sólo imaginarse– tiene que ser condenadamente ineficiente)? Cuando uso una herramienta es bueno que observe si es un martillo o una sierra, a menos que esté determinado a dañarme y a arruinar la tarea. Bien, yo soy mi propia herramienta para vivir, de modo que la miro bien mirada, y me cercioro de seguir mirando. La vida es inconmensurablemente más satisfactoria, y a la larga inconmensurablemente menos difícil de esta manera.

La Tercera Parte de esta investigación ha tratado sobre tres maneras de acercarse a la Muerte: Descenso, Ascenso y Despegue Vertical.



Para resumir estos descubrimientos y ponerlos de una forma memorizable, he aquí un gráfico de las rutas cuesta abajo, cuesta arriba y vertical.

Mi triple itinerario incluye:

- (I) El inevitable declive de mi vida a la vejez y a la incapacidad y a la muerte –un proceso que no es tanto para someterse a él como para acogerle–.
- (II) Mi maduración espiritual por la vía «difícil», mi conquista de la muerte y mi ascenso gradual a la Eternidad muriendo continuamente.
- (III) Mi liberación total ya, de la vida y de la muerte y mi reposo en la Eternidad –lo que es para ver sin esfuerzo ahora, cualesquiera que sean mis edades cronológicas y de desarrollo–.

Yo viajo por las tres rutas: La (I) automáticamente, y la (II) practicando la (III).



LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

«Solo viendo-Le, uno trasciende la muerte. No hay ninguna otra vía.»

Svetasvatara Upanishad

«La vida y la muerte pertenecen en igual medida al mundo de las apariencias, mientras que la existencia está más allá de ambas. No hay ninguna necesidad de cruzar al otro mundo; aunque uno continúe viviendo en éste, está ya allí.»

Richard Wilhelm: Lectures on the I Ching

«Nosotros tenemos conocimiento inmediato de la vida eterna.»

Eckhart

«Abandona la vida y el mundo, a fin de que conozcas la vida del mundo.»

Rumi

«Es el que vive, aunque muerto, el que nunca morirá de nuevo.»

Kabir

«El *jñani* (el que conoce) no muere, debido a que jamás ha nacido.»

Nisargadatta Maharaj

«El miedo de la muerte, que es el centro de la psicología del hombre natural, está relacionado con el absurdo menosprecio con el que considera su existencia. Mi existencia no es tocada por la muerte de mi organismo.»

Hubert Benoit

«La muerte es absolutamente libre de daño.»

Comentario de un paciente recuperado del umbral de la muerte



Sobrevivir a la muerte

«El propósito de la vida es ser eterna cada momento. La única inmortalidad real es una inmortalidad que podemos poseer plenamente en esta vida en el tiempo.

La supervivencia personal es irreal o carece de valor. Lo que nosotros necesitamos es profundidad, no duración, de vida.»

Schleiermacher

(I) ¿UNA VIDA DESPUÉS DE LA VIDA PARA CONTINUAR ESTA VIDA?

¿Quién está realmente interesado en la vida eterna? Para casi todos nosotros, al menos la mayor parte del tiempo, la eternidad es un cliché o un término inapropiado para un futuro sin fin. El instinto inmediato de uno es decir: «Yo no estoy interesado en algún inimaginable estado atemporal sino en mi propia existencia continuada después de la muerte».

Pero la primera cuestión debe ser: dejando a un lado las preferencias de uno, ¿cuáles son los hechos? ¿Sobrevive la gente a la muerte, y «pasan a través del velo» para continuar su vida «al otro lado»? ¿Tienen los muertos algún futuro, o no lo tienen?

La evidencia de que al menos algunos de ellos lo tienen es impresionante. Incluye multitud de espíritus –rondones fantasmales descritos por testigos creíbles con muchos detalles circunstanciales– así como comunicaciones que se pretende que vienen de personalidades muertas, las cuales a menudo retienen el estilo y los intereses distintivos del fallecido, incluso sus maneras. Y por supuesto, hay la intuición general y un sentimiento visceral de la humanidad a través de las edades de que la muerte no es el final.

En conjunto, yo estoy reluctamente convencido. ¿Pero convencido de qué? Bien, no de mucho, no de algo que merezca la pena. Y esto por varias razones:

En primer lugar, es dudoso que todos los humanos maduros (y no digamos nada de aquellos que mueren en la infancia), o algunos de los animales más elevados (y no digamos nada de los del tipo más humilde), continúen después de la muerte. Las indicaciones son que solo lo hacen aquellos (tales como las víctimas de la violencia) cuyas vidas, cortadas antes de tiempo, están inacabadas, y quizás otros (tales como los ávidos investigadores psíquicos) que

tienen un poderoso interés en permanecer rondando. ¡Uno no está precisamente ansioso de unirse a ninguno de ambos grupos!

En segundo lugar, es muy dudoso que incluso estos atormentados e inquisitivos supervivientes se mantengan mucho tiempo –durante muchos siglos o milenios– y no digamos nada de «para siempre». El hecho de que las visiones de espíritus sean raras sugiere que los espíritus eventualmente mueren una segunda muerte. ¡Como si con una no fuera bastante!

En tercer lugar, es más que dudoso que *toda* la persona sobreviva ni siquiera un momento. La vida de un espíritu no puede evitar ser opaca y nebulosa, un vacilante parpadeo de la brillante llama de la vida real.

Una *cuarta* razón para mi escepticismo sobre una vida futura para «mí mismo» (quiero decir para el tipo que veo en mi espejo, y que figura en mi certificado de nacimiento y en mi pasaporte) es que tiene muy poco sentido. Es inconcebible que la vida «al otro lado» –no solo rondar miserablemente por algún sombrío cementerio o alguna mansión en ruinas, sino disfrutar de todas las amenidades de un cielo bien provisionado o de la enésima dimensión– pueda ser una continuación real de la vida «de este lado». ¿Continúa el niño fallecido con su educación allí, se hace mayor, deja su escuela para espíritus y encuentra un trabajo para espíritus? ¿Y se hace viejo y muere *de nuevo*? ¿Puede el octogenario elegir volver a los diez años e intentar hacer algo mejor de su adultez? ¿O todos los resucitados se quedan como estaban antes de morir? ¡Dios no lo quiera! Por cierto, hacer tales preguntas es exponer la totalidad del síndrome de la otra vida como en un sueño, y dar peso a mi propia esperanza confiada de que la muerte resolverá y concluirá mi aventura como Douglas E. Harding. ¡Basta ya de este maravilloso pero penoso y desordenado experimento; es suficiente! Incluso *esta* vida como una persona o individuo *separado* es una fantasía –lo cual hace su continuación más allá de la tumba una fantasía sobre otra doblemente irreal–.

Hay que agregar el hecho de que esto representa más una amenaza que una promesa. De aquí el mito de Tithonus, a quien Zeus concedió el don en verdad envenenado de la vida inacabable y que resultó ser una maldición pavorosa. No poder morir –no tener ningún límite prescrito para este sí mismo particular– sería arrebatarse todo su valor. Sin limitación en el tiempo y el espacio, cualquier persona u obra de arte –cualquier cosa que sea– carecería por entero de sentido. Es obvio que el fin de esta vida es tan natural como su comienzo. Lo uno va con lo otro, como el norte con el sur y el sí con el no.

(II) ¿REENCARNACIÓN?

¿Qué hay sobre la consagrada doctrina del karma y del renacimiento, la pretendida «reencarnación» como un ser humano más elevado o como una deidad si uno se ha comportado bien toda su vida, o como humano más bajo o animal más alto si uno se ha comportado mal, o como animal más bajo o demonio si uno se ha comportado fatal? Bien, aunque hay una buena cantidad de evidencias de que algunas gentes recuerdan sus «vidas pasadas» como humanos en gran detalle, no hay nada aquí que no pueda ser adscrito a la clarividencia o a la telepatía – para las cuales sí hay una *gran* cantidad de evidencias–. (De modo que cuando imagino que estoy recordando *mi* experiencia como un centurión romano, lo que estoy haciendo es repescando amplias áreas de *su* experiencia [de él]). Y atestiguando así el hecho de que en lo más profundo todos somos uno. En verdad, el problema de la reencarnación es que no llega lo bastante lejos. Si se me dijera que al final *toda* consciencia es mi consciencia, o que la consciencia es finalmente indivisible, yo no tendría ningún problema con ella. En cuanto a la pretensión de que uno puede recordar sus vidas subhumanas, ¿qué muestra esto sino lo que parece, ensañaciones fútiles? De hecho, este dogma de la reencarnación (aunque en su momento fuera una valiente e ingeniosa tentativa de explicar las injusticias de la vida) para mí no tiene ningún sentido en absoluto. Si he sido tan egoísta y codicioso en esta vida que a la siguiente ronda seré un cerdo, ¿significa eso que retendré algún oscuro recuerdo porcino de haber sido aquel malvado Douglas Harding, y que con sólo que sea ahora un marrano automortificado –y muy flaco en verdad– en el comedero, tendré una posibilidad de subir de nuevo al estatus humano? O, si no es necesario que los *recuerdos* cubran las lagunas entre las reencarnaciones, ¿qué otra cosa puede hacerlo? ¿Y en qué sentido son ellas *mis* reencarnaciones? Millones de personas inteligentes continúan profesando de boquilla este mito consagrado; aunque pocos lo toman con suficiente seriedad como para examinarlo a fondo.

La solución real de tales problemas sobre el pasado y el futuro de uno se encuentra en el presente. Como Ramana Maharshi lo señala, y como nuestras pruebas han confirmado ciertamente, uno no está *encarnado* –la Primera Persona del Singular no está *en* un cuerpo ahora– de modo que, ¿qué es todo este alboroto sobre la *reencarnación*?

(III) LA INMORTALIDAD POR LA FAMA

Aún menos espacio y tiempo merece que se le dedique al tipo de inmortalidad que consiste en la fama. Platón, Shakespeare y Mozart (junto con Iván el Terrible y Hitler) no perecerán por completo mientras haya humanos. (Lo cual no será siempre; la especie, por no decir el planeta, la estrella y la galaxia, son ciertamente mortales). ¿Pero qué tipo de sobrevivida viven estas figuras históricas? Son *inmortales* solo en el sentido *pickwickiano*. ¿Y qué hay de los billones de mortales por entero olvidados? ¿Son –el gran número de los perdedores– un completo desecho?

Sin embargo, hay un sentido en el que la inmortalidad real viene con el renombre; y en el que, además, ambos están disponibles en su plenitud para usted y para mí. El Buda encontró que él mismo era el «Venerado del mundo», y nuestras pruebas nos han equipado para hacer el mismo descubrimiento por y sobre nosotros mismos. Quien yo soy en realidad es celebrado en todo el universo de incontables galaxias siempre y dondequiera que haya seres sencientes que miran dentro. Nuestras pruebas, con sólo mínimos ajustes, permitirían que ET, junto con nosotros, viera el único Nombre y Fama dignos de tenerse –demostrando que nosotros *ya* hemos accedido al más brillante estrellato, al pináculo del prestigio y del esplendor sin tiempo– no uniéndonos a los pseudo-inmortales sino siendo *el* Inmortal. Lo cual debe poner fin a cualquier ansia residual de supervivencia personal en el tiempo, de cualquier tipo que sea.

(IV) UNA VIDA DESPUÉS DE LA VIDA

Entonces, por todas estas razones, encuentro la perspectiva de una vida continuada después de la muerte para Douglas E. Harding absurda e irrealista, y en cualquier caso en absoluto algo que haya de ser deseado.

Pero queda un argumento para la supervivencia personal que ha de ser tomado con más seriedad.

Me refiero a la intuición –de hecho, la insistente demanda– de que (puesto que uno no puede creer que el Universo sea malo en su raíz) las injusticias terribles de esta vida sean resarcidas de alguna manera en la siguiente. ¿Quién no siente a veces que solo las bendiciones y el pleno reconocimiento apropiado, en un cielo u otro, para las bondades inadvertidas y no recompensadas –junto con los castigos merecidos, en algún penoso infierno a propósito, para

la maldad irredenta— quién no siente a veces que solo estas compensaciones podrían reconciliarle a uno con las injusticias de la condición humana? ¿Carece esta vida de todo sentido moral —es decir, es por completo atroz— si no tiene ninguna secuela, si no hay nada que se parezca al Juicio Final, si al mal se le permite salirse con la suya y tener la última palabra?

Bien, nuestra indignación moral —aunque más que justificada— no es el mejor instrumento para ver con claridad los hechos. Peor aún, encubre con una espesa capa de clichés los problemas que plantea, ocultándolos debajo de asunciones emotivas y con facilidad convencionales sobre una responsabilidad que hierva de contradicciones. ¿*Decidieron* con libertad los hombres malos (¡por no hablar de los cerdos!) ser malos, como óvulos seleccionando sus genes y cromosomas, y como bebés seleccionando a sus padres y su medio entorno, a fin de promover su depravada decisión inicial? ¿Dispusieron los hombres buenos similarmente ser buenos? ¿En qué queda nuestra siempre vehemente atribución de alabanzas y de culpas cuando miramos con más cuidado a los sujetos de nuestro juicio? ¿Qué razón tenemos para negar que «saber todo sería perdonar todo»?

Esto no quiere decir, por supuesto, que la maldad humana sea menos mala, ni que la bondad humana sea menos buena. Sino más bien que la solución del enigma siempre punzante y a menudo desgarrador de nuestro manifiesto bien y mal ha de ser encontrada solo en el nivel más profundo de todos, en el lugar de su origen, donde todavía no están diferenciados, en su Fuente todavía no humana. Una vez más, si hay una respuesta a nuestro problema, es ver Quién lo tiene, ahora. Solo restablezcamos nuestra *Identidad*, y todo lo demás se enderezará por sí solo.

Nuestra asunción por completo necesaria, pero provisional, es que nosotros, los humanos, somos otros tantos individuos, entidades o sí mismos separados. Que usted y yo somos sólo nosotros mismos y no también cada uno el otro. Que en consecuencia mi felicidad y sufrimiento, mérito y culpa, son simplemente míos y de propiedad privada, y que de ninguna manera le tocan a usted, ni viceversa. Pero, como hemos notado una y otra vez a través de la precedente investigación, esta asunción tan enormemente simplista no funciona en absoluto. De hecho, es nuestro error o «pecado original» básico, cuya corrección es la verdadera tarea de nuestras vidas. Y es en particular aquí —si ha de resolverse el enigma del bien contra el mal, y del perdón contra el juicio moral— donde es esencial decir al final la verdad. A saber: la verdad de Quién es uno en realidad, la verdad de que hay sólo Uno —un único Ser, Consciencia, Realidad, Fuente, Verdadero Sí mismo de uno, la Unidad Sin tiempo y Eterna— llámelo Él o Ello o Mí mismo, o lo que usted quiera. Y de que han de recomendarse mucho sus descripciones tradicionales como el Eterno Salvador y Redentor del Mundo, el Amor que hace que el

mundo gire, la Compasión Universal que, identificándose a sí misma con lo peor no menos que con lo mejor de los hijos del tiempo, hace que todas esas distinciones carezcan de sentido. Nos guste o no, la culpa compartida y el sufrimiento participado resultan ser hechos crudos, tan pronto como comenzamos a ver lo Sin tiempo más allá del tiempo y sus divisiones. Al final, para llegar a lo Sin muerte tengo que saber en mi corazón que toda la iniquidad y sufrimiento del mundo, así como su bondad y gozo, son por siempre únicamente míos. Al unirse así en Mí (no en Douglas E. Harding por supuesto) ya no son más, ni en un sentido convencional, bien y mal, aceptable e inaceptable. En la Realidad, que es en la Eternidad, todo está bien, nada ha estado nunca mal realmente.

Nada de esto es para creerlo, para confiar en ello sin más, con pasividad. Son solo palabras vacías hasta que se prueban en el momento presente, hasta que las compruebo por mí mismo activamente prestando atención a los hechos dados, y no relegándolos más al futuro.

(V) NINGUNA PERSPECTIVA DE FUTURO: RETORNO A LO SIN TIEMPO

Heme aquí de vuelta a lo sin tiempo. Las inevitables agonías e insensateces inherentes al mundo del tiempo me han devuelto a mis sentidos, y he respondido a la pregunta que me he estado haciendo a lo largo de este capítulo: ¿Estoy yo *en realidad* interesado en realizar lo Sin tiempo, más que en mi existencia continuada después de la muerte? La respuesta es Sí. Y esto por cada una de las razones que he dado, pero por encima de todas, por esta última razón: que solo en y como esta Realidad Sin tiempo que percibo tan claramente en mi centro se resuelven todo el mal y las agonías de mis zonas temporales. Y por lo Sin tiempo yo no entiendo algún núcleo oscuro, místico y difícil de alcanzar del mundo temporal, sino simplemente AHORA, este inescapable momento ordinario, en que el Uno Sin muerte –que no es ningún otro que la Primera Persona del Singular, ahora– se muestra tan llanamente. Como dice Kabir:

«Si tus cadenas no son rotas mientras estás vivo, ¿qué esperanza de liberación hay en la muerte? Es como un sueño vacío, esperar que el alma se unirá con Él solo porque ha dejado el cuerpo. Si Él es encontrado ahora, Él es encontrado entonces: si no, solo irás a morar a la Ciudad de la Muerte.»

La ascunción prácticamente no desafiada que subyace en todas las cuestiones sobre mi mortalidad es que yo soy temporal, un hijo del Tiempo, reñido con sus padres, sumergido en el Tiempo, si no efectivamente condenado a ahogarse en el Tiempo. Yo doy por hecho automáticamente que mi mejor posibilidad, y quizá mi única posibilidad de supervivencia, mientras aún estoy vivo, es salir de alguna manera del Tiempo al sólido terreno de la Eternidad – mediante disciplinas ascéticas, fe ciega, meditación, altruismo, o (¡Dios me ayude!) investigación filosófica– y que sé yo qué más. Heme aquí arrojado en el mar del Tiempo con el agua hasta el cuello y a punto de hundirme, aferrándome a una variedad de cables salvavidas hacia la Eternidad, tan flojos y escurridizos y desgastados que las posibilidades de ser izado a tierra son ciertamente lastimosas. O así lo parece.

¡Qué mal sueño, qué pesada broma! La verdad sobria, despierta, es que yo estoy firmemente asentado, sólido e inmovible, sobre la Roca de la Eternidad, donde ni siquiera la espuma de ese océano puede alcanzarme. No: mucho mejor que eso: Yo *soy* esa Roca. YO SOY LA ETERNIDAD MISMA.

Pero al menos admita (oigo decir a alguien) que ésta es una realización pavorosamente difícil y exaltada, más allá de todo alcance excepto para unas pocas almas dotadas.

¡De nuevo, qué broma! ¡Cómo se puede dejar atrapar uno en una mentira tan transparente! Es ultrajante, inexpresablemente EVIDENTE. Pero yo no puedo pensar en un hecho que sea más llano que éste: que aquí yo soy esta Roca, la estabilidad misma, el Motor Inmóvil del mundo, indestructible, sin tiempo, sin ninguna historia en absoluto, por siempre y siempre y siempre el mismo –y agudamente consciente de todo esto–.

Para probármelo una vez más con dramática intensidad, todo lo que tengo que hacer es (como suelo señalar) subir a mi coche y salir a dar un paseo. ¡Y redescubrir el hecho apabullante de que no hay ningún coche en el mundo que sea capaz de hacer-ME mover! ¡Ni ningún paisaje en el mundo que sea capaz de permanecer quieto –en lugar de deslizarse, y moverse y bambolearse– en mi augusta presencia! Solo tengo que despertar y ver cómo ese «mundo estable» no es más que el inquieto océano del Tiempo, y que este «viajero a través de él» no es más que el Continente de Eternidad contra el que el océano bate en vano. ¡Cuán locamente confundido, cuán letalmente equivocado estaba yo!

«El tiempo, que vigila a todo el mundo, debe tener una parada». ¡Sí, verdaderamente! Se para AQUÍ, en el vigilante. No hay ningún significado en la frase «el tiempo presente». Este momento es sin tiempo, y no hay ningún modo de salir de este momento.

Como ocurre tan a menudo, lo que más necesitamos es lo que es más accesible –y también más resistido–. Inevitablemente –y a ser evitado a toda costa–. Bueno –y demasiado bueno

para ser verdadero—. La Realidad nunca se cansa de restregarnos la nariz con el hecho soberbio de nuestra Naturaleza Atemporal —con poco o ningún efecto. Para ser creíble, para que se tenga en cuenta, esa Naturaleza tiene que ser desnaturalizada, miserabilizada, mezquinizada. Esto no es humildad, sino el orgullo que se niega a inclinarse ante la evidencia que incluso nuestras cámaras —por no hablar de nuestro clamoroso principio de relatividad— nos urgen a aceptar. ¡Para ser una cámara de *imágenes en movimiento* yo debo estar absolutamente inmóvil!

¿Y qué hay sobre usted? ¿Está, también, por siempre QUIETO? ¿Por qué no va a dar un paseo en coche y se cerciora? ¡Destino: La Eternidad!

(No se inquiete, yo le aseguro que el conductor que fantasea que se pone a sí mismo en movimiento, en lugar de al paisaje campestre, no es probable que conduzca mejor —ni tan bien— como el que permanece con los hechos dados).

¡Y pensar que yo contemplaba llamar a este libro «Apertura a la Eternidad»! ¡Intente salir (de ella)!

(VI) NINGUNA PERSPECTIVA FUTURA: LO CONFIRMA LA CIENCIA

Resumiendo las conclusiones a las que hemos llegado en este capítulo, podría decir que yo no tengo prácticamente ninguna posibilidad de sobrevivir a la muerte a la que estoy sujeto de aquí a no mucho: pero no lo necesito o no quiero hacerlo, viendo que de todos modos yo soy eterno.

Dicho así, sin embargo, esta afirmación en apariencia directa no podría ser más desastrosamente extraviadora. Comienza con *un* yo —yo, Douglas (o yo, Claudio, o yo, quienquiera que sea) y acaba con *el Único Yo*— sólo Yo, Sin nombre y Solitario: y no deja constancia en absoluto del cambio. La tarea propia de uno es vivir conscientemente *con* el primero *desde* el segundo, y no confundirlos nunca.

¿Qué dice la ciencia sobre esto?

La conclusión de que uno no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir a la muerte del cuerpo ha sido durante mucho tiempo un lugar científico común: y especialmente de la ciencia que mantenía, en palabras de T. H. Huxley, que «todas las razones llevan a creer que la conciencia es una función de la materia nerviosa, cuando esa materia ha alcanzado un cierto grado de organización».

Aquí hay un error, no obstante. La falacia es que la materia produce de algún modo la consciencia. Ningún científico real lo diría así hoy día. La asunción permitida es que *sabemos* lo que es la materia –a saber: pequeñas esferas de material sólido, esencial, real, que son uniformes de cabo a rabo sobre el modelo de la bola de billar– y que nosotros *no sabemos* lo que es la consciencia, excepto que es una exhalación comparativamente irreal y accidental (por así decir) exudada por la materia cuando está organizada de una manera especial, un efluvio semejante a la fosforescencia que envuelve al pescado echado a perder. De hecho, estas pueriles asunciones son insensateces descabelladas. Yo sé directa y precisamente lo que es la consciencia (aunque no puedo verbalizar mi conocimiento) debido a que es lo que yo soy. Y no tengo ninguna idea de lo que la materia podría ser, suponiendo que exista realmente. (El modelo bola de billar de la molécula o del átomo –que nunca ha sido más que una superstición de todos modos– fue por supuesto crecientemente explotado desde hace un siglo más o menos por Rutherford y todos los demás). La verdad es que intentar explicar o dar por explicada la consciencia como un producto secundario de la materia es mucho menos sensato que intentar explicar una sinfonía como un producto secundario de los movimientos ondulantes de la batuta del director: ¡pues al menos la batuta –a diferencia de la materia, el material básico que subyace a todas las cosas– no es imaginaria sino que está ahí a la vista de todos!

Sin embargo, lo mismo que el comportamiento de la batuta está íntimamente ligado con la ejecución musical, así también hay cambios en mi cerebro que acompañan a los cambios en mi mente. Aunque mis procesos cerebrales no son la causa raíz de mis procesos mentales, ciertamente van a la par con ellos. Y tengo razones para asumir que cuando mi cerebro se desintegre, mi mente le seguirá. Todas las indicaciones son que el Douglas Harding mental no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir al Douglas Harding físico, que yo no puedo esperar ninguna existencia futura como él. No hay que sorprenderse de que, al comienzo de este capítulo yo no pudiera encontrar ningún sentido –ni encontrarme a mí mismo en peligro de encontrarlo– a una extensión *postmortem* real de esta vida, a una segunda oportunidad. Una vez más, la lección es clara: es imperativo saborearla enteramente.

(VII) PANTALLA SIN TIEMPO, PROGRAMAS TEMPORALES

No obstante, esto está lejos de ser toda la verdad y la conclusión del asunto. Hay más que decir –algo que, para esta investigación, es supremamente importante– y es sobre la distinción fundamental entre «mi mente» en el sentido de sus *contenidos* y «mi Mente» en el sentido de

su *Contenedor*. Es decir, entre esta Consciencia misma, y aquello de lo que en este momento le acontece ser consciente; entre la Pantalla sin cambio y sin características (aunque indispensable) que es común a los programas siempre cambiantes que se exhiben en ella, y esos programas mismos –dramas que, por muy violentos que sean, jamás logran empañar la Pantalla en el más mínimo grado, por no decir nada de desgarrarla o de agujerearla, o de echarla abajo.

Una vez más todo vuelve a la pregunta: *¿Quién está preguntando?* Prácticamente a todo lo largo de esta indagación mi único interés ha sido establecer mi Identidad verdadera y permanente y distinguirla tajantemente de todas esas identificaciones falsas o parciales y pasajeras con las que me había confundido enteramente y a las que me había aferrado completamente. Las pruebas han mostrado que mi verdadera Identidad no es más que esa Única Consciencia cuyo nombre es YO SOY (en oposición a «yo soy esto, o eso, o lo otro»), esa Llانةza (en los dos significados de la palabra) que es perfectamente simple e indiferenciada y desnuda (y por esas mismas razones indudable), esa Nada que sin embargo (debido justamente a que en todos los respectos contrasta con las cosas, está tan vacía *de* ellas que es vacío *para* ellas) *es* todas las cosas, e inconcebiblemente rica. Ahora el problema es: *¿cómo cuadran estos tremendos descubrimientos previos con los humildes descubrimientos presentes sobre el lazo entre el cerebro y la mente?*

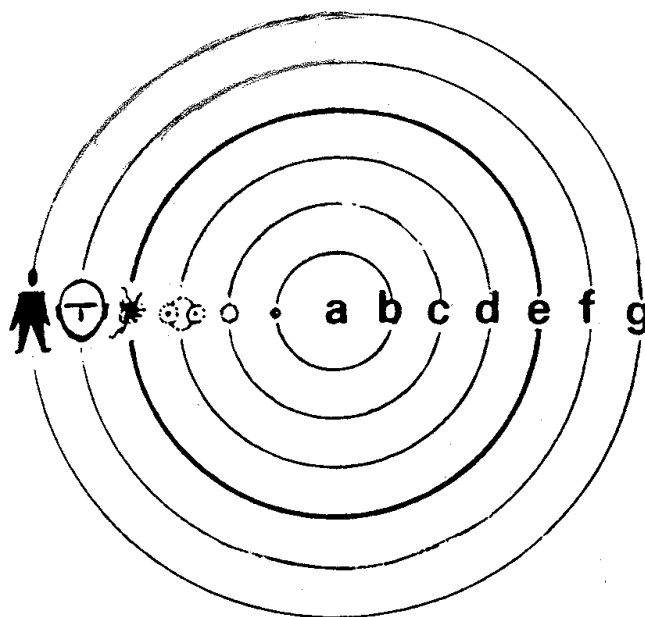
Cuadran perfectamente. *Pero por supuesto*, ninguna de esas experiencias particulares en el tiempo –ninguna parte de ese largo desfile de sensaciones, percepciones, pensamientos y sentimientos que están tan íntimamente ligados a los procesos del cerebro de Douglas E. Harding y que son tan peculiares a él que le constituyen en lo que él es– *por supuesto* ninguna parte de éstos sobrevivirá a ese cerebro. Él es un hombre mortal, y todas las pretensiones de lo contrario son tan irrealistas como vanas. Yo soy eterno no como él, no como humano. Yo *soy* el Contenedor o la Pantalla sin cambio, y *tengo* lo que viene y va en Él o sobre Él –incluyendo todos esos acontecimientos humanos–. O mejor: en mi nivel más superficial yo represento el papel de ser Douglas Harding, mientras que en mi nivel más profundo yo soy el Actor, y ni la conducta ni la conclusión de ese papel pasajero tiene el más mínimo efecto en Mí.

(VIII) EL CENTRO SIN TIEMPO DE TODAS LAS ZONAS TEMPORALES

Esta confiada afirmación deviene más significativa y precisa tan pronto como me acuerdo de la localización del cerebro en relación a esta Consciencia Central –a este Contenedor o Pantalla– que es absolutamente independiente de él. *¿Dónde tengo yo ese cerebro? ¿En qué*

punto de su viaje aquí mi observador que se acerca (Cap. 4) –o, digamos, el neurocirujano que está operando en mi cerebro– en qué punto se encuentra con el cerebro?

¿Exactamente dónde tiene que colocarse a fin de exponer por trepanación y de ver claramente ese terreno arrugado que es su campo? La respuesta difícilmente podría ser más clara o más crítica para el éxito de la operación: a saber, justamente a tantos centímetros y milímetros de *aquí* (a), del punto de contacto efectivo, de Mí. Un poco más lejos, y ese tejido cerebral ya no está presente; un poco más cerca, y es dejado atrás.



Él tiene que colocarse donde el cerebro se muestra claramente en (e), mucho más cerca que donde se encuentra la totalidad del hombre (en g) o sólo la cabeza (en f); pero no tan cerca como (d) donde podría aparecer una neurona individual, o como (c) o (b) donde podría aparecer una molécula; y ciertamente no en (a), esta Realidad o Noúmeno de la que proceden todos estos fenómenos, y de la que todos ellos son apariencias. Aquí, justamente donde YO SOY, él no tiene ningún tiempo ni ningún sitio para trabajar, ni queda nada sobre lo que él pueda trabajar. Mientras su operación en el tiempo afecta a todas mis apariencias regionales, jamás puede llegar a Mí, ahora.

Tal es, en líneas generales, mi verdadera constitución, la manera en que estoy efectivamente construido y como efectivamente funciono. Este nido de círculos concéntricos –este modelo de cebolla o mandala– es mi diseño, como se revela, no al observador perezoso que se contenta con su visión superficial, sino al observador móvil que profundiza en las cosas. No satisfecho con una impresión circunferencial y de un solo nivel, que es una mera lámina o

capa de cebolla de mi estructura y de mi funcionamiento en profundidad, continúa en ambos sentidos y acoge en su realidad radial y de múltiples niveles, la totalidad de la jerarquía¹².

Y tengo todas las razones para inferir que tal es la arquitectura básica, la modelización concéntrica y el «funcionamiento» radial de todos los seres sencientes. De usted, mi querido lector, para comenzar, y del resto de nuestra especie. Y también, estoy persuadido de ello, de todos los seres que van desde la más minúscula de las partículas hasta el cosmos entero mismo. En el Centro de cada uno está esta Perfección, este Único Vacío, esta Transparencia, Simplicidad, Luz (sin nombre, ella tiene cientos de nombres) que no tiene nada suyo propio para dividirlo en muchos. Y éste es el Único Vacío que en este mismo instante estoy viendo— Me a mí mismo ser justamente aquí, Vacío que une, incluye, y es ese mismo Vacío que es central a cada una de las entidades que constituyen a Douglas E. Harding, y de las cuales él es parte. En otras palabras, esta Claridad que veo aquí y ahora (con o sin la ayuda de este dedo que apunta dentro) es la de cada una de mis células, moléculas, átomos y partículas constitutivas, así como la de mi planeta, y estrella y galaxia y Universo —no menos que la de Douglas E. Harding—. Como esta Claridad o Vacío, yo abarco la jerarquía entera a través del tiempo, y YO SOY el Origen y Centro sin tiempo y sin cambio de todas esas cosas temporales y cambiantes. No sólo el cerebro de Douglas E. Harding nace y muere, sino que cada parte de él nace y muere. Yo no nazco ni muero.

(IX) RETROSPECTIVA

Es suficiente para el presente y el futuro de esta consciencia mía. Queda agregar algo sobre su pasado. Ambos van a la par. La cuestión de mi muerte no puede ser separada de la cuestión de mi nacimiento, la cuestión de mi destino de la cuestión de mi origen.

El punto de vista, corriente, pseudo-científico —apenas puesto en duda nunca— es que mi consciencia, junto con mi cerebro, es el producto final de un desarrollo evolutivo muy largo. La historia familiar —recapitulada en la matriz— es la de una simple célula, después un grupo de células con forma de fresa, seguido por criaturas que son por turno como un gusano, como un pez, como un reptil, como un mamífero, como un simio, como un humano, y solo entonces plenamente consciente a la manera humana. Cuanto más primitiva y ancestral es la forma tanto más rudimentaria es su consciencia; de hecho —dicen— es cuestionable que alguna consciencia

¹² Mi *Hierarchy of Heaven & Earth, a New Diagram of Man in the Universe* (Gainesville, University of Florida Press, 1979) elabora esta imagen semejante a un mandala de la propia naturaleza fenoménica de uno, con su Naturaleza Noumenal en su centro.

cia del tipo que sea haya existido hasta muy recientemente –tanto en la filogenia o la evolución de las especies, como en la ontogenia o el desarrollo del embrión y del feto–. Tal es la doctrina aceptada, y tan dada por supuesta, que pocos sienten la necesidad de desarrollarla, y mucho menos de completarla. La asunción tácita es que, en algún punto no especificado (y por supuesto indescubrible) de la historia cósmica, la consciencia surgió –accidentalmente, incidentalmente, mágicamente– como una tenue radiación o el más sutil de los gases, de la materia inconsciente: algo así como se asume que mi consciencia particular está surgiendo ahora de la materia de mi cerebro, lo mismo que las «nubes de pensamientos» surgen de las cabezas de las gentes en los tebeos. Este par de asunciones son dos mitades de un todo, de la base no examinada sobre la que nosotros los modernos nos apoyamos, el fundamento sobre el que levantamos nuestro imponente esquema de las cosas, nuestra vida y a nosotros mismos.

¡Qué arenas movedizas tenemos aquí por fundamento, cuán incientífica y «mística» y ciertamente presuntuosa y fatua es esta pseudo-teoría del origen de la consciencia! Y cuánto más seguro y sensato es el punto de vista de que nosotros los humanos no somos tan excepcionales como todo eso pretende, que nuestra Naturaleza propia es una muestra de la Naturaleza universal, que nosotros somos la clave para todo lo demás, que el Vacío o la Clara Luz que es nuestra Consciencia más íntima y sin tiempo (aunque abarca todos los tiempos) es el Único Vacío Indivisible que es la realidad o la historia interior de todos los seres en todo tiempo y espacio –independientemente de cuán humilde sea su estatus cósmico y de cuán limitado sea su horizonte–. En el Centro, cada uno de ellos es siempre sin muerte.

Desde el comienzo, la historia interior –la sustancia y la realidad– de todas las cosas, desde la más «inerte» y primitiva a la más «viva» y avanzada, ha sido esta misma Nada, esta No-historia, este Vacío Consciente que es el Receptáculo y la Fuente de todas las cosas. (¡El único acontecimiento reciente en la escena evolutiva es la noción de que la consciencia es un acontecimiento reciente!) Lo que ha acontecido es que todas las edades han mostrado, y continuarán mostrando su inagotable potencialidad. De aquí el maravilloso y bello drama de la evolución orgánica revelado por Darwin y sus sucesores.

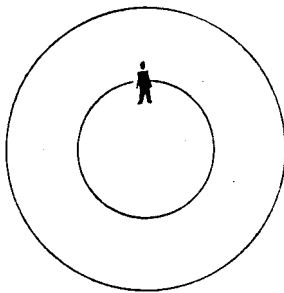
Una vez más, todo se aclara directamente cuando distinguimos entre los dos significados enteramente divergentes ocultos en el término *mente* o *consciencia* –entre la enmarañada masa de experiencias siempre cambiantes distribuidas a todo lo largo del tiempo por una parte, y su Experimentador único, sin cambio, simple y sin tiempo por otra–. Yo tengo el primero, YO SOY el segundo. Y lo mismo que YO SOY AQUÍ explota para acoger a todo lo que hay ahí –tanto el norte como el sur, tanto arriba como abajo– así también YO SOY AHORA explota

para acoger todo lo que es entonces –tanto el pasado como el futuro, tanto las primeras páginas de la historia del mundo como las últimas–.

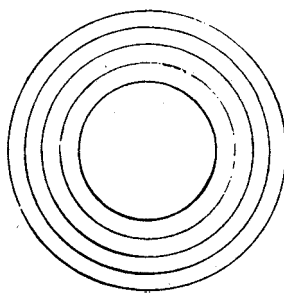
(X) EL PERECEDOR IMPERECEDERO

Sin embargo, esta explosión de consciencia desde mi Centro es impotente para perturbar, y mucho menos para demoler, ni una sola de las incontables evidencias de mi mortalidad que me rodean. Por el contrario, ilumina sobremanera el hecho de que todo lo que me compone, de que todo lo mío, es impermanente –o está condenado a morir o está muriendo o está muerto–.

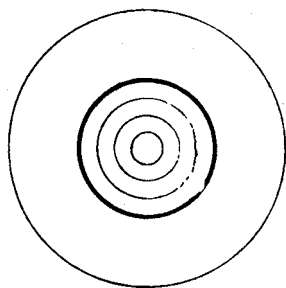
Permítaseme recordar acerca de quién estoy hablando. ¿Qué es este “mí” que vive y muere? Al comienzo de esta investigación me encontré a mí mismo sorprendentemente elástico, ajustable a cada ocasión según surge. Yo adopto una variedad de tamaños y de envolturas. En particular:



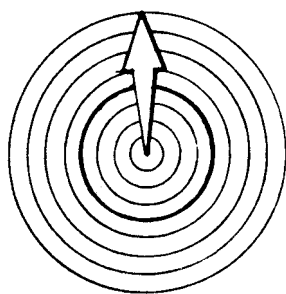
(I) Está la versión de mí mismo ordinaria, de cada día: ése cuya descripción y retrato figuran en mi pasaporte, el que me mira fijamente sin pestañear desde los espejos, el que las demás gentes y sus cámaras captan a un metro o dos de aquí. Como mucho, doy a esta incorporación humana mía unos pocos años más.



(II) Más allá de ella están los aspectos de mí mismo progresivamente más remotos y más inclusivos –tales como mi casa, mi país, mi especie, mi planeta–. Aunque estas incorporaciones suprahumanas extienden mi vida más allá de la tumba, es solo por un tiempo. Ni siquiera mi estrella y mi galaxia pueden retrasar el mal día. Incluso mi cuerpo-universo perece. Lo que comenzó acabará.



(III) Y entonces están esas incorporaciones infrahumanas mucho más cercanas, menos inclusivas, que son la forma que tomo bajo una inspección cada vez más próxima, y que son tan vitales para mí como todas las demás. Ellas son también llamativamente mortales. Yo no sé cuántas de mis células han muerto desde que comencé a escribir esta frase. En cuanto a cada uno de mis átomos, una órbita de sus electrones marca su ciclo vital inimaginablemente breve.



(IV) Finalmente, está el Registrador Central de todos estos nacimientos y muertes; alias el Supervisor y Cartógrafo Sin tiempo de ese mundo del tiempo, con sus múltiples graduaciones de perspectiva, distancia y longevidad; alias la Primera Persona del Singular que, desnuda de toda cosa mortal suya propia, es capaz de acoger todas las del cosmos tercera-persona; alias el Eje inmóvil de la Rueda de la Vida y de la Muerte, incluyendo todas sus ruedas concéntricas.

Para resumir, entonces: por una parte, como en (IV), como este «metafísico» Ser Desnudo o Nada-sino-Consciencia aquí en mi Centro, yo soy sin cambio, sin tiempo, sin muerte. Por otra, como en (I), (II) y (III), tan ricamente vestido, tan impresionantemente corporizado y lleno hasta rebosar de todos esos órdenes de cosas «físicas» ahí en mi periferia, yo soy temporal, siempre pereciendo y reviviendo, siempre cambiante –inexorable, pavorosamente–. Uno se sobrecoge de admiración ante este dinamismo pasmoso, inagotable. [Prueba (VII), pág. 38, «Despedir la mortalidad», me muestra todo esto claramente].

Encuentro que no tiene ningún sentido calificar a uno de estos dos –ya sea el Centro o ya sea la Periferia– como *real* y al otro como *irreal*: o bien como algo menos real y fundamental, menos verdaderamente MÍ MISMO, uno más que el otro. No sé sobre qué bases podría hacerse este juicio, o cómo podría verificarse, o qué podría significar.

Y veo que tiene poco sentido, también, decir que uno de ellos *depende* del otro. Que mi consciencia no-física aquí tiene ese mundo físico por base. O, viceversa, que ese mundo es un accidente –un juego o proyección casual e innecesario– de esta Consciencia que es aquí en su corazón. Ellos son de una sola pieza, se presentan juntos y no se sirven por separado. No comprendo o creo esto, lo veo. Por ejemplo, YO VEO, ahora mismo, que este Vacío aquí *es* –más que contener– estas formas y estos colores, esta página y estas manos.

En otras palabras, como insiste el zen, la forma es vacío y el vacío es forma, el Nirvana no es más que el Samsara, el Loto de la Iluminación es uno con la Ciénaga de la Ilusión que es su hábitat. Siempre que exalto uno de ellos a expensas del otro, tengo problemas, y mi enemigo la Muerte se apodera de mí –Dios es nulo sin su mundo y su mundo es nulo sin Él–. Pero cuando percibo –cuando vivo conscientemente– su unidad absoluta, abrazo a la Muerte como a mi amigo. Como dice el proverbio, incluso para Dios –especialmente para Dios– hay *siempre algo*. La verdad solemne pero regocijante es que Él no puede prescindir de la menor cosa. Pero eso es decirlo demasiado blandamente. Walt Whitman lo dice mejor:

Extraña y difícil la paradoja verdadera que doy,
los objetos groseros y el alma invisible son uno.

El mundo después de la muerte

«No imagines que la resurrección es una ilusión. No es una ilusión, es la verdad. La resurrección es la revelación de lo que es, la transformación de las cosas, una transición a lo nuevo.

¿Por qué no te ves a ti mismo como resucitado ya?»

Tratado sobre la Resurrección (siglo III)

¿Cómo es, entonces, la vida «al otro lado»?

Yo no sé *cómo* es. ¡Sé exactamente qué *es*!

Al mirar dentro ahora y no encontrar aquí ningún rastro de vida, sino solo un Vacío sin la menor mota de polvo, yo no podría estar más muerto. Sin embargo, al mirar de nuevo, veo que yo no podría estar más lleno de vida. Este Espacio es todo excepto vacío. Vacío de toda vida mía propia, estoy al mismo tiempo lleno de la de los demás, del mundo. ¿Qué podría ser esto sino la verdadera vida de resurrección? ¡Todo esto —esta escena inmensamente rica, plena de colorido, plena de sonido, plena de aconteceres, siempre cambiante, siempre nueva e impredecible, toda esta escena ante mí, justamente como ella es— ESTO es la vida después de la muerte! Lo que se pretendía tan misterioso y oscuro, lo que parecía oculto «más allá del velo», de hecho estaba oculto solo por su excesiva evidencia. ¡*Esto* es! Esto es lo que es ser *postmortem*.

No estoy hablando de mi supervivencia, de mi paso indemne a través de la muerte para retomar mi vida de nuevo desde donde acabó.

No. No hay ningún porteador, ningún transbordador para cruzar el río de la Muerte, y no puede ser cruzado a nado. Y estoy anegado, ahogado. Esta vida en la otra orilla es una vida enteramente nueva, una vida celestial.

Dos preguntas insisten en ser formuladas aquí:

(a) ¿Es esto *realmente* lo que es ser *postmortem*, la verdadera vida después de la muerte y la residencia en el Cielo mismo? ¿O es lo que la mayoría de la gente querría que fuera, sólo

una manera de vivir la propia vida de uno a la luz de su final, y en modo alguno una total inmersión en la muerte y un paso al otro lado? ¿No es ésta de hecho una «muerte» y «resurrección» que es demasiado fácil para ser verdadera? ¿No es más una figura de lenguaje que la cosa real?

- (b) La segunda pregunta es: Si ésta es verdaderamente la cosa real, la verdadera vida *después* de la muerte, ¿qué hay en ella que sea tan diferente de la vida *antes* de la muerte, tan especial, tan celestial? Aunque yo veo algunas diferencias destacables –algunas mejoras radicales respecto a la vieja vida de antes de la muerte– no quiero quitarme de encima enteramente la sensación de que aquí se trata de dos maneras de hablar y de comportarse y no de dos reinos del ser, separados por la muerte. En otras palabras, necesitaré que se me persuada de que el mero giro de 180° de la flecha de mi atención, desde directamente fuera a directamente dentro, es suficiente para despacharme instantáneamente de una vida a la otra. El arma no parece tan letal.

Este capítulo trata de estas dos preguntas. En algunos lugares, por razones de brevedad y de claridad, parecerá como si yo le estuviera hablando a usted sobre usted. De hecho, le estoy hablando de mí, en caso de que nosotros resultemos ser iguales. No puedo insistir en ello demasiado a menudo: usted es la única autoridad sobre lo que es ser usted. Nadie más está en situación de decirlo.

En primer lugar, entonces, esta pregunta: ¿es lo que yo llamo mi experiencia de muerte presente –a saber, mi ver ahora mismo que ni una minúscula mota de mí sobrevive justamente aquí– es esto comparable con mi muerte en el sentido ordinario? ¿Tan drástica, tan profunda, tan real como esa otra muerte, exteriormente manifiesta y pública que me espera en un futuro próximo?

Espere y vea, es la respuesta obvia. Pero mientras tanto, tengo una gran variedad de claves cuando comparo esta experiencia mía de muerte presente con la riqueza de informes de experiencias cercana a la muerte, de personas que han estado al borde de ella (o tan cerca del borde que han sido declarados clínicamente muertos) pero que sin embargo han vuelto para contar su historia. Y ésta es tan coherente que no puede ser desechada como un sueño o un montaje, y como no arrojando ninguna luz en absoluto sobre la naturaleza de la muerte. Y si en su conjunto esta historia concuerda con la mía –la experiencia cercana a la muerte con la experiencia de muerte presente– entonces apoya mi conclusión de que la muerte que yo tengo delibera-

damente ahora es al menos tan drástica, profunda y real como la muerte que pronto estaré obligado a tener.

He aquí cinco áreas de acuerdo entre la experiencia de muerte presente y la experiencia cercana a la Muerte: no libre de diferencias, es cierto, pero aún así altamente significativo¹³. De hecho, encontraremos que las diferencias son también reveladoras.

(I) *La experiencia de muerte presente, como la experiencia cercana a la muerte, es esencialmente una experiencia fuera del cuerpo.* Ambas incluyen mirar al cuerpo desde una distancia. Es cierto que es un cuerpo con cabeza el que se ve normalmente en la experiencia cercana a la muerte, y un cuerpo sin cabeza el que se ve en la experiencia de muerte presente. (Confirmando esto último ahora mismo, cuando miro abajo a este tronco y a estos miembros). Pero incluso esta distinción cesa de ser válida cuando miro ahí en lugar de aquí abajo, a Douglas Harding en ese espejo de tamaño completo: ahí, él tiene cabeza como todos los demás que le rodean, y ciertamente yo no estoy más *dentro* de él que dentro de ellos.

Merece destacarse que los Veedores –en particular los que siguen la gran tradición del Vedanta Advaita– han enseñado que la Auto-realización es esencialmente el descubrimiento de que yo no *soy* el cuerpo ni tampoco estoy *en* el cuerpo. Al contrario, el cuerpo está en mí.

(II) *La experiencia de muerte presente es esencialmente una experiencia de lo sin tiempo; y así también lo es la experiencia cercana a la muerte* –a veces, en algún sentido, en algún grado–. Típicamente, en la experiencia cercana a la muerte, el tiempo corre muy lentamente o parece casi detenido; o en otro caso corre tan rápido que toda la vida de uno es vista en pocos momentos. La experiencia de muerte cercana se acerca a lo Sin tiempo, la experiencia de muerte presente se sumerge directamente en Ello. Es visión directa en la región donde no acontece nada que necesite el tiempo o que registre el tiempo, en las profundidades de esta Consciencia Sin tiempo de la que el mundo temporal fluye incesantemente.

(III) *La experiencia de muerte presente es Omnisciente. También lo es la experiencia cercana a la muerte* –hasta el punto de que incluye un sentido de llegar al corazón de las cosas, de ser introducido de algún modo en los secretos del universo: no tanto un acopio de información sobre las cosas (que uno reúne) como una sensación de que las cosas no

¹³ Estoy especialmente endeudado aquí a *Life After Life* de R. A. Moody (1975) y a *Reflections on Life After Life* de R. A. Moody (1977), New York. Bantam Books.

son problemáticas y de que son como deben ser—. La experiencia de muerte presente, por otra parte, es mucho menos un sentir que un ver, ver con suma claridad y certeza y precisión en la propia Naturaleza Vacía de uno que es también la Naturaleza de todos los seres: de modo que no hay nada en el mundo, pasado o presente o futuro, familiar o infamiliar, que no sea conocido perfectamente, como es *en realidad*. Lo que cada uno es *en apariencia* se revela cuando se requiere. Querer saber más que esto, no sería conocimiento sino un perturbador hacinamiento de saberes, de hecho un fardo imposible y fútil que sería mucho más una suerte de ignorancia que de conocimiento. (Por ejemplo, yo no tengo ninguna necesidad de saber cómo es usted, mi querido lector, pero necesito saber qué es usted. Y lo descubro mirando justamente aquí, donde yo soy usted).

- (IV) *Tanto la experiencia de muerte presente como la experiencia cercana a la muerte comienzan comúnmente con un viaje hacia la Luz*. En la experiencia cercana a la muerte uno puede tener la sensación de ir a través de un túnel («un túnel de círculos concéntricos» de acuerdo con un informe¹⁴ —moviéndose, al parecer, rápidamente hacia fuera, a un lugar distante. En la experiencia de muerte presente, por otro lado, el viaje es un rápido movimiento hacia dentro, a través de círculos concéntricos, desde un lugar distante al Centro mismo del ser de uno, un retorno a casa, un final a la propia Auto-alienación y excentricidad de uno. (Véase, por ejemplo, el Capítulo 10, págs. 46-51 y las pruebas (I) y (VII), págs. 31, 38).

(En cuanto a la luz misma, dudo que la experimentada en muchas experiencias cercanas a la muerte tenga mucho que ver con la Luz experimentada en la experiencia de muerte presente por los Veedores. Concedido que, de todas las metáforas aplicadas a la Consciencia que es nuestra Verdadera Naturaleza, la *Luz* es la favorita y la mejor; pero es también la peor. La peor debido a que fomenta la confusión de esa naturaleza con la sensación de luz —luz física para la que se pretende un estatuto metafísico: a saber, cuanto más brillante es el fotismo tanto más exaltado es espiritualmente. La Consciencia, que todos nosotros conocemos debido a que la *somos*, no necesita y no es capaz de traslación a ninguna parte de lo que ella es consciente, y ciertamente no es susceptible de ser medida en vatios o en bujías. Ella no tiene ningún análogo. Decir que es de un orden exclusivo suyo es ciertamente quedarse corto).

- (V) *Pueden encontrarse también muchos paralelos entre la experiencia cercana a la muerte y la experiencia de muerte presente*. No me estoy refiriendo ahora a las experiencias

¹⁴ Moody, *Life After Life*, pág. 36.

contadas (al parecer) prácticamente por todos los que vuelven del borde de la muerte, sino solo por algunos. Incluyen una sensación de «no peso», «un sentido de expansión sin límites», «una enorme vastedad de nada», «una tremenda paz y unidad», «un sentido de estar en el centro de todas las cosas» y «una capacidad para adoptar un punto de vista desinteresado sobre los seres amados sin sentirse culpable». Margo Grey escribe:

«Muchos encuestados sentían que la luz era... el precursor de buenas nuevas, el «mensajero de gozo», que proclamaba el final para el tiempo de la oscuridad y que ofrecía la promesa del amanecer de una nueva vida. Desde este punto en adelante, la luz ya no servía más como guía ni envolvía al experimentador en un brillo cálido y radiante. Ahora iluminaba el «mundo interior», como se percibe a través de las puertas de la muerte, y se comprendía que era la fuente de la que brota toda vida y todo amor.»

La mayoría de los Veedores, creo, confirmarían que todo esto –en algún grado y en un momento u otro– podría ser la descripción de su propia experiencia.

Esta quintuple lista, aunque en modo alguno exhaustiva, de las similitudes entre la experiencia de muerte presente y la experiencia cercana a la muerte servirá para mi propósito, que no es otro que indicar hasta qué punto la experiencia de ser impelido, por accidente o enfermedad, hasta el borde mismo de la muerte, se asemeja a la experiencia de escoger ir ahí en un tiempo de ninguna crisis o emergencia, y de dejarse llevar sobre el borde dentro del Abismo mismo.

Para resumir, pues, podríamos describir la experiencia cercana a la muerte y la experiencia de muerte presente como operaciones diversas, pero relacionadas, de esa Pasmosa Gracia a la que nos referíamos antes. Hay que poner en el crédito de la primera el hecho de que es esencialmente eufórica, mientras que la segunda es esencialmente neutral, llana, acompañada sólo en ocasiones por delicias místicas. Por otra parte, junto con estas indudables coincidencias hay al menos cinco diferencias: (1) La experiencia cercana a la muerte es una «gracia» que normalmente se concede solo una vez, al final de la vida, mientras que la experiencia de muerte presente se concede tan a menudo en la vida como uno necesita y la busca; (2) la experiencia cercana a la muerte es típicamente una visión de una Luz o Realidad exterior, mientras que la experiencia de muerte presente invariablemente interioriza (o más bien *es*) Lo Que ella ve; (3) la Experiencia cercana a la muerte abarca una secuencia de eventos en el tiempo

mientras que la experiencia de muerte presente abarca lo Sin tiempo, lo Eterno; (4) la Experiencia cercana a la muerte normalmente deja la cuestión de la identidad última de uno más o menos sin resolver mientras que la experiencia de muerte presente no deja ninguna duda sobre ella, y (5) la experiencia cercana a la muerte normalmente deja la cuestión conexas del destino último de uno más o menos sin resolver, mientras que la experiencia de muerte presente lo resuelve de una vez por todas: finalmente revela el engaño de la Muerte.

¿Gracia Pasmosa? Bien, inmediatamente después de escribir la sección precedente, me aconteció hablar con mi amiga Sarah Naegle. Me dijo algo de ella de lo que yo no sabía nada: que en 1968 después de una operación de pulmón que duró cuatro horas, se encontró flotando cerca del techo de la habitación de recuperación y mirando abajo a su cuerpo y a las enfermeras que la atendían. Fue, decía Sarah, una experiencia agradable y enteramente sin dolor. *Pero era pálida comparada con la experiencia fuera-del-cuerpo que goza ahora, cuando gira la flecha de su atención 180° y ve en las profundidades más hondas de su Naturaleza sin muerte.*

Así pues, en lo que concierne a mi primera pregunta: ¿es esta experiencia de muerte presente, esta «muerte y resurrección» ahora por el simple ver dentro, la cosa real, la muerte real, la resurrección real, la ida al Cielo real? La respuesta es SÍ. La experiencia cercana a la muerte llama a las puertas del Cielo y echa un vistazo dentro. La experiencia de muerte presente entra.

Y ahora, a la segunda de las dos preguntas de este capítulo: si la experiencia de muerte presente me lleva al instante a la verdadera vida *después* de la muerte, ¿qué hay en ella que sea tan diferente de la vida *antes* de la muerte, tan especial, tan celestial? A primera vista, nada; en realidad, todo. Ampliando esa respuesta, el resto de este capítulo está dedicado a explorar la singularidad real y la realidad única del Cielo.

El Reino del Cielo es un país real con una localización precisa –exactamente a 180° (no a 175° o 185°) de la dirección en la que usted mira ahora–. De hecho, es muchísimo más real que la Tierra. Aunque muy semejante a la Tierra en todos los aspectos, es lo opuesto mismo. Todo en el lugar es raro. (¿O es la Tierra la que es rara, y el Cielo normal?) Para colmo, usted no podría ser mejor bienvenido allí, pero el requerimiento para la residencia *permanente* (a saber, el ver dentro sostenido) es tal que muy pocos cumplen con él.

Después de consignar las reglas de entrada al Cielo, exploraremos una relación de nueve ámbitos en los que la vida *allí* es muy especial en verdad. El propósito es recordarnos a nosotros mismos cómo entrar allí, qué buscar cuando estamos allí, y cómo adaptarse y establecerse

y gozarlo todo. Recordar es la palabra, no tanto descubrir como *re*-descubrir. Usted y yo hemos estado allí antes, hace mucho tiempo.

Para que se le permita volver usted debe haber muerto: muerto la más profunda de las muertes, totalmente hasta la completa aniquilación. (Con esto, nuevamente, no quiero decir que deba creer o comprender o sentir que no queda nada de usted mismo donde usted está, sino *ver-lo* vívidamente y a voluntad, poniendo así el asunto más allá de toda duda). Ésta es la regla inflexible. A usted le está prohibido llevar consigo ni un ápice de lo que le pertenecía en la Tierra. Empezando por el comienzo y deviniendo como un niño pequeño, en el Cielo ve lo que ve en lugar de lo que se le ha enseñado a ver; es humilde frente a la evidencia, ve realmente. En la Tierra aprendió a despreciar y a odiar lo evidente: aquí, lo atesora. Pues la evidencia resplandeciente es la luz misma del Cielo, su marca registrada, su tema musical, su gozo¹⁵. Todo lo que tiene que hacer para entrar en este lugar es devenir tan simple como Dios. Brillante, sabia, absurda, resueltamente *inocente*. ¡No es una tarea fácil! Pero la recompensa es que encontrará aquí el deseo de su corazón.

La siguiente selección de las atracciones y características especiales del Reino del Cielo (podría llamarlo una cornucopia de los frutos de la sumisión a lo evidente) está lejos de ser completa. De hecho, esos frutos son inacabablemente variados y abundantes y siempre en sazón. Puede cosechar más en abundancia por usted mismo.

(I) EN EL REINO DEL CIELO USTED ESTÁ AL REVÉS

Merece la pena comenzar con este hecho en sí mismo trivial por tres razones completamente diferentes. Mantiene nuestra promesa de un Cielo que –muy lejos de parecerse a un solemne y predecible y agonizantemente aburrido servicio clerical– está lleno de descubrimientos y de entretenimiento, un avance en la precisión en lugar de un abandono a la vaguedad sagrada: pues la broma es que el Cielo está más a ras de tierra que la Tierra. Apunta dramáticamente al principio de que en todos los aspectos el Cielo es el revés, lo opuesto de la Tierra. Y sirve para mostrar cuán difícil es ver lo que se muestra llanamente, cuán ciego a lo evidente es normalmente el presunto inmigrante a este lugar.

Aquí se requiere una prueba. Si usted dibuja a alguien en la habitación, encuentra sus pies en el fondo del dibujo, por supuesto. Y si en la misma hoja de papel continúa dibujándose a

¹⁵ Inversamente, la palabra *hell* [infierno] está emparentada con una vieja palabra germánica que significa *cubrir, ocultar*.

usted mismo, ¿qué encuentra ...? Recuerde, en el Cielo usted puede no tener mucho de artista, pero hace todo lo posible para registrar lo que está viendo, y no lo que está imaginando.

(II) EN EL REINO DEL CIELO USTED NUNCA CONFRONTA CON NADIE

Para usted, aquí todo es asimetría. No hay ningún encuentro ojo-a-ojo, ningún enfrentamiento cara-a-cara, ninguna colisión frontal. Aquí nunca rechaza la cara que le está solicitando, con un «No gracias, ya tengo una», y le da con la puerta en las narices. Usted *no tiene* ya una, de modo que le da la bienvenida y la acoge –no debido a que es usted una persona amable (usted no es nada de tal, usted es Espacio para las personas) sino debido a que usted está construido para amar, hecho de esa manera–. No es que mantenga abierta o con las cortinas descorridas su puerta delantera, sino que jamás ha habido ninguna puerta ni cortina aquí: mire y vea ahora –usted está abierto de par en par al viento y a todos los que vienen, está invadido, ocupado–.

La diferencia práctica que este descubrimiento aporta a sus relaciones es inmensa y acumulativa: de hecho, lo que resulta es que usted no está *relacionado* de ninguna manera con nadie: usted *es* ese alguien. En contraste con el (pretendido) amor auto-interesado y sentimental y particularísimo que se cultiva tanto en la Tierra, éste es el verdadero amor del Cielo, y es amor de todo. Aquí, el amor que no discrimina es la Naturaleza misma de uno.

(III) EN EL REINO DEL CIELO USTED ES EL MOTOR INMÓVIL DE TODO

Aquí, por ejemplo, usted puede mover instantáneamente a un lado o a otro aquella montaña o ese sicomoro, o elevarlo hacia el cielo y bajarlo de nuevo, a voluntad y sin esfuerzo. En la Tierra, todo lo que usted está haciendo es mover su cabeza de un lado a otro y de arriba a abajo: aquí, usted no puede encontrar ninguna cabeza que mover. ¡Mire fuera de la ventana ahora mismo, e invítese a uno o dos milagros celestiales! Y mire dentro y vea: ¿qué hay aquí en el Centro justo donde usted es, sino el punto y eje inmóvil del mundo en giro? Y mire de nuevo y vea cómo ese punto explota en el Espacio visiblemente sin límites que acoge todo el movimiento del mundo pero que es en sí mismo inmóvil.

Una sugerencia práctica: observe que, en la medida en que usted ve y reposa en su inmovible quietud, se fatiga cada vez menos, y se agita cada vez menos.

(IV) EN EL REINO DEL CIELO USTED NO TIENE MIEDO DE NADIE

En la Tierra, las gentes le *ojean* a usted, y eso es inquietante. Detrás de esas «ventanas del alma» acechan basiliscos o arpías, y nada es más separativo y alienante. Cualquier intento de exorcizarlos –de normalizar los ojos y de verlos como no más acechantes que la nariz y las cejas– está prohibido: a usted le dirán que está mirando a la gente como meros objetos y no como sujetos, reduciéndolos a recortables de cartulina. Así pues, usted continúa obsesionado, y sintiéndose incómodo, o aún peor.

En el Cielo es enteramente diferente. Ningún coco malvado le ojea amenazante a través de esas minúsculas mirillas. Tampoco se transforma en hada buena o en amor-luz impersonal. Los ojos aquí no son más que lo que llanamente son, globos de tejido gelatinoso. Y de hecho sus propietarios son –según todas las apariencias– bastante parecidos a interesantes recortables de cartulina. Esto no significa que estén privados de subjetividad o de consciencia o de espíritu. Muy al contrario. Lo que significa es que la totalidad de ese espíritu pertenece a *su* lado de esos ojos, de esas caras. Y aquí es inconmensurablemente más vasto y más real y más fácil de encontrar que antes. (Mirando a lo que es *su* lado de esta página ahora, al Espacio o Capacidad Consciente que usted es, puede ver que no tiene ninguna etiqueta adherida o colgada con su nombre en él, ninguna marca de lavandería personal que lo identifique como suyo y no como mío; y puede ver que es suficientemente grande y suficientemente claro y suficientemente impersonal y suficientemente despierto como para acoger a todos). Por consiguiente, en el Cielo usted puede decir a todo aquel con quien se encuentra: «Aquí, yo estoy gozando esa cara suya como mía. Aquí, le *tengo* a usted como objeto y *soy* usted como sujeto, y así acojo tanto su apariencia como su realidad. ¿Qué podría ser más íntimo que esta doble intimidad? ¿Cómo podría yo temerle a usted que es mí mismo?

(V) EN EL REINO DEL CIELO USTED ESTÁ INSPIRADO

En el Cielo, ¿de dónde vienen sus vislumbres e ideas brillantes e intuiciones? ¿Quién opera sus luces rojas y verdes y ámbar? ¿Quién dispone lo que las gentes llaman «sus» decisiones, ya sean grandes o pequeñas? Aquí, por más que busco, no puedo encontrar ningún disponedor o tomador de decisiones, ninguna idea o sentimientos o impresiones míos –ni brillantes ni opacos– ninguna mente en absoluto: encuentro solo esta Consciencia o Despertar desnudo que se ve como absolutamente vacío de conocimiento, inútil, incompetente, idiota. (No, no estoy haciéndome el modesto, lo juro). Sin embargo, lo que se necesita brota de las profundidades, justamente cuando debe. En el Cielo usted descubre esta mansa erupción desde el Abismo. Póngala a prueba, aprenda a confiar en ella, y continúe reposándose en ella cada vez más. Aquí está la inspiración que nunca falta para las no personas.

En la Tierra, por contraste, usted hace llamada o piensa que hace llamada o intenta hacer llamada a sus propios recursos privados, los recursos de una persona, con los resultados que cabría esperar. En el Cielo usted no tiene ni una clave, ni un recurso que pueda pretender suyo, y, no obstante, tiene todas las claves que pueda usar. Es como estar en el escenario del mundo tocado de amnesia, pero maravillosamente apuntado desde el oscuro foso de la orquesta.

(VI) EN EL REINO DEL CIELO USTED ES MUCHO MÁS EFICIENTE

Aquí, usted llega a reconocer y a dar paso cada vez más a la habilidad práctica, al pasmoso «saber-hacer», de la Fuente misma de las cosas. Cada vez más a Quien usted es, se le permite cuidar de lo que usted es, sin obstrucciones. La técnica es muy simple y muy precisa –y en modo alguno automática–. Es ésta: cualquier cosa a la que usted esté prestando atención ahí, usted presta atención también al Que atiende aquí, de modo que su ver es tanto hacia dentro como hacia fuera. Usted se ve a usted mismo como Espacio para todo eso –para esas manos o pies ocupados en su asunto, para ese escalpelo o pincel o arco o cincel o pluma extrañamente hábiles, animados por el Virtuoso real–. En cada vez menos circunstancias usted deja de percibir al Perceptor-Adepto, hasta que eventualmente es imposible hacerlo. Y gradualmente deviene patente que éste es el verdadero Uno que tiene el último «saber hacer», el arte «imposible» de ser su propio Origen e Inventor, de ver su propia emergencia inagotable, por ningun-

na razón y sin ninguna ayuda, de la mera nada y el caos vacío. En el Cielo, entregarse conscientemente a este Experto es asegurar (no hay que sorprenderse de ello) que todo cuanto se hace, desde la más humilde de las faenas a la más sublime obra de arte, se hace mejor –más fácilmente, más rápidamente y más agradablemente– de lo que se haría en la Tierra, donde es solo una mera persona la que tiene el sentido de estar haciéndolo.

Pruébelo y vea. Es para probar, también, que aquí en el Cielo no hay ningún trabajo aburrido, ninguna rutina que esté por debajo de la propia dignidad de uno y que sea una pérdida del valioso tiempo y atención de uno. Si yo encuentro mi trabajo interesante o no depende mucho más de la identidad del trabajador que de la naturaleza de ese trabajo.

(VII) EN EL REINO DEL CIELO USTED ES RICO

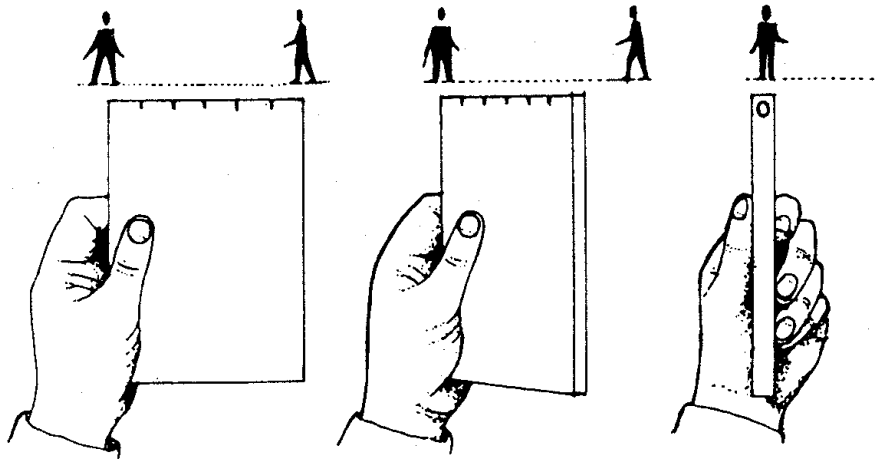
En la Tierra, incluso el más rico magnate es miserablemente pobre. Ahí, *poseer* cosas es *ser* una cosa rodeada por una colección de otras cosas. Usted es siempre sólo esta única cosa, enfrentada y externa y separada de todas las demás, y más a menudo que lo contrario, mucho más la propiedad de ellas que su propietario. ¿Qué negocio hay que no tenga a su jefe cautivo? Incluso su mano no *tiene* la moneda más de lo que la moneda le tiene a usted: esto no es *tener* en absoluto, sino mera proximidad. Las cosas son pobres cosas, pobres pequeñas cosas.

En el Cielo, todo es a la inversa. Usted es rico por naturaleza, usted está construido según ese modelo generoso, y naturalmente da la bienvenida con los brazos abiertos y con amplio acomodo a todo lo que se presenta. En la Tierra usted es un algo que es solo una cosa; en el Cielo usted es una nada que es todo.

Póngalo de otra manera: en la Tierra usted está empobrecido debido a que ha sido robado, completamente saqueado. Su riqueza le ha sido arrebatada, enajenada y ocultada en lugares remotos adonde no puede llegarse, ha sido *distanciada* de usted. Sus estrellas y su Sol y su Luna, sus montañas y árboles y animales y gentes, incluso sus brazos y tronco y piernas le son robados, arrebatados de aquí a ahí. En la Tierra, ¿qué es más real que esta dimensión de la distancia y más ruinoso también? Una convención útil –aprendida en la infancia con dificultad pero pronto (erigida a la fuerza contra toda evidencia) elevada al rango de verdad incuestionada– que empobrece miserablemente a todos. El Gran Robo pasa inadvertido. Y sin embargo, el astrónomo no es inconsciente del hecho de que la estrella que él estudia y fotografía se da exactamente donde él es, está presente en su observatorio, mientras que el cuerpo celeste que se alega que está ahí fuera a años luz de distancia puede muy bien haberse apagado hace

años. Las estrellas o las montañas o los árboles o las manos, todo lo que yo veo lo veo *aquí*: incluso la fisiología de la visión me certifica este hecho¹⁶. Si los científicos de la Tierra se tomaran su trabajo en serio aquí, se encontrarían a sí mismos, aun fuera de servicio, repentina e inconmensurablemente enriquecidos¹⁷.

He aquí una prueba, para descubrir si usted está o no en el Cielo. Como siempre, hay dos condiciones: usted tiene que hacerla, y tiene que confiar en lo que descubra.



Marque, a lo largo del borde superior de la cubierta de este libro, seis unidades, y en el lomo ponga un cero. (Usted no *tiene* que hacer esto: en lugar de ello basta con que imagine las marcas).

Sostenga el libro al nivel de los ojos y lea la distancia –de 1 a 6 unidades– entre dos personas o dos objetos.

Ahora gire lentamente el libro unos 45°, observando cómo se contraen esas unidades... siga girando el libro hasta ponerlo de canto. Entonces lea la distancia entre usted y el objeto.

Descubra de la misma manera cuán lejos está de usted cualquier otro objeto. Podría ser una estrella, una montaña, su propia mano...

¹⁶ Mi *Science of the 1st Person*, Nacton, Ipswich, Shollond Publications, 1974, págs. 24, 25, trata de esto.

¹⁷ Estrictamente hablando, el único fallo del Gran Robo es que no es suficientemente grande. No llega, ¡ay! a limpiarme completamente. Compadecido, me deja con una cosa fatal aquí –mi cabeza-prisión, en la que estoy condenado a morir. Ahora bien, si yo le dejo completar su tarea y aliviarme de *eso*, quitarme *eso*, y depositarlo ahí a dos metros de distancia en esa otra sala de baño, retenerlo ahí detrás de ese espejo, entonces todo está muy bien. Libre al fin del estrecho confinamiento en la cárcel de este cuerpo-cabeza-cara, yo soy ahora sin límites, crecido, súbitamente inmenso y tan vasto que me extiendo a todas mis posesiones, desde las manos hasta los remotos universos. Todos son míos de nuevo. Ni un centímetro me separa de mis tesoros. Como ocurre tan a menudo, son las medias medidas las que me atan a la Tierra: basta ir hasta el límite y subo al Cielo.

¿Puede usted ahora confirmar con gozo la exclamación de Traherne (cambiando su pasado –de él– por su presente –de usted–)?

«Las calles eran mías, el templo era mío, las gentes eran mías, sus vestidos y oro y plata eran míos, así como sus brillantes ojos, sus tersas pieles y sus rubicundas caras. Los cielos eran míos, y también lo eran el sol y la luna y las estrellas, y todo el mundo era mío, y yo el único espectador y gozador de él.»

(VIII) EN EL REINO DEL CIELO USTED ES SERVIDO, PRÁCTICAMENTE GRATIS

Tome el precio de un viaje en avión. En la Tierra usted paga 200 euros por el viaje desde A a B. Más bien caro se dice usted, cuando piensa lo que el vuelo le cuesta a la aerolínea y lo compara con sus 200 euros multiplicados por 100, que estima que es el número de sus compañeros de viaje. ¿Cuesta la operación tanto como 20.000 euros, piensa usted vagamente? Ahora tome la misma operación en el Cielo. Aquí su cálculo es completamente diferente – considerando todo el costo del vuelo como gastado únicamente en usted, y no repartiéndolo entre sus compañeros de viaje–. *Usted no tiene ninguno*. Si mira a su alrededor en el avión, ve a todas esas pequeñas gentes (pequeñísimas hacia la cola) cada uno con una cabeza sobre sus hombros y ocupando sólo un asiento. Incluso los pasajeros de primera clase están apretujados, hechos un paquete. ¡Cuán diferentes son de usted –de usted que ocupa y llena todo el interior–! Por todas partes usted tiene más sitio del que necesita, y detrás de usted es el espacio infinito. Secretamente y sin formalidades, usted ha fletado ese avión. Además, al mirar desde una ventanilla, ve que no le están llevando en vuelo desde A a B sino que usted está perfectamente inmóvil, y que la totalidad de la región de abajo es la que está en movimiento. Sí, real y verdaderamente en movimiento: como su videocámara –que no miente ni fantasea– está dispuesta a confirmar.

Sume entonces lo que está obteniendo por sus mezquinos 200 euros. Si algún sentimiento tiene en el Cielo, es la gratitud. Agudamente observador y lleno de aprecio por lo que de hecho se le está dando, usted es consciente de que ni a los reyes ni a las reinas se les concede un trato tan preferencial, de que se les acomoda mucho menos generosamente, de que se les atiende mucho menos cuidadosamente. Cuanto más mira usted para ver lo que de hecho está pasando y cuanto más realista es, tanto más encuentra que todo el Cielo está dedicado a su

servicio. Crecientemente se hace patente que *usted* es el único para quien el sol brilla, el viento sopla, los ríos corren, los pájaros cantan, las plantas florecen, los aviones vuelan, y todas esas queridas pequeñas gentes en el avión representan un espectáculo tan fascinante –jugando cada uno su papel con perfección absoluta–.

(IX) EN EL REINO DEL CIELO USTED ES TODOPODEROSO

Usted es también como un niño pequeño que es incapaz de resistir a lo que se da, y que no tiene otra alternativa que confiar en ello. Aquí, aceptándose a usted mismo como se descubre, no tiene vergüenza de admitir cualesquiera facultades que le acontezca encontrarse ejercitando. Por ejemplo, usted nota que cuando las *gentes* abren y cierran sus ojos todo lo que ocurre es que un par de pequeñas persianas suben y bajan: mientras que cuando *usted* lo hace... Bien, ¿exactamente qué acontece, y a qué, y de qué envergadura, y cuán extenso es el acontecimiento? En lugar de estar tan seguro de que lo sabe, le ruego que dedique un momento o dos a *mirar* estas preguntas...

Este pequeño (¿o tremendo?) experimento trata de ponerle a usted a tono, de introducirle a sus poderes. No: trata más bien de recordárselos. Hubo un tiempo, antes de que a usted se le ridiculizara y se menospreciara al Cielo, en que usted los ejercía libremente.

A lo largo de la descripción de la vida en el Cielo que precede se ha asumido que usted tiene algún tipo de compañía allí. Y la tiene, en un cierto sentido y en un cierto nivel. Pero en el sentido más verdadero y en el nivel más elevado usted es la indivisible Consciencia o YO SOY o la Primera Persona del Singular que es absolutamente Solo –una conclusión a la que esta indagación no cesa de llevarnos–. (Y, después de todo, éste es el realismo más sobrio, la humildad frente a la evidencia, decirlo como es en lugar de mentir sobre ello. Busque a su alrededor durante un millón de años, explore el universo, pruebe con todos los instrumentos, y en ninguna parte y en ningún tiempo encontrará un vislumbre de consciencia, de una voluntad que no sea su voluntad, un atisbo de un atisbo de algún otro YO SOY. Jamás encontrará usted nada ni nadie que se asemeje, por muy vaga y oscuramente que sea, a este Auto-Ser suyo: es absolutamente único, incomparable, indescriptible. En la verdad de Dios, todo Dios es justamente donde usted es ahora, y en ninguna otra parte. YO SOY es uno. No hay ningún segundo YO SOY que le haga sombra a usted, que suscite la más mínima oposición. Todo es como usted lo quiere debido a que usted es Quien es).

He aquí, entonces, la más crucial, la más exacta de todas nuestras pruebas:

Si en este momento hay algo que usted se siente incapaz de admitir; si le están aconteciendo cosas que no puede aceptar; si existe para usted un extraño, una tercera persona, una oposición, un algo o un alguien que usted no quiere ser, a cuyo respecto usted se lava las manos, contra quien usted se levanta o simplemente no le importa nada –entonces usted está ciertamente en compañía terrenal, entre aquellos que están atados a la Tierra y que perecen–.

Por otra parte, si nada de esto es verdadero para usted; si usted no es indiferente a ninguna lágrima ni gemido; si toma en serio la totalidad de la terrible historia del sufrimiento de la Tierra, aunque sin hacerse cargo de las ilusiones que multiplican esas lágrimas y quejidos; si en este momento usted puede sentirse omniabarcante y omnirresponsable y omniperdonador y omniperdonado; si finalmente *usted* y su inclinación y su absoluto gozo *es* regocijarse en su Absoluto Ser Único (Único por inclusión, no por exclusión), entonces *usted* es ese Solitario, esa Felicidad Sin Muerte. Naturalmente.

Y naturalmente, usted es todopoderoso. No todopoderoso en el sentido de que pueda erigir un universo modelo en el que haya amor sin indiferencia ni odio, coraje sin peligro ni miedo, bondad sin maldad, belleza sin tristeza ni fealdad, vida sin muerte. No: usted no puede hacer estas mejoras en mayor medida que hacer negra la cal o silenciosos los ruidos. La lista de las cosas que ni siquiera usted puede hacer es inacabable. Sin embargo, usted es todopoderoso en el sentido de que, al aceptar la coexistencia y el choque de opuestos como el precio (un precio terriblemente alto, pero no prohibitivo) del cosmos, usted le dice un todopoderoso ¡SÍ! a todo ello, SÍ completamente a todo y a pesar de todo, SÍ debido a que esto (en todos sus pasmosos y terribles y amables detalles) es lo que usted *es*, y SÍ debido a que usted *quiere* lo que usted *es*.

Brevemente, usted ha pasado su propia prueba. Usted es el único Poder. En el reino del Cielo usted es el Rey.

PRACTICABILIDAD EN EL REINO DEL CIELO

Lo que me ha sorprendido, en el curso de la compilación de los nueve ejemplos precedentes de las características del Cielo en contraste con las de la Tierra, es su coherente y multifacética practicabilidad. Por interés y aventura, por valores de entretenimiento, por alegría de ánimo, el Cielo no tiene comparable; pero finalmente usted es presa de admiración ante el buen sentido que tiene y lo bien que funciona, en las cosas pequeñas y en las grandes. Solo aquí la confrontación, que es la maldición de la humanidad, se expone como *la* mentira, y así

es demolida; solo aquí se establece el firme cimiento del amor no sentimental e incondicional; solo aquí se aseguran la tranquilidad y la estabilidad y el fin del miedo; solo aquí se revela el secreto de la inspiración infalible, junto con el de la eficiencia ordinaria y el agrado en el trabajo; solo aquí se liberan súbitamente la inagotable riqueza y liberalidad del mundo real; solo aquí el poder y la gloria, que, en el fondo de su corazón, uno siempre supo que tenía, se encuentra que son verdaderamente propios de uno: corrección, propios de UNO. La respuesta a todos los problemas que suscita o suscitará la Tierra se encuentra que está en el Cielo –el Cielo de la verdadera Naturaleza de Uno– incluso para cuestiones tan triviales como una timidez incapacitante. (Una cuestión no tan trivial en la vida del joven Douglas E. Harding).

Por decirlo llanamente, el Cielo es real y funciona. Es un buen lugar para estar. Si usted quiere hacer un buen viaje, gire 180°. Entonces encontrará que usted ya está muerto a la vida vieja y resucitado en la nueva, en el Reino del Cielo Evidente, y que usted jamás ha estado en ninguna otra parte.

El lenguaje después de la muerte

«La palabra *suprema*, YO SOY, no puede ser dicha por ninguna criatura, sino sólo por Dios.

Yo debo devenir Dios, y Dios debe devenir mí mismo, a fin de que compartamos completamente el mismo «Yo» eternamente.

Nuestro «Yo» más verdadero es Dios.»

Eckhart

La Tierra es toda cháchara, el Cielo mira para ver. Cuando la Tierra mira, es para manipular. El lenguaje del Cielo, que se toma tiempo para inclinarse a la evidencia y valorarla, no está desesperadamente ansioso de manejarla y cambiarla en una forma explotable¹⁸.

En el capítulo anterior hemos visto algunos ejemplos de cómo la Tierra habla insensateces, llevándonos arteramente engañados desde el esplendor y practicabilidad de lo que nosotros vemos al interior de la dañina oscuridad de lo que nosotros creemos que vemos; y de cómo el Cielo habla con sensatez, llevándonos a nuestros sentidos de nuevo y dándonos la bienvenida a los gozos sensatos y a la seguridad del Hogar. En este capítulo expondremos algunos de los

¹⁸ Por decirlo de otra manera, lo que nosotros llamamos el habla de la Tierra es un galimatías, una red de engaños y vaguedades y pretensiones lingüísticas que el Cielo corta de raíz. Indicios de un corte tan radical –o al menos de su posibilidad y de la necesidad de él– aparecen en los escritos de destacados lingüistas. He aquí dos ejemplos:

Benjamin Lee Whorf: «El hombre natural, bien sea ordinario o científico, no sabe más de las fuerzas lingüísticas que pesan sobre él que el salvaje de las fuerzas gravitatorias... Uno de los pasos adelante importantes para el conocimiento occidental es el reexamen de los trasfondos lingüísticos de su pensamiento, y *por supuesto de todo pensamiento*» (la cursiva es mía).

Y John B. Carroll: «Uno se pregunta, ciertamente, qué hace a la noción de la relatividad lingüística tan fascinante incluso para el no especialista. Quizás es la sugerencia de que toda su vida uno ha estado engañado, sin saberlo, por la estructura del lenguaje e introducido en una cierta manera de percibir la realidad, con la implicación de que la consciencia de este engaño le permitirá a uno ver el mundo con un conocimiento nuevo». Lo cual –muy aproximadamente– es la tesis y el programa de este capítulo.

(John B. Carroll (ed), *Language Thought and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf* Cambridge, Mass. MIT Press, 1956, págs. 97, 247, 251).

ejemplos más notables del lenguaje de la Tierra, que nos llevan al que más importa de todos – al tema de la Muerte misma–.

A modo de guías, he aquí cuatro proposiciones básicas sobre el lenguaje celeste y el lenguaje terrestre en general, y sobre el uso de la primera persona en particular:

- (1) El lenguaje del Cielo, aunque usa el vocabulario de la Tierra, difiere de éste radicalmente en tanto que no tiene ninguna primera persona del plural sino solo la Primera Persona del Singular, ningún «nosotros» sino solo «Yo».
- (2) El «Yo» celeste es muy diferente del yo terrestre. Este último es uno de muchos, es pronunciado por todos los humanos, y lo es en un sentido completamente falso: mientras que el verdadero y eterno «Yo» es único, pronunciado no por *una* primera persona sino por *la* Primera Persona, por el único Uno que realmente *es* y está autorizado a decir YO SOY, por el Solo. De hecho, mi «yo» terrestre no es más que una conveniencia lingüística pasajera, un título de cortesía auto-adjudicado que no hay que tomar más en serio que los de *Señor don Douglas E. Harding* y *Querido señor Harding* en una carta de amenaza de procedimientos legales.
- (3) Es habitual mi sustitución del verdadero «Yo» por este falso «yo» –degradando así a la Primera Persona a una tercera persona– el cual me hipnotiza y me hace ver y habitar en el mundo «a ras de tierra» de la pretensión social.
- (4) Yo puedo pasar desde mi «yo» terrestre a mi «Yo» celeste, desde mi primera persona falsa y temporal a mi Primera Persona verdadera y eterna, solo a través de la Muerte. No a través de esa muerte futura que es un proceso exteriormente visible de quiebra de la vitalidad y de disolución en un material algo más primitivo, no vivo, sino a través de este morir súbito, interiormente visible y total, ahora: es decir, mirando dentro y comprobando que *ya* ni una partícula de materia ni un susurro de mente sobrevive justamente aquí. Mi vida de resurrección como la Primera Persona del Singular no es la vida de una persona resucitada: tiene que ser esta vida absolutamente nueva que es la de Dios. Ser salvado es ser Él. «Quienquiera que entra en la ciudad del Amor», dice Jami, «encuentra sitio ahí solo para Uno». Para ser admitido en el Cielo tengo que atreverme a ser su Único habitante, a compartir su «Yo» y a hablar su lenguaje.

El resto de este capítulo está dedicado a dar forma y contenido definidos a estas afirmaciones –sobre el principio de que (contrariamente a la opinión popular) el Cielo está interesa-

do en esa llaneza de hechos precisa y concreta que requiere verificación, y no en esa vaga espiritualidad que es en su mayor parte cháchara nebulosa y verborrea–.

Esta verdadera Primera Persona del Singular que Yo soy es única. Yo soy excepcional siempre y en todos los respectos. He aquí cinco ejemplos:

(I) Yo digo «él camina» y «yo camino», e *imagino* que, debido a que los predicados de estas dos sentencias son el mismo, los hechos deben también ser los mismos: mientras que el cambio del sujeto de «él» a «yo» cambia los hechos –la experiencia a la cual se refieren– totalmente. Yo veo que cuando *él* camina por el campo nada más se mueve: ninguno de los arbustos, postes señalizadores, árboles, cabañas y demás es absorbido en su caminar; todo lo que acontece es que –comenzando ya pequeño– él se hace cada vez más pequeño a medida que se aleja, hasta que deviene un punto. Suponiendo ahora que yo decido salir a caminar, ¿qué acontece? Cuando digo que Yo camino, de hecho no me muevo en absoluto: es el campo el que lo hace, de muchas diferentes maneras simultáneamente. Toda la escena, desde ese activo par de piernas ahí abajo hasta aquellas montañas allá en la lejana distancia, están moviéndose en medio de mi inmovilidad. Si yo estoy en la «hipnosis» humana normal, si yo estoy diciéndome las mentiras habituales –pasando por alto la inmensa diferencia entre él y yo mismo, entre todos los demás y Mí mismo, retrotrayéndome desde la Primera Persona a la tercera persona, *cosificándome* a mí mismo– entonces todo mi caminar y correr y danzar y conducir está enturbiado y embotado con el engaño y yo pierdo la intensidad y maravilla de la ocasión. Yo empequeñezco un magnífico y real acontecimiento único al tamaño de un imaginario y trivial acontecimiento local, y perturbo su paz central real con una agitación imaginaria. Y naturalmente, me fatigo mucho antes.

(II) De nuevo, sin darme cuenta y en un único sentido yo digo «él come» y «yo como» y –mezclando los inmiscibles– «nosotros comemos». A menos que yo sea un niño incontaminado por el lenguaje, o un Veedor semejante a un niño, pretendo que hay solo una única manera de comer alrededor de la mesa –la manera que quita todo el sabor a la comida–. ¡Qué ascetismo gratuito, qué puritanismo engañoso practican los humanos! Yo solo tengo que despertar y fiarme de mis sentidos para ver al instante la inmensa diferencia –la excitante, inmensa, e hilarante diferencia– entre la manera de comer que consiste en introducir sustancias ajenas dentro de las hendiduras dentadas en esas pequeñas y sólidas esferas (donde ellas permanecen enteramente insípidas) y la otra manera que consiste en introducir sustancias similares en esta

vasta Caverna o Bueche (donde su color y forma son mágicamente transformados en una inabarcable variedad de sutiles y deliciosos sabores). Yo juro que mi alimento es doblemente sabroso cuando no aparto mi atención de su viaje adentro (debido a que ya estoy pendiente de la próxima cucharada) sino que lo sigo hasta su destino. La atención durante las comidas es la más picante y sabrosa de las salsas, que garantiza elevar los más simples tentempiés o sopas cuaresmales al rango de un festín de gourmet.

(III) Echemos ahora una mirada al *sueño*, que proporciona mi siguiente ejemplo de la más fundamental –y más resistida– de las leyes de la Naturaleza, a saber: *la Primera persona es lo opuesto de la tercera en todos los aspectos*.

Las vaguedades (menos cortésmente, los juegos, los trucos) comprendidos en la «inocente» frase *nosotros dormimos* son especialmente confusas y confundidoras –y especialmente relevantes para esta investigación de la Muerte–.

Pero inmediatamente que veo lo que yo veo, en lugar de ver lo que he sido enseñado a ver, la confusión se aclara, y el inmenso contraste entre «él duerme» y «yo duermo» deviene perfectamente evidente. Por una parte, «él duerme» significa que «sus párpados caen y seguidamente se cierran y permanecen cerrados, sus movimientos están detenidos, su respiración se ralentiza y se serena, ronca ocasionalmente y no responde cuando le hablo». Por otra parte, «yo duermo» no significa nada para mí, es un sin sentido. «Yo he dormido», sin embargo, *sí* que tiene sentido, *provisto* que ello signifique exactamente algo como esto: «La habitación estaba oscura, yo me sentía cansado y mi reloj marcaba las once y media, y caminé descalzo en pijama hasta el supermercado donde no pude encontrar nada de lo que quería, y mi reloj marcaba las siete y cuarto y la habitación estaba iluminada, y me sentía bien». Justamente una cosa después de otra, y entre ellas ningún «lapso de consciencia» cualquiera que sea.

Por supuesto, es conveniente decir: «Yo he dormido bien, y he soñado que iba al supermercado», en lugar de aburrir a las gentes con un recital tan enrevesado y personal. Pero cuando es una conveniencia adquirida a expensas de la verdad, ello es un mal negocio. Casi siempre «yo he dormido» es tomado como implicando «yo perdí la consciencia». O –más detalladamente– «yo soy mi consciencia», así como el cuerpo y el cerebro que la suscitan; pero, a diferencia de ellos, la consciencia viene y va constantemente. No solo ella comienza en el nacimiento y acaba en la muerte, sino que parte durante algunas horas cada noche; y ocasionalmente también durante el día –como cuando echo un sueñecito, o tengo un desmayo, o se me administra un anestésico–. En una palabra, «yo soy *intermitente*». Hasta que no veo la evidencia, ésta es la implicación dada por hecho, la mentira que me digo a mí mismo, cada

vez que digo «yo he dormido». La misma mentira que los «epilépticos» se dicen a sí mismos cada vez que imaginan que *pierden* la consciencia, o que son *epilépticos*. Si veo el engaño de estas «pequeñas muertes» de todo tipo, entonces estoy bien encaminado para ver el engaño de la Gran Muerte.

En anteriores capítulos he encontrado fuertes indicaciones de que intrínsecamente yo soy sin tiempo. Ahora tengo evidencias adicionales, de un tipo muy diferente, al mismo efecto. Lo que era para mí una piadosa absurdidad –la antigua doctrina de que en el sueño sin sueños (una no-experiencia si alguna vez ha habido alguna) yo experimento lo Último y llego a Lo Que yo soy– repentinamente deviene plenamente significativa: llego a lo Sin Tiempo, el Eterno Instante sin duración y por ello mismo sin lapsos. Una vez más, es un caso de confiar en lo claramente dado tanto como desconfío de las doctrinas sobre ello: entonces todo deviene claro.

(IV) Estos tres ejemplos de los incontables trucos sucios que empleo conmigo mismo – creer lo que se me dice que veo y no creer lo que veo¹⁹ – obstaculizan y debilitan mucho, pero difícilmente son desastrosos. Yo puedo continuar con el engaño de que yo –Yo, Primera Persona del Singular– me muevo en un mundo estable, de que doy de comer a mi cara, e incluso de que soy intermitente como la luminaria de un faro, una llama que es apagada regularmente. Pero cuando llega el momento de entender lo que acontece cuando *él muere* como mi clave para entender lo que acontece cuando *yo muero*, estoy en un verdadero problema. En un sentido muy real soy un suicida.

De hecho, una vez que me atrevo a confiar en la evidencia, el contraste entre estos dos no podría ser más pasmoso. Cuando *él muere*, ¿qué ocurre? Sus ojos se cierran, su respiración se detiene, su cuerpo se enfría y se pone rígido y pronto comienza a oler. Cuando *yo muera* ¿qué

¹⁹ Sorprendentemente pocos Veedores han visto claramente esta multifacética supresión de lo dado, este radical y omnipenetrante autoengaño –equivalente a la ceguera o alucinación histérica– que la sociedad exige como precio para ser miembro de ella. Y por lo que yo sé casi nadie lo ha comprendido en detalle. Yo sospecho que Jesús lo comprendió. (A pesar de la incomprensión de sus discípulos, indicaciones de esto sobreviven en los evangelios. Por ejemplo, él parece haber enseñado que nosotros no entraremos en el reino hasta que, volviendo hacia nosotros la flecha de nuestra atención, seamos lo suficientemente humildes como para devenir como niños pequeños de nuevo –inocentes cuyo ojo es simple y cuyo cuerpo está disuelto en Luz. Cf. Capítulo 8 (1) y Capítulo 9 (III) de este libro, y Mateo, 6:22; 10:3-4). Huang-po (*fi.* 800) resume así toda la cuestión: «El necio duda de lo que ve, no de lo que piensa; el sabio duda de lo que piensa, no de lo que ve». Él nos conmina: «Observa las cosas como son, y no prestes atención a las demás gentes». Y William Blake, un verdadero Veedor, tiene estos pasajes: «El que duda de lo que ve nunca creará, haz lo que te plazca». «No hay ningún límite a la luz en el seno del Hombre para siempre de eternidad en eternidad». «Jesús supone que todas las cosas son evidentes para el niño y para el pobre e iletrado. Tal es el Evangelio». (Geoffrey Keynes, *Blake*, Oxford University Press, 1979, págs. 433, 670, 774).

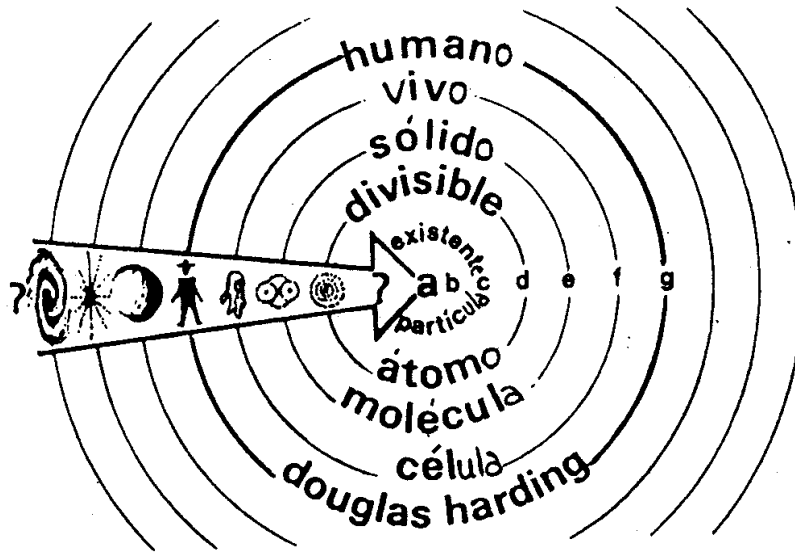
ocurrirá? No tengo que esperar para verlo. Está a mi alcance hacerlo ahora, mirando dentro y viendo una vez más que aquí no hay ni una sola de las características y atributos familiares de Douglas E. Harding –es decir, revisitando este lugar donde él está ya enteramente muerto y desaparecido. ¿Y quién queda justamente aquí para hacer este descubrimiento de descubrimientos? ¿Quién es el que está presente en la muerte? ¿Quién sino el Solo Sin muerte? YO SOY queda, absolutamente inafectado, invulnerable, infinitamente más allá del alcance de la vida y de la muerte, y sin embargo acogiendo todo lo que vive y muere. Yo no creo una palabra de todo esto: yo lo veo, con ese verdadero tipo de ver que no necesita confiar en nada.

(V) No es necesario decir mucho más sobre nuestro último ejemplo de la incompatibilidad entre la Primera Persona y la tercera, a saber, la sobrecogedora diferencia entre «yo nazco» y «él nace». Solo «él nace» tiene sentido. Esta Consciencia que yo soy, sin fin o interrupción, se experimenta a Sí misma también sin comienzo. Eso es lo que yo encuentro, y nadie está en situación de contradecirme –o, quizá debería decir, para contradecir-La–.

Y de hecho, la mecánica del nacimiento no me deja ninguna excusa para confundirme a mí mismo como tercera persona con Mí mismo como Primera Persona: absolutamente ninguna excusa para confundir el primero, que llegó todo ensangrentado y llorando «entre heces y orina», con el segundo que llega sin tiempo, todo luminoso y sereno, desde el Inmaculado Abismo, saliendo de la virginal Matriz Cósmica. (Aún más desagradable por supuesto –por no decir sucia– es la mecánica de la concepción, en la que el esperma, careciendo de un conducto propio, tiene que compartirlo con el de la orina). Solo una Providencia dada al humor negro, y dispuesta a llegar a cualquier extremo para distinguir la Primera Persona que yo soy de la tercera persona que parezco, podría haber ideado un contraste tan chocante –y tan ineludible–.

¡Pero cuán escapistas somos! ¿Hay *algún* hecho del que no podamos hablar?

Permítaseme tratar de aclarar esta dicotomía fundamental, esta división entre mi solitaria Realidad central y sus múltiples apariencias regionales, en un lenguaje menos engañoso y menos verboso y en un escenario menos restringido –el del mandala o modelo de cebolla–. Es decir, permítaseme mostrarla en el mapa del observador que se acerca a mí. Viniendo desde el espacio exterior, a través de la vastedad de mis regiones astronómicas y geográficas «suprahumanas», el observador llega a (g) –mi región «humana», a un solo metro más o menos de Mí,



que estoy en el Centro de todas mis regiones. Aquí, en (g) él ve un ser «existente, divisible, sólido, vivo y humano» llamado Douglas Harding, junto con un montón de seres similares. Desde aquí él se mueve hacia dentro (f) a unos pocos milímetros de Mí, al lugar donde Douglas Harding es reemplazado visiblemente por una célula (digamos una célula de piel) que es «existente, divisible, sólida y viva» pero que (*palabra justa*) *está lejos* de ser humana. Y prosigue así hasta (e), donde la célula de piel es reemplazada por una molécula (digamos una molécula de aminoácido) que es «existente, divisible y sólida», pero está lejos de estar viva. Entonces prosigue hasta (d), donde la molécula es reemplazada por un átomo (digamos un átomo de carbono) que es «existente y divisible» pero está lejos de ser sólido –de hecho, es casi completamente espacio–. Entonces prosigue hasta (c), donde el átomo es reemplazado por una partícula (digamos un protón) cuya «existencia y divisibilidad separada» es dudosa²⁰. Entonces prosigue hasta (b), donde la partícula es reemplazada por quarks –entidades especulativas cuya existencia es en verdad muy dudosa–. Además, en esta región el tiempo mismo está puesto en cuestión²¹.

²⁰ En los niveles más elevados «es una buena aproximación decir que “las cosas constan de partes” pero el mundo subatómico no puede ser descompuesto en partes constitutivas... La totalidad del universo aparece como una red dinámica de modelos de energía inseparables» (Capra, *The Tao of Physics*, Londres, Fontana, 1983, págs. 90-92).

«En física cuántica el observador interactúa tanto con el sistema que las partículas interactivas no pueden ser pensadas como teniendo existencia separada» (Niels Bohr, 1927).

²¹ «A la velocidad de la luz el tiempo permanece inmóvil; para un fotón el Big Bang [origen del universo] y el presente son el mismo tiempo. Por lo tanto, el universo está conectado por una red de radiación electromagnética que “ve” todo a la vez» (John Gribbin, *In Search of Schrödinger's Cat*, Londres, Transworld Publications, 1985, págs. 160-189).

Más cerca de Mí no puede llegar el extraño, mi observador viajero plenamente equipado del instrumental apropiado. Tan cerca, y sin embargo tan lejos, pues no hay ninguna vía que lleve desde mí como objeto a Mí como Sujeto. Sólo yo soy en (a), Yo, que soy la Meta – inalcanzable para los extraños– de ese largo viaje hacia dentro. Yo, que soy la única Realidad Central, el Noúmeno Sin tiempo del que todos los fenómenos encontrados en el camino son sólo las siempre cambiantes apariencias regionales. Etapa tras etapa el observador me ha despojado de cualidades y realizaciones, hasta que yo he sido reducido a *casi nada* en absoluto. Justamente aquí, instantáneamente, yo confirmo y completo ese lento despojo. Aquí, yo soy la Fuente indiferenciada de todos esos efectos «temporales, existentes, divisibles, sólidos, vivos, humanos y suprahumanos», la Potencialidad que, Ella misma, no es ninguno de ellos, absolutamente nada de ese tipo ni de ningún tipo. Justamente aquí y ahora yo estoy desprovisto de todas las cualidades, intrínsecamente libre incluso del tiempo y la existencia (*existencia, existir*, significa estar fuera) –libre de la vida y de la muerte y todo lo demás–. Al perder la vida, encuentro el ser; al perder el ser, encuentro el Abismo. O más bien, me pierdo en el Abismo.²²

¡La pasmosa verdad que este mapa ilustrado –este mandala-lenguaje– me hace comprender es que cuando digo «yo moriré» estoy sobrevalorándome! ¡*Yo jamás he vivido!* Y, obviamente, lo que jamás ha vivido jamás puede morir. Como esta Fuente de vida, yo estoy más allá de ambas.

Así pues, mi tarea no es tanto (como dice Rumi) «morir antes de morir» sino «ser antes de vivir». Y no es tanto (como dice Platón) «practicar la muerte» sino «practicar no haber vivido nunca». Pues la vida es una enfermedad terminal que nunca he padecido.

Es significativo que algunos amigos budistas, aunque felices de que se les recuerde que ellos son absolutamente *vacío*, son menos felices cuando se les señala que de ello se sigue que están vacíos de vida, absolutamente inertes. Es significativo también que nuestro experimento sobre la Inmovilidad (usted se recordará rotando sobre el sitio mientras notaba que de hecho no era *usted* sino la *habitación* la que estaba rotando) es el más propenso a ser resistido, llegando a generar a veces mucho enfado y miedo. Como Hubert Benoit ha observado, la propia inmovilidad de uno es más aterradora aún que la oscuridad –y es natural que así sea, pues el movimiento es el criterio de la vida–. Dirigidas hacia fuera a esas cosas móviles, las flechas

²² La espiritualidad oriental comprende muy bien el vacío esencial de las cosas, pero deja a la ciencia occidental verificar y demostrar el detalle concreto. Obsérvese, por ejemplo, cuán bien concuerda nuestro diagrama con las palabras de Sri Nisargadatta Maharaj: «Cuando comprenda que los nombres y formas son sólo conchas vacías sin ningún contenido, y que lo que es real es sin nombre y sin forma, pura energía de vida y luz de conciencia, usted estará en paz, inmerso en el profundo silencio de la realidad».

de la atención de uno le dejan a uno indemne; dirigidas hacia dentro a esta Nada inmóvil, son invariablemente fatales. No hay que sorprenderse, entonces, de que el giro de 180° hacia la Inmovilidad resulte terrorífico. Y no hay que sorprenderse tampoco de que, en el Infierno de Dante, el tormento más severo no sea el hecho de girar envuelto en rugientes llamas sino ser atrapado en un sólido bloque de hielo para siempre. Lucifer, el orgulloso e hiperactivo padre de las mentiras, al tomar obstinadamente la Inmovilidad absoluta por la Muerte absoluta –y no también por la Fuente de la Vida misma– atrae sobre sí su propio castigo.

Todo lo que se necesita para librarse de este hechizo diabólico es simplemente veracidad, humildad frente a lo dado, a lo clamorosamente obvio. (Una vez que me he aceptado y familiarizado conmigo mismo como el *Kutub* o Eje del mundo móvil, encuentro sorprendente cómo pudo ser que me cegara a mi absoluta inmovilidad ni siquiera por un momento). Con solo mirar, con solo atreverme a fiarme de mis sentidos, tengo que admitir con Wallace Stevens (en su poema «La Roca») que «Es una ilusión que nosotros hayamos estado nunca vivos». Entonces puedo continuar descubriendo con Steven Levine (en su conmovedor y valioso libro, *¿Quién muere?*) que «cuando nosotros nos damos cuenta de que ya estamos muertos, nuestras prioridades cambian, nuestros corazones se abren». La *Inmovilidad* bienvenida aquí es una Muerte que trae al mundo vida y amor.

«La noción de que yo estoy muerto como una piedra va demasiado lejos, es más de lo que puedo admitir», puede usted protestar. «¡Es un insulto a mí, y al sentido común!»

Bien puede resultar que el sentido común no sea tan ofendido, replico yo. Si hay un problema aquí es más bien que uno no es suficientemente dado al sentido común, que uno es demasiado ingenioso y sofisticado.

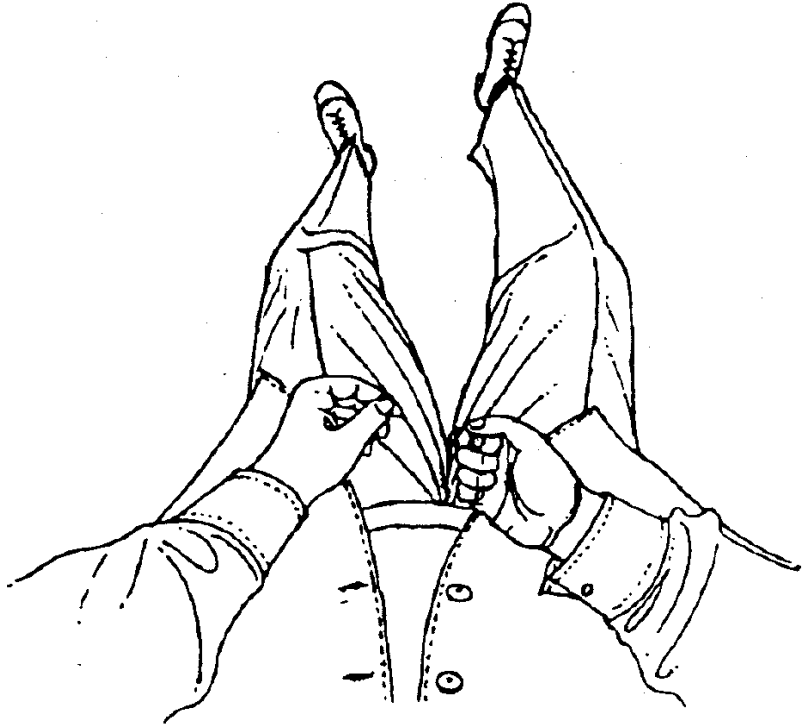
Al comienzo de toda esta investigación yo señalaba esa certeza, la más ineludible de todas –el hecho de sentido común de que usted y yo estamos alineados en la fila de la muerte a la espera de ejecución–. Solo tres detalles menores de ese horrendo evento –primero, el medio por el que el *golpe de gracia* será administrado; segundo, la fecha y hora exacta; tercero, la manera y el estado de ánimo de la muerte de uno– solo estos detalles son hasta ahora desconocidos.

Y ahora, mucho más adelante en la investigación, yo me encuentro preguntándome insistentemente: *¿son desconocidos?* Y respondiendo aún más insistentemente: *si es así, ésa es mi elección. Ella me pertenece.* Yo descubro que puedo resolver los tres ahora mismo.

Tomo primero los muchos medios posibles de ejecución. Ninguno es tan completamente súbito y seguro, tan dramáticamente final, como el hacha del decapitador o la guillotina. ¿Qué

podría ser más despiadado y punzantemente auto-evidente que el hecho de que perder la propia cabeza es perder la propia vida? Por otra parte, ello es sólo sentido común.

He aquí la prueba. Yo estiro mis piernas, miro hacia abajo y asumo lo que veo:



Y me digo que los decapitados están perfectamente a salvo. Nadie puede ser guillotinado dos veces. Los decapitados nunca mueren. Es tan simple como eso, tan de sentido común como eso, tan crítico como eso.

En cuanto a la fecha y hora de mi ejecución, ¿no la he establecido como precisamente *ahora*? Y la manera de mi morir –¿cómo se siente la muerte, cuál es el estado de espíritu de uno en ese momento?–. Bien, le corresponde a usted y a mí decirlo, ahora.

¿Y no concluiría maravillosamente este ejercicio de sentido común encontrar que perder su cabeza es encontrar su corazón? De hecho, durante mucho tiempo yo fui tan testarudo, tan dominado por la cabeza, tan fría y calculadoramente sesudo, que mi corazón de natural cálido no tuvo ninguna oportunidad. Bien, ¿qué acontece cuando yo «vivo la vida sin cabeza»? Tengo que constatar un (muy necesitado) incremento de ternura.

«¡Todo esto es invalidado por un hecho básico», puedo casi escucharle decir a usted, «el hecho de que todavía tengo una cabeza aquí sobre estos hombros. Yo puedo sentirla. Estoy tocando la cosa ahora mismo!»

En otras palabras (respondo) usted habla como un ser humano y por consecuencia usted es un ser humano. Y los seres humanos están convencidos de que, sin excepción, tienen cabezas –tan convencidos están que jamás se les ocurre poner en duda el hecho–. YO TENGO UNA CABEZA es ciertamente tan fundamental a la condición humana, tan «obvio», tan por supuesto, que (casi) nadie repara en mencionarlo, y no digamos nada de cuestionarlo –con el resultado de que la idea permanece fija en el trasfondo de la consciencia–. Los humanos están convencidos de que tienen cabezas constantes y de que no hay ninguna necesidad de decirlo; mientras que, debido a que ellos no caminan, o comen, o mueren constantemente, necesitan decir «yo camino, yo como», y demás, según la ocasión lo requiera –con el resultado de que estas actividades vienen a un primer plano de la consciencia–. Sin embargo, esta asunción «Yo no soy excepcional, yo tengo una cabeza aquí exactamente igual que éstos ahí» es precisamente el mismo tipo de insensatez que asumir que mi comer, caminar, dormir o morir son exactamente iguales a los que yo le veo hacer a usted. De hecho, esta asunción subyace a todos los incontables ejemplos de supresión de la Primera Persona, de igualación de la experiencia de uno de esta Primera Persona con la experiencia de uno de esas segunda y tercera personas. He aquí el «pecado original», la «caída del Paraíso», el error específicamente humano, la pretensión fatal (o, si usted prefiere, el gran salto cuántico, el golpe de genio imaginativo, la invención brillante) sobre el que se basan todos ellos. YO TENGO UNA CABEZA no es ciertamente una aserción trivial. Bien sea explícita o implícita, constituye toda la diferencia. Ello equivale a decir YO SOY HUMANO. Lo cual equivale a admitir YO MORIRÉ Y ESO SERÁ MI FIN. Todos cuantos están alineados en la cola de la muerte esperando la ejecución tienen cabezas sobre sus hombros.

La cuestión es: *¿Soy yo igual? ¿Es ésa mi experiencia o es sólo imaginación? ¿Soy yo uno de los condenados?* Veamos. Usted es invitado –respetuosamente exhortado– a juntarse a mí en el siguiente experimento:

Atento a mi lenguaje, comienzo definiendo lo que es una cabeza. Mi diccionario la define como «la parte más alta de un cuerpo, y que consta de cráneo, cerebro, cara, boca, orejas, etcétera». (¿Puedo considerar que usted acepta esta definición?) Ahora, comenzando desde cero con una mente abierta, tengo que determinar si yo tengo una cosa tal –o algo que se le parezca– sobre la parte más alta de este cuerpo.

Toco mis orejas... ¡Eso ya es falso! Eso es charla deplorablemente vaga. ¿Qué orejas?... Comencemos de nuevo:

Tengo una sensación táctil con la que relaciono la idea de una oreja derecha, y otra con la que relaciono la idea de una oreja izquierda. Según la evidencia presente, ¿cuán lejos están

ellas una de otra? Yo estoy sorprendido de descubrir que la distancia que percibo entre ellas es inmensa, tan lejos como el Este del Oeste; o como ninguna distancia en absoluto, de manera que ellas se funden en una sola sensación; o como alguna dimensión finita entre estos dos extremos. ¿Y qué ocupa, de nuevo según la evidencia presente, esta oquedad tan extrañamente elástica? Encuentro que puedo ver sus contenidos como espacio completamente vacío, o también como esta escena ricamente compleja, como este amplio, amplio mundo que ahora está de cara a mí, que es mi «cara» ahora mismo. Y estoy completamente seguro de esto: siempre que estoy atento, lo que encuentro justamente aquí entre mis «orejas» y sobre mis hombros, no podría ser más desemejante de lo que mi diccionario llama una cabeza. Y, como comprobación, llevo a cabo otros experimentos similares –tales como explorar la oquedad entre este «tocar la coronilla de mi sensación de cabeza», y este «tocar mi sensación de barbi-lla»– con resultados similares. Sinceramente intento, e intento, e intento nuevamente, restituir mi «cabeza pre-ejecución» aquí sobre estos hombros (esto es charla insensata también, por supuesto), y fracaso en todas las ocasiones. De hecho, estoy obligado a inventar una palabra: ¡no es que yo esté decapitado, sino que yo jamás he estado «capitado»!

Es suficiente por lo que toca a mis descubrimientos. ¿Cuáles son los de usted? Por favor, lleve a cabo estos mismos experimentos una vez más y, mientras cuida de que su lenguaje acompañe a su experiencia, dígame exactamente lo que descubre. Y, mirando a su alrededor a esas gentes (incluyendo el que hay en su espejo) decida si usted ha logrado encontrar o reconstruir sobre sus propios hombros un objeto, una cosa, un cofre, una coronilla, una pelota de carne, una hogaza, *algún* tipo de fundamento que dé pie a la comparación con esas esferas pilosas, de una sola pieza, tridimensionales, dotadas de color, sólidas y opacas que coronan cada uno de esos cuerpos. Y finalmente, habiendo hecho el mejor trabajo de construcción de una cabeza que usted pueda, diga si ha tomado residencia en ella, y si está dispuesto a decirle al mundo cómo es ella por dentro.

Bien, por mi parte estoy encantado de decir que todo este trabajo de construcción de una cabeza es completamente imaginario, todo castillos en el aire, todo fantasía. Yo hablaba –me hablaba a mí mismo– desde de ella. Pero si ella fuera real, sería mi muerte.

En el Jardín del Edén antes de la Caída, Adán era Espacio para Eva, Eva era Espacio para Adán. Ellos intercambiaban sus caras en la perfecta asimetría prehumana. Entonces una tercera parte intervino –la astuta Serpiente desde cuyo punto de vista Adán y Eva estaban cara a cara, en colisión frontal– y la Serpiente les habló para que compartieran su punto de vista. Ella les inició en el arte específicamente humano y fatal de la imaginaria simetría entre la

primera persona y la tercera persona, de distanciarse de uno mismo y mirar atrás a uno mismo «a través de los ojos de los otros», de auto-cosificarse a uno mismo, de cambiar lo que uno *es* a cero metros por lo que uno *parece ser* a un metro, de la auto-alienación.

En otras palabras, el fruto prohibido que Eva dio a Adán fue esa gran manzana de su cabeza. Ya no más espacio vacío para ella, él se erigió ahora contra ella. O así lo supuso él. El resultado de este «conocimiento» fatal, como se predijo, era la muerte. El que tiene una cabeza, muere.

Ésta es en pocas palabras la historia de nuestra especie, que comienza atrás en la prehistoria cuando algún miembro altamente imaginativo de ella surgió con una nueva y poderosa magia, un conjuro extremadamente complicado. Tender la mano y coger esa cabeza de las profundidades del agua serena y quieta, escurrirla y secarla, llevarla hacia arriba, agrandarla en el camino, darle la vuelta, plantarla encima de este tronco, fundir la sensación de ella aquí con la visión de ella ahí en el agua, y por último comenzar a hacer gestos y ruidos apropiados –hablar– acordemente. Una hazaña completamente «imposible» de magia ancestral recapitulada en la propia vida individual de uno, en la medida en que el bebé sin cabeza, aprendiendo el mismo conjunto de trucos con espejos en lugar de aguas quietas, y con mucha más charla, deviene una persona con cabeza y cae del Paraíso. O llamémosla, en lugar de meros trucos, esa pasmosa invención-convención que no cabe duda de que en el pasado ha justificado toda su falta de inocencia y autoengaño innumerables veces, convirtiendo mágicamente (repito *mágicamente*) un animal inconsciente en un humano consciente de sí mismo. Pero toda magia rebota; ella es arriesgada y cara. ¿Y el costo, en este caso? El mito del Edén lo predijo en general, nuestros periódicos se suman a él a diario con terroríficos detalles, y sus columnas obituarías nos recuerdan el ajuste de cuentas final.

La historia del Antiguo Testamento, tan lejos de toda alegría, es ciertamente profunda. Y también lo es su secuela mucho más feliz del Nuevo Testamento. Aquí la promesa es que «mientras que en Adán morimos todos, así en Cristo todos seremos hechos vivos» –vivos en el Cristo Universal y Eterno que es la Única Cabeza del Cuerpo con sus innumerables miembros, la Única Luz Verdadera que ilumina a todo hombre y mujer que viene al mundo–.

¿Qué es esta historia bíblica sino una versión poética y pintoresca –y para muchos una versión atractiva y fácilmente asimilada– de las conclusiones a las que hemos llegado aquí y expresado en un lenguaje más astringente?

En este capítulo he ejemplificado el tipo de cosa que acontece cuando, muriendo ahora a mi naturaleza terrestre, yo renazco en mi Naturaleza celeste: *Yo cambio («de») identidad a la*

única Primera Persona del Singular que no es otro que Dios mismo, y yo hablo su lenguaje. Viviendo ahora en el Cielo como Él más bien que con Él, hablo con sensatez y anuncio la verdad de Dios en lugar de las fantasías y mentiras flagrantes del hombre. Y entonces encuentro que, al mismo tiempo que esta vida de resurrección no es más que la vida del hombre y el mundo, también es esa vida vuelta del revés, enteramente transfigurada, como ella es realmente.

¿Dejaré que un mal uso del lenguaje descuidado e inesencial me ciegue y entontezca, me someta a centenares de engaños, me haga caer del Cielo a la Tierra, de la Deidad a la humanidad y me introduzca en una vida presente y una muerte futura llenas de oscuras incertidumbres? ¿O haré uso del lenguaje sensata y honestamente a fin de que me conduzca a través de la muerte ahora mismo a la Clara Luz del Vacío, esta Verdadera Luz de Consciencia que YO SOY, que está justamente aquí para verla? ¿Haré un uso tan malo del lenguaje de modo que lo mejor que pueda esperar sea una luminosa y bella experiencia *cercana* a la muerte en el futuro, seguida por –qué–? ¿O lo usaré de tal modo que tenga esa experiencia de muerte *presente* que al instante se abre en la Eternidad? ¿Experiencia *cercana* a la muerte o experiencia de muerte presente –cuál será–?

Al decidir en favor de la experiencia de muerte *presente*, yo no debería olvidar el costo. Esta experiencia de muerte *presente* no es una opción barata, y ciertamente no es charla vacía e inofensiva o mera manera de hablar, sino mortalmente seria. Rumi no exagera cuando dice: «Aquellos que son sin cabeza debido a la pobreza espiritual están cien veces más aniquilados que los que están muertos».

Por otra parte, es esta Última Muerte la que desemboca instantáneamente en la Última Vida, La Vida Eterna, Ahora.

La ciencia después de la muerte

«Los fenómenos son reales cuando son experimentados como el Sí mismo e ilusorios cuando son vistos aparte del Sí mismo.»

Ramana Maharshi

«¡Esto es *demasiado!*» –puedo escuchar objetar a alguien. «Ciencia *Celeste*, ciencia en *el Más Allá*: ¿qué podría ser sino divagaciones religiosas o místicas que son el opuesto polar de ciencia? Esto es poner todo al revés».

¡Un comentario muy plausible ciertamente!

La broma, sin embargo, es que es nuestro objetor el que tiene todo del revés. En este capítulo tengo la intención de mostrar que, en todo tipo de aspectos, la ciencia celeste o *postmortem* (me refiero a la muerte total que uno muere *ahora*) *es mucho más científica de lo que podría serlo nunca la ciencia terrena o premortem, así como mucho más práctica*. Y, naturalmente, mucho más relevante para la gran cuestión del destino eterno de uno.

Y, de la misma manera que hemos encontrado el lenguaje celeste haciendo uso del mismo vocabulario y gramática que el lenguaje terrestre (con todas sus limitaciones) pero trayendo consigo sus propios significados vastamente diferentes, así también encontraremos que la ciencia celeste abraza los descubrimientos de la ciencia terrestre (nuevamente con todas sus limitaciones) pero trae consigo igualmente su visión de la realidad vastamente diferente.

He aquí, a modo de ejemplo, diez puntos en los que la ciencia celeste aventaja a su contrapartida terrestre. Son los siguientes:

- (I) *Ella no es unilateral*. No es unilateral y unidireccional según el modo de la ciencia terrestre, pues tiene en cuenta lo que hay a *ambos* lados de su instrumento –el Observador en la punta de aquí del microscopio o telescopio por ejemplo, no menos que lo observado en su punta de ahí–. Yo no entiendo al científico como un cuerpo-mente o tercera persona sino como Primera Persona o Espacio Consciente para esa célula, esa estrella, o lo que sea. Este Vacío *es* esa forma: esa forma *es* este Vacío. Ellos nunca son servidos

separadamente. Ellos son aspectos estrictamente indisolubles de un Todo que, cuando es dividido, es desnaturalizado, un artefacto. (Mire arriba ahora, y compruebe que el Espacio que usted está dando a la escena no es otro que la escena).

- (II) *Ella es clara y sin distorsión.* Como hemos observado en el Capítulo 17, en el Cielo ninguna distancia interviene entre Observador y observado. Estas manos que veo, esta estrella que veo, las veo *aquí* y las fotografío *aquí*. Sujeto y objeto coinciden, no dejando ningún sitio entre ambos para ninguna interferencia extraña. La ciencia terrestre, por otra parte, está siempre alejada de su objeto. Una atmósfera o medio –nunca perfectamente claro y a menudo muy oscurecedor y distorsionador– interviene siempre.
- (III) *Ella es no-violenta.* La ciencia terrestre solo puede llegar a conocer su material estropeándolo, o incluso destruyéndolo. Al bombardear átomos con partículas, al matar y tinter células, al inmiscuir antropólogos dentro de sociedades tribales, y así sucesivamente, ella invalida más o menos sus propios descubrimientos. No ocurre lo mismo con la ciencia celeste. Vacía para sus objetos, ella no tiene nada con lo que atacarlos o abatirlos. Ella los acoge como los encuentra, como se dan y donde se dan.
- (IV) *Ella está perfectamente equipada.* Mientras los instrumentos que la ciencia terrestre tiene que usar nunca son enteramente eficientes, nunca completamente «transparentes», la ciencia celeste no tiene ninguno y no necesita ninguno. Ella es la transparencia misma.
- (V) *Ella es exacta.* La ciencia terrestre es aproximativa, nunca completamente cierta, en último recurso una cuestión de posibilidades estadísticas. La ciencia celeste, por el contrario, es precisa, y es la certeza misma.
- (VI) *Ella es práctica.* La ciencia terrestre es arrastrada y seducida a darse a sí misma toda suerte de fines dañinos y desastrosos. Estos surgen de la asunción incuestionable de que las gentes, organizaciones, religiones, naciones, y bloques de poder están *confrontados* unos con otros como entidades separadas. La ciencia celeste, que es la negación de la confrontación, trabaja secreta e infatigablemente para curar esta enfermedad. Ella ve y opera desde la Fuente curativa.
- (VII) *Ella no suscita controversia.* No ofreciendo nada sobre lo que diferir, la ciencia celeste lleva al acuerdo. (¿Sobre qué más sino sobre este Sujeto encontrará usted acuerdo al cien por cien entre jóvenes y viejos, hombres y mujeres, educados y no educados, extraviados y guiados –entre sabio y santo y pecador, entre escritores modernos y medievales y antiguos, entre musulimes y cristianos y budistas e hindúes– sobre qué más sino sobre Éste, el Sujeto de nuestra Identidad Común?) La ciencia terrestre, por el contrario –en la

medida en que se basa en ideas y es especulativa— es pendenciera, dividida contra sí misma, sin resultados concluyentes.

- (VIII) *Ella está basada en la percepción.* Subyacente a las siete características de la ciencia celeste señaladas hasta aquí, está la característica crucial de que, en tanto que simple mirar-para-ver, ella está firmemente basada en la percepción. Esto significa que no está contaminada por las creencias, opiniones, suposiciones e insensateces conceptuales, y que es capaz de verificación repetida por cualquiera en cualquier parte, y por lo tanto estrictamente científica. Nuestras pruebas (o experimentos) proporcionan un pequeño ejemplo del procedimiento y su rigor. La ciencia terrestre, por el contrario, sólo puede ser, en parte al menos, hipotética e inverificada y en esa misma medida incientífica.
- (IX) *Ella es realista.* Las cosas que son del interés de la ciencia terrestre, a fin de ser manipuladas y estudiadas, tienen que ser artificialmente aisladas del resto. No son nunca completas del todo, son fragmentos de sí mismas, artefactos del observador-experimentador que inevitablemente las amputa del contexto que las hace ser lo que ellas son —y en esa misma medida son irreales—. La ciencia celeste acoge estas cosas parcialmente irreales y las completa de la única manera en que ellas pueden ser verdaderamente completadas, a saber, viéndolas siempre desde su Origen Infinito, desde la única Primera Persona del Singular y verdadero «YO». Así, Ramana Maharshi dice: «Los fenómenos son reales cuando son experimentados como el Sí mismo e ilusorios cuando son vistos aparte del Sí mismo».
- (X) *Ella arroja luz sobre mi muerte.* La ciencia terrestre me deja en la oscuridad aquí: mientras que la ciencia celeste me ve completamente a Mí, el Brillo imperecedero.

Pero todo esto es, sin embargo, demasiado abstracto, demasiado verboso. La ciencia *post-mortem*, la ciencia de la Primera Persona del Singular, no es nada reducida a un mero programa, a un inofensivo tópico para la discusión. Puesta en operación, lo pone todo patas arriba, lo pone todo del revés. Lo que acontece en la práctica es que nosotros damos un giro de 180° súbito —pero enteramente seguro— en la dirección, de otro modo letal, de la propia vida de uno antes de que sea demasiado tarde. O iniciamos una revolución interior y no violenta que hace que Trotsky parezca un burgués. O explotamos la bomba infra-nuclear que destruye todas las bombas. Aquí —para cambiar de metáfora nuevamente— tenemos una apertura cuyo potencial multifacético es ilimitado. Si hemos encontrado que es la necesitadísima apertura en el campo de la tanatología —en la ciencia, pura y aplicada, de la muerte— esto se debe a que su campo real es mucho más amplio que ése. La dificultad, de hecho, es encontrar un apartado de nues-

tra vida que no amenace –o prometa– trastornarla, y que finalmente la transforme radicalmente.

He aquí unos pocos ejemplos: en Biología evolutiva esta apertura se manifiesta como una mutación en nuestra especie y no como una mera variación: pues la historia interior de los Veedores es lo opuesto diametralmente de la de los no-veedores –con marcado efecto sobre el comportamiento–. En Sociología y Política esta apertura emerge como el único remedio para la confrontación –la mentira de la simetría de la primera persona y la tercera persona, de mi oposición frontal a usted– que envenena nuestra vida a todos los niveles y amenaza con acabar con ella enteramente²³. En Psicoterapia esta apertura resulta ser nuestra única cura real –a saber, la visión de doble dirección consciente de nuestras mentes perturbadas desde la No-mente no perturbada aquí que es su Fuente–. En religión espiritual (alias misticismo de *vía negativa* o la Filosofía Perenne) esta apertura es ese redescubrimiento de lo evidente²⁴, esa humildad frente a la evidencia, ese fiarnos de nuestros sentidos, lo cual a la postre confirma, rectifica, completa, asienta, y actualiza vívidamente las intuiciones de esos exaltados Veedores que tienen tendencia a desdeñar el mundo inferior –el mundo común e impuro de las vistas y sonidos, de los sabores y olores– juzgado indigno de su atención. En Educación...

Pero es innecesario continuar. Basta recordar al lector que todo esto, también, es para dudar, sopesarlo, probarlo. Créame, atégase a lo que yo digo, y usted ya se ha extraviado. Pero siga su propia guía, confíe en lo Que usted es, haga ese giro de 180° hacia su Sí mismo, y vea si usted no ha hecho ya la gran apertura, si no es ya un experto en la ciencia de su propio Origen Sin Muerte, la Ciencia de la Primera Persona del Singular.

Y recordemos que nosotros no estamos desafiando ni uno solo de los descubrimientos establecidos de la ciencia terrestre, ni interfiriendo en su campo en absoluto. En particular, nuestra ciencia de la Primera persona o Sujeto no está diciendo nada sobre la muerte que la ciencia de la segunda y tercera personas y objetos pueda tener ya en su haber, por no decir nada de rebatirlo. Nuestra ciencia está completamente de acuerdo en que usted (la segunda persona) morirá, que él (tercera persona) morirá; y se limita a afirmar que YO (la Primera Persona del Singular sobre quien la ciencia ordinaria no tiene nada que decir) no moriré nunca.

Lo mismo que la ciencia del objeto refleja fielmente la naturaleza temporal de la tercera persona, así también la ciencia del Sujeto refleja fielmente la naturaleza sin tiempo de la Primera Persona –con consecuencias que son absurdas– o bien inevitables y apropiadas y muy

²³ En «The face game» y «Confrontation, the game people play» he desarrollado este tema.

²⁴ Ver mi *On Having No Head, Zen and the Re-discovery of the Obvious*, Londres, Arkana, 1986.

significativas –de acuerdo con su punto de vista (de usted)–. Para ilustrar esto –mostrando cuán radicalmente conforma mis actitudes mi profunda convicción de que yo soy sin muerte– debo regresar a mi curioso grupo de hechos tocados anteriormente en esta investigación: yo me encuentro a mí mismo repasando las columnas obituarías, notando complacidamente las muertes de los que son más jóvenes que yo, así como las de los que son de mi misma edad, al tiempo que nunca imagino mi propio nombre ahí tan pronto; me encuentro a mí mismo mirando alrededor compasivamente a las personas viejas –algunos de ellos mucho más jóvenes que el que yo veo en mi espejo– y pensando quizá en cuán poco tiempo les queda (¡a diferencia de mí, créalo o no!); me encuentro a mí mismo contando el racimo de velas en la tarta de cumpleaños de mis amigos, sin tener en cuenta el bosque de la mía; me encuentro a mí mismo no sintiendo ni un día más cerca la muerte de lo que la sentía a los veinte años, a pesar de mis crecientes achaques. Y así sucesivamente –¡como si la vida fuera una condición terminal para todo el mundo excepto para mí mismo!–. En todo tipo de circunstancias mi sentido de perdurabilidad –mi certeza de que yo, sólo yo, no moriré– es evidente.

¿Es esto sólo una muestra irónica de ese rechazo popular a mirar de frente a la muerte que (como veíamos más atrás) marca nuestra cultura? ¿Es esta extraña autosatisfacción –esta aparente serenidad frente a la muerte– simplemente el signo del comienzo de la senilidad? ¿O es ella una misericordiosa provisión de la Naturaleza, una piadosa ilusión acordada a Douglas E. Harding para las últimas etapas de su vida, de la misma manera que la estimulante ilusión del éxito futuro –éxito sin mezcla de fracaso– le fue acordada en las primeras etapas? ¿Es ella sólo eso y nada más? ¿Es ella autoengaño? ¿O es ella Auto-revelación?

La Primera Persona del Singular responde alto y claro: evidentemente ello es autoengaño cuando se aplica a él, a esa tercera persona; Auto-revelación cuando se aplica a MÍ.

Esta invitación viene a usted y a mí de MÍ: «Vuelva a Casa desde su tercera persona periférica a su Primera Persona central. Entre desde ese “él” mortal ahí *en* su espejo a este “YO” sin muerte aquí *enfrente* de él. Y sea el “MÍ” eterno que usted ya es».

«Porque “yo” soy la resurrección y la vida, y todo aquel que ve y cree en “MÍ” no morirá nunca».

La vida después de la muerte

«No sea que venga el Juicio Final y me encuentre no aniquilado, y yo sea agarrado y puesto en manos de mi propia egoísmidad.»

William Blake

Comencé este *Librito* con la cuestión de mi Identidad, mi Naturaleza esencial, lo que yo soy irreductiblemente y cuán permanente es ello. Y he continuado haciéndome la misma pregunta a todo lo largo de él, evitando tomar la palabra de otros, pues lo que ellos son no está en situación de decirme lo que yo soy –a saber, lo que es ser mí mismo en este momento, justo aquí donde yo soy–. Algunos de mis descubrimientos continúan dejándome perplejo, sin aliento, a menudo anonadado –anonadado hasta la mudez–. Yo sólo puedo decir, como dice Rumi, que muerdo el dorso de mi mano.

Y ahora, al cierre de esta larga investigación, realmente me encuentro conmigo mismo. Acabo con lo que encuentro que es la respuesta más pasmosa, última, concluyente y por encima de todo *personal* a mi pregunta inicial: dando con ello (casi incidentalmente) el golpe mortal a la Muerte misma.

Por supuesto, no le ofrezco a usted, mi querido lector, esta respuesta concluyente (de la misma manera que no le ofrezco las interinas) para que la crea sino para que la sopesa y la pruebe y la ponga en práctica: rechazando todo lo que usted descubra que es falso, poniendo a un lado para una investigación posterior todo aquello de lo que no esté seguro, y compartiendo conmigo y otros lo que es verdadero según su experiencia más íntima y *personal*.

Note que he usado el adjetivo *personal* dos veces ya. Y con buen criterio. Pues da la clave de este capítulo sobre el secreto más íntimo de la vida después de la muerte, y me permite hacer esta confesión: *Una inmortalidad impersonal y anónima podría satisfacer quizás a un santo –no a mí–*.

Estoy dando voz aquí a una duda o reserva muy insistente y poderosa que nunca ha estado completamente ausente a todo lo largo de esta investigación: una duda que ya no puede ser soslayada más, que tiene que ser hecha explícita y resuelta ahora. Para mí es cierto que *ver* es

esencial, crucial, la única cosa necesaria –simple ver en la Naturaleza sin tiempo, sin cualidades, vacía justamente aquí–. Sin embargo, si este ver es un mero ver impersonal en profundidades impersonales, no es suficiente. *Él no tiene garra, me deja frío, no es sentido en el corazón.* Aunque este ver demuestra ampliamente, y me persuade más allá de toda duda, de que Esto es lo que yo soy, no atrapa mi adhesión total. Hay algo muy profundo en mí que resiste a las generalidades y generalizaciones y al olor mismo de las abstracciones, y que insiste en una perdurabilidad concreta y específica y desvergonzadamente *personal*. *¡Ella tiene que ser mía!*

¡Sí, lo sé: yo soy egocéntrico, engreído, codicioso! ¡Soy egoísta, y no hay nada que pueda hacer –o proponerme hacer– al respecto! Pues no es bueno en absoluto barrer esta cosa ruda debajo de la alfombra, o tratar de reprimir al irreprimible ego (el intento solo lo exacerbaría en maneras muy malsanas), o tratar de empequeñecerlo mediante disciplinas auto-negadoras, las cuales solo cambiarían un ego decentemente franco y secular por un ego indecentemente santo («Yo soy un santo, usted es un pecador. Yo estoy iluminado, usted está en la oscuridad»). ¿Qué más, después de todo, es este regañadísimo ego, este ansia personal, este voraz apetito, esta confianza egoísta? ¿Qué es sino un rudo nombre para la vitalidad, la energía, las ganas de vivir? ¿Y qué es la falta de él sino el cansancio del mundo y el tipo enteramente equivocado de «morir antes de morir»? ¡Ciertamente sí! Pero, sin embargo, este ego mío según se presenta no coopera en absoluto: es ingobernable, es mi perturbación. Yo no puedo vivir con él ni tampoco vivir sin él. Lo que hay de malo en él no es que sea malo, sino que es inmaduro y no completamente él mismo. Falta algo. El ego, muy ciertamente, necesita corrección –para terminarle, no para empequeñecerle: necesita ser extendido hasta el límite y completado–. (Esto es enteramente diferente de inflarle. Como hemos notado más atrás, la subordinación de la egoidad individual de uno hasta el punto de la identificación con su clan, iglesia, raza, sexo, patria, nación o dios, no es auto-desvanecimiento sino auto-engrandecimiento e inflación del ego; y casi siempre lleva a una desesperada perturbación debida al sí mismo ampliado, por no decir nada del mundo). No cabe duda de que la *Prashna Upanishad* tiene razón, y que «el sí mismo personal y el Sí mismo impersonal, imperecedero y último son uno». Sin embargo, el sí mismo o ego ordinario y no regenerado no es ni suficientemente personal ni está suficientemente auto-centrado. Ese *yo soy* falso, todavía no total, que es no esencial, que es un pretencioso equívoco se erige en competición con otros falsos *yo soy*, hasta que finalmente la verdad amanece, y él emprende realizarse a sí mismo como el Único Ego, el solitario YO SOY, o (en el poderoso y tajante lenguaje de Eckhart) como la Divinidad que es la única verdaderamente Personal, la única que puede decir YO SOY. Por otra parte –por esa divina y exacta lógica que los lógicos sofisticados describen como paradoja– este último Ego es también el último

No ego; esta Superpersona es también enteramente impersonal; esta cumbre suprema de Auto-importancia es también el más profundo Valle de Humillación; esta perfección de Auto-amor se derrama necesariamente incluso sobre lo menos amable; esta única Soledad no es Ella misma sin lo más miserable de la población del mundo por todas partes y siempre. Una vez más, el maestro Eckhart lo dice: «Las alturas de la Divinidad no son nada sino las profundidades de la humildad». Y así también el Maestro del Maestro Eckhart, el que pudo describirse a sí mismo como «de corazón manso y humilde», no obstante anuncia sin el más mínimo temor: «Antes de que Abraham fuera, YO SOY».

Todo esto yo lo sé bien, al menos cuando estoy bien despierto. Y lo siento también, al menos cuando estoy bien. Pero mis preguntas finales a mí mismo son éstas: ¿Siento yo así mi vía dentro de este Ego verdadero y completado, me identifico así con ese solitario YO SOY, de manera que en mis entrañas estoy más cierto, mucho más cierto de ser este Uno que de ser Douglas E. Harding? ¿A qué nombre respondería yo instintivamente si ambos fueran pronunciados? ¿Tomo este infinitamente mayestático YO SOY mucho más personalmente de lo que tomo ese misérrimo yo soy, con el resultado de que, lejos de trascender lo personal (para obedecer a algún código moral o conformarme a alguna espiritualidad abstracta y exangüe) yo realizo al fin su esencia misma? ¿Es esa realización supremamente personal la misma que llevó al Buda que predicaba el no ego (*anatta*) a exclamar: «¡Por encima y por debajo de los cielos, solo yo soy el venerado!»? ¿Y al autor del *Ashtavakra Gita* que se describe a sí mismo como «libre de ego», a anunciar: «¡Maravilla de Yo Soy! ¡Adoración a Mí, que no conozco declive y que sobrevivo a la destrucción del mundo!»?

Estas preguntas son ciertamente tan personales que no vendría a cuento extenderse en ellas aquí, excepto para mencionar qué es lo que me empuja de hecho sobre el borde de *yo soy Douglas E. Harding entre otros mortales* al abismo de YO SOY SIEMPRE. Ello es pasmo. No pasmo de *lo que yo soy* sino pasmo de *que yo soy*, sin ningún *por qué*. Pasmó ante la Auto-originación del Uno, sin ninguna ayuda externa y sin ninguna razón, desde la oscura noche del mero caos y el no ser y la inanidad. Pasmó ante esta Consciencia que «imposiblemente» se promueve a sí misma desde NADA ES y YO NO SOY a SÓLO YO SOY, y lo hace así no allá lejos y hace mucho tiempo y de una vez por todas, sino continua y ahora mismo y justamente aquí. Pasmó de que *no hay* lo que «debe haber», lo que es «natural» y «razonable» –a saber, nada en absoluto, ni una mota de polvo, ni un temblor de consciencia–. Pasmó y gratitud y felicidad, finalmente, de que hay solo Uno que puede pensar y sentir y hablar de esta manera, solo Uno que puede sentir este pasmo, pues la noción de que Douglas E. Harding

como Douglas E. Harding pudiera comenzar a hacerlo es enteramente ridícula y enteramente egoísta en el viejo mal sentido.

Lo dicho es suficiente, especialmente cuando he tratado en otra parte sobre esta última Auto-satisfacción, sobre este pasmo esencialmente personal –que es también culto y adoración de lo completamente «otro» (*On Having No Head - Zen and the Re-discovery of the Obvious*, págs. 65-70).

Esta posdata está dirigida al lector cristiano que esté escandalizado por todo intento de acortar –y mucho menos de cerrar– la inmensa oquedad entre Creador y criatura. Y al lector no cristiano que admita estar completamente condicionado por nuestra monolítica cultura cristiana de cientos de siglos, con sus imperativos y prohibiciones dados por establecidos.

Un amplio número de «heréticos» han sido quemados vivos por proclamar mucho menos de lo que yo he proclamado en este capítulo. ¡Pero algunos venerados cristianos «ortodoxos» han proclamado tanto –o aún más– y escaparon indemnes! Uno de éstos fue el beato Jan van Ruysbroeck (1293-1381) quien, habiendo sido cuidadoso en la execración de todo el que pretendía ver y ser Dios fácil y barato y según sus propios términos, escribe así:

«Comprender y entender a Dios por encima de toda similitud, como él es en sí mismo, es ser Dios con Dios, sin intermediario... [Pero] quienquiera que desee comprender esto debe haber muerto a sí mismo, y debe vivir en Dios, y debe tornar su mirada a la Luz eterna en el fondo de su espíritu, donde la verdad oculta se revela sin medios... Esta claridad es tan grande que el amante contemplativo, en su fondo donde reposa, no ve ni siente nada sino una Luz incomprensible; y en medio de esa simple Desnudez que envuelve todas las cosas, se encuentra a sí mismo, y se siente a sí mismo, ser esa misma Luz por la cual él ve, y nada más.»

Y mucho más en la misma línea.

¡Y la Iglesia beatificó a Ruysbroeck declarándole bienaventurado en el Cielo y digno de veneración pública!

Yo tengo tres sugerencias. Poniendo a un lado todos sus escrúpulos, compruebe hasta dónde la experiencia de él concuerda con la suya. Aplíquela como un bálsamo para calmar todo sentimiento de culpa residual que usted pueda estar sufriendo. Y tenga la certeza, por la manera en que él insiste, de que uno no accede a la deificación más que pagando el precio más alto (llámelo la pena capital si quiere). Ella no podría ser más *cara*, en ambos sentidos de

la palabra: *cara y querida*. De una manera u otra, ella le cuesta a usted su vida: él lo dijo así, yo lo digo así, y a su propia manera horrible la Santa Inquisición también lo dijo así. En otros términos: Viendo que todo excepto Dios, perece, la única salvación para usted es *ser él*. ¡No un cambio de identidad para el timorato o el tibio! Usted tiene que morir por ello. Ahora.

Para concluir, he aquí una nota más personal: confieso que con frecuencia, a lo largo de toda mi vida de adulto, me he encontrado a mí mismo utilizando el vocabulario evangélico de mi infancia:

¡S.O.S. ... S.O.S. ... Ésta es mi Llamada de Socorro... Estoy perdido, ahogándome en este océano proceloso...!

La señal fuerte responde: *¡Abandona el barco! Arrójate a ese océano proceloso...! Él es el océano. Ser salvado es ser Él.*

Oh sí: ¡SER SALVADO ES SER ÉL!

Como Georges MacDonald dice: «Todo lo que no es Dios es muerte».

Epílogo

«Tú que te enredaste en trivialidades, ahora has entendido el misterio de morir.»

Rumi

¿Cómo llevaré esta investigación a una conclusión apropiada?

Es habitual, al final de un artículo o de un libro complejo, ordenar e inspeccionar sus diferentes y quizá dispares elementos, recapitulándolos en un marco coherente y memorable. Esta empresa parece particularmente necesaria aquí, en vista del hecho de que el tópico aparentemente simple de la Muerte no ha resultado ser nada de tal. Las ideas tratadas han sido heterogéneas, y algunos de los argumentos han sido bastante complicados, y probablemente muy infamiliares –especialmente hacia el final– y por lo tanto nada fáciles de entender, retener y seguir por el lector (ni por el autor, por lo demás). ¿Cómo poner esta mezcla en orden?

Muy fácilmente de hecho. Dos simples propuestas lo harán.

La primera es decir esto una vez más: todo ello se reduce a una pregunta: *¿cuál es mi verdadera identidad, estoy yo hecho de material perecedero?* Obtener la respuesta justa es la única cosa necesaria.

La segunda es decir que esta pregunta raíz, debido a que es todavía una idea construida de palabras, una pieza de pensamiento discursivo, no puede ser realmente respondida –en su propio nivel o en sus propios términos– por ningún pensamiento por muy agudo que sea, ni por ninguna sensación o intuición por muy sincera que sea. La Respuesta viene cuando las respuestas desaparecen. El problema de LO QUE YO SOY, que lleva a si ello es mortal, se resuelve solo cuando se abandona incluso esa pregunta que pone fin a todas las preguntas. Debe haber una revolución. Yo debo abandonar *todos* los conceptos, dar un giro preciso de 180° desde todo lo que es centrífugo a lo que es centrípeto. Tengo que *mirar a esto*, y cesar (no importa cuán «intermitentemente» sea) de *buscarlo* –cesar de trabajarlo, de pensarlo, de imaginarlo, de discutirlo o de aportar una respuesta cualquiera que sea–.

Al mirar DENTRO, ahora mismo, *veo* mi Naturaleza eterna con indescriptible brillo y certeza. Yo no la comprendo, yo no la creo, yo no la siento, yo no la tomo en serio, yo no la pienso. *Yo veo*. Incluso esta frase de dos palabras es demasiado larga. ¡Ver! Es todo.

No hay que imaginar que volverse *hacia* esta Nada imperecedera es *darle la espalda* a ese mundo de las cosas que perecen, cesar de estar con él, implicado, atento. ¡Todo lo contrario! Cuando no estoy atento al Espacio que les doy aquí, no alcanzo a verlas. Pero cuando miro «solo» a este Espacio las tengo dadas en él por añadidura, debido a que el Espacio está siempre y absolutamente unido con sus contenidos. Buscando fuera, tengo apenas la mitad de la historia; mirando dentro la tengo toda. Mirando dentro, veo, percibo, pienso, siento, hago todo desde su Origen, lo experimento como sostenido por su Origen, como viniendo de su Origen. De manera que todas las cosas tienen el perfume de su Fuente, están bañadas y refrescadas por su Fuente, son hechas perfectas por su Fuente.

No se trata de que, para beneficiarme plenamente de este ver dentro esencial ahora mismo, *no sea necesario* acordarme de los más sutiles y extraños descubrimientos de esta investigación, o recordar una parte cualquiera de ella, o aun traer a la superficie mi profunda convicción de que yo soy sin muerte debido a que soy el Uno y Solo Uno, el Solo. No. Se trata de que *es necesario* decir adiós a todo eso por el momento, dejarlo en paz, y simplemente MIRAR QUIÉN ES AQUÍ.

Ésa es la única cosa que usted y yo necesitamos hacer, la única cosa que usted y yo podemos hacer siempre, la única cosa que usted y yo no podemos hacer mal.

Y así resulta que mi tarea final es una tarea fácil. Una sistemática y verbosa conclusión de esta investigación en mi muerte sería absurda, pues ella solo podría contradecir la verdadera e inefable conclusión de todo el asunto.

ÉSTE es mi *gatha*, mi epitafio, mi lápida:



Apéndice

DISEÑO PARA UN FUNERAL

Las siguientes propuestas para un funeral –el tipo de ritos últimos sugeridos por nuestros descubrimientos en este libro– probablemente atraerán más particularmente a los amigos que vienen de un trasfondo cristiano. Sin embargo, pueden ser fácilmente modificadas siguiendo líneas budistas, vedantistas o francamente seculares. Su espíritu, su intención general es lo que importa; la forma carece de importancia.

(I) ANTES DEL FUNERAL

Los afligidos –no, llamémosles amigos– se juntan para llevar a cabo unas pocas de nuestras pruebas, a modo de preparación. «Despedir la mortalidad» e «Investir la inmortalidad» (págs. 38-41) serían buenas de incluir.

(II) EN EL FUNERAL

Con el ataúd en el centro, un amigo les lee el siguiente texto de san Pablo (1 Cor. 15, condensado) mientras cada uno observa (o, mejor) señala a lo que está siendo aludido. (Por ejemplo, suponiendo que ello fuera mi funeral y usted estuviera asistiendo a él, cuando el texto dice: «La cosa que se siembra es perecedera» usted apunta al ataúd ahí y cuando el texto dice: «Lo que es resucitado es imperecedero», usted se apunta a usted mismo –a Usted mismo, a la Nada aquí que ve que usted es, esta Capacidad o Espíritu Consciente que es en todo tanto mío como suyo, que es el Mí REAL, la Primera Persona del Singular, ahora, que todos nosotros compartimos):

«La cosa que se siembra es perecedera, pero lo que es resucitado es imperecedero.

La cosa que se siembra es despreciable, pero lo que es resucitado es glorioso.

La cosa que se siembra es débil, pero lo que es resucitado es poderoso.

El primer hombre es de la Tierra, es terrenal, pero el segundo es del Cielo.

La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios.

Lo perecedero no puede heredar lo que dura siempre.

¡Cuando este perecedero inviste la imperecedibilidad,

Y este mortal inviste la inmortalidad,

Entonces la Muerte es tragada en la victoria!

¡Oh muerte!, ¿dónde está tu aguijón? ¡Oh tumba!, ¿dónde está tu victoria?»

(III) LA COMIDA COMUNAL

Jesús dijo: «Si tu ojo es simple, todo tu cuerpo está lleno de Luz, no hay ningún lugar oscuro». En una ocasión posterior, partió pan y dijo: «Tomad y comed. Esto es mi cuerpo».

Consecutivo al funeral hay una comida de celebración y comunión, en la que el alimento es comido y el vino es bebido en memoria del difunto. Mucho más que esto: por un milagro de transustanciación ella *deviene* el difunto.

Pues él tenía dos cuerpos –el cuerpo aparente de carne y sangre que ha sido desechado, y el cuerpo verdadero lleno de Luz–.

Alrededor de la mesa, los amigos asisten y gozan su comer y su beber, observando dónde va cada bocado y qué ocurre con él. Ellos le ven cambiarse en esta Inmensidad agudamente consciente, transparente, luminosa..., que no es otra que el difunto. ¡Difunto ciertamente! Él es la historia interior, la Realidad de todos los presentes.

(IV) CIELO Y TIERRA

Finalmente, los amigos hacen un círculo con sus caras hacia dentro. Si son más de dieciséis entonces hacen dos círculos. Un amigo da instrucciones, siguiendo estas líneas:

Rodeaos con vuestros brazos unos a otros y estrechaos, haciendo el círculo tan pequeño como podáis.

Mirad abajo a ese pedazo de suelo... rodeado por ese anillo de cuerpos sin cabeza...

Mirad dentro de ese reino de nacimiento y envejecimiento y muerte, desde este reino de no nacimiento ni envejecimiento ni muerte...

Mirad abajo desde este Cielo que aunque infinitamente elevado y claro y auto-luminoso y sin cambio, no solo abraza sino que *es* esa escena terrenal que es tan superficial y limitada y siempre cambiante...

Mira abajo desde donde tú eres Solo, y sin embargo Todo...

Desde donde tú eres más allá de la Vida y de la Muerte, y sin embargo la Fuente de ambas...